

BREVE HISTORIA DE GUATEMALA

RALPH LEE WOODWARD, JR.

Traducción
Óscar Peláez Almengor



USAC
TRICENTENARIA
Universidad de San Carlos de Guatemala

BREVE HISTORIA DE GUATEMALA

RALPH LEE WOODWARD, JR.

TRADUCCIÓN
ÓSCAR PELÁEZ ALMENGOR



Ciudad Universitaria
Noviembre de 2019
Guatemala



USAC
TRICENTENARIA
Universidad de San Carlos de Guatemala

DIRECCIÓN GENERAL DE DOCENCIA

M.Sc. Murphy Olympto Paiz Recinos
Rector

Ciudad Universitaria, zona 12
Teléfono: + (502) 2418-8000
Página web: <http://www.usac.edu.gt>

Noviembre, 2019



Ralph Lee Woodward, Jr., *Breve historia de Guatemala* (2019)
Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, Centro
de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR)

TRADUCCIÓN

Óscar Peláez Almengor

EDICIÓN

Óscar Peláez Almengor
JL Perdomo Orellana

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Lourdes Gallardo Shaul

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Nidia Cuxil Estrada

IMPRESO EN

Editorial Óscar de León Castillo
Xilacamel, S.A.
16 ave. 12-13, zona 11. Colonia Carabanchel
Ciudad de Guatemala, Guatemala
Teléfono: + (502) 2474-0859
Correo electrónico: xilacamelsa@gmail.com



AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

M.Sc. Murphy Olympto Paiz Recinos
Rector

Arq. Carlos Enrique Valladares Cerezo
Secretario General

Dr. Olmedo España Calderón
Director General de Docencia



BREVE HISTORIA
DE GUATEMALA

RALPH LEE WOODWARD, JR.

TRADUCCIÓN
ÓSCAR PELÁEZ ALMENGOR

ÍNDICE

PRESENTACIÓN/11

NOTA DEL TRADUCTOR/15

CAPÍTULO I

La Tierra de los Mayas/23

CAPÍTULO II

Europeización/45

CAPÍTULO III

Independencia/77

CAPÍTULO IV

Las Provincias Unidas de Centro América/111

CAPÍTULO V

La República de Guatemala/145

CAPÍTULO VI

Guatemala liberal/183

CAPÍTULO VII

Los diez años de primavera/237

Ralph Lee Woodward, Jr.

CAPÍTULO VIII

Los treinta años de guerra/**267**

CAPÍTULO IX

Guatemala contemporánea/**289**

APÉNDICE

Jefes del Estado de Guatemala desde 1524/**315**

LECTURAS SUGERIDAS

Trabajos de utilidad general/**325**

PRESENTACIÓN

La Universidad de San Carlos de Guatemala valora el gesto del profesor emérito de la Universidad de Tulane, doctor Ralph Lee Woodward, Jr., por haber cedido los derechos de su obra a nuestra casa de estudios para su publicación en español. El objetivo de este texto es ampliar la profundidad del conocimiento y la comprensión de nuestra sociedad, en ese sentido patentizamos nuestro agradecimiento al profesor Woodward por sus estudios y su dedicación a la investigación de las sociedades centroamericanas. Lo reconocemos como un hombre generoso y formador de generaciones de estudiosos. Por ello pensamos que con esta publicación estamos enriqueciendo el acervo bibliográfico y el bagaje cultural de profesores y estudiantes de nuestra institución.

Al publicar un libro de historia, debemos tener presente, como lo indica Howard Gardner en su libro *Las cinco mentes del futuro* (2005), que “la educación es una cuestión de valores y objetivos humanos”. Debemos hacer énfasis en que no es posible empezar a desarrollar un sistema educativo, si no se tienen presentes las aptitudes y los conocimientos

que se valoran y la clase de personas que se pretende formar al final del proceso educativo. Es importante tener presente que la ciencia y la tecnología nunca pueden decirnos qué hacer en clase, por varias razones. La primera, lo que hacemos en clase tiene que estar determinado por nuestro propio sistema de valores y ni la ciencia ni la tecnología incorporan al aula un sistema de valores educativos. La segunda razón es que la ciencia, la tecnología y las matemáticas no son el único régimen educativo y menos aún el único importante. Hoy día existen amplias áreas de conocimiento y comprensión, entre las cuales se cuentan las ciencias sociales, las humanidades, las artes, la ética, el civismo, la urbanidad, la salud, la seguridad y otras que merecen igual consideración; en este sentido, podemos indicar que la educación debe abarcar múltiples campos de la actividad humana y la historia es una de estas ramas del conocimiento que merecen nuestra mayor atención.

En este sentido, debemos indicar que el dominio de una disciplina equivale a una manera característica de concebir el mundo. El científico observa el mundo, propone conceptos, clasificaciones y teorías provisionales, diseña experimentos para comprobar estas teorías y las revisa a la luz de los resultados para luego, con esta nueva información, hacer más observaciones, clasificaciones y experimentos. Este

es el tipo de mentalidad que pretende formar una universidad; es decir, personas dedicadas a su disciplina que hagan avanzar el conocimiento en sus diferentes campos. De esta manera, el historiador al escribir historia realiza un acto de imaginación que exige situarse en contextos remotos y, en el fondo, ponerse en la piel de los protagonistas. Cada generación reescribe la historia en función de sus necesidades, su comprensión y los datos que posee. El estudioso de la historia debe usar sus propios instrumentos, incluida la imaginación, para entrar en un mundo de palabras creado por un autor con el fin de despertar ciertas reacciones en sus lectores. La historia, concebida como una disciplina de conocimiento humano, deberá poseer su propio campo de estudio y sus propias metodologías de trabajo. La historia se convierte entonces en una verdadera empresa razonada de análisis del pasado para obtener una versión comprensible de los acontecimientos humanos que aún viven entre nosotros y que continúan moldeando nuestras vidas individuales y colectivas.

Es nuestro objetivo fortalecer las disciplinas universitarias, apuntar a mejorar los procesos de formación de nuestros profesionales, y creemos firmemente que la historia es una de las grandes disciplinas que nos permitirán enfocarnos en ese camino. Entregamos a la comunidad universitaria y

al pueblo de Guatemala esta obra, con el objeto que
podamos sacar el mayor provecho de la misma.

“ID Y ENSEÑAD A TODOS”

M.Sc. Murphy Paiz Recinos
Rector

NOTA DEL TRADUCTOR

El presente trabajo de traducción lo inició, la licenciada Roxana Denett Peláez Almengor, hace algunos años bajo los auspicios de la Dirección General de Investigaciones de la Universidad de San Carlos (DIGI). Hace unos meses se solicitó por escrito el permiso de su publicación en español con fines estrictamente didácticos, no comerciales, a su autor, el profesor emérito de historia de Tulane University, doctor Ralph Lee Woodward, Jr., quien amablemente cedió los derechos para esta edición a la Universidad de San Carlos de Guatemala, en su atenta nota en inglés en donde indica:

Fayette, Missouri, 5 February 2019

Dr. Oscar Peláez Almengor
Universidad de San Carlos de Guatemala

Dear Oscar:

I hereby authorize and grant permission to the Universidad de San Carlos de Guatemala to publish and distribute a Spanish translation of my book, *A Short History of Guatemala* (La Antigua: Editorial Laura Lee, 2008).

Ralph Lee Woodward, Jr.

Sincerely your,

Ralph Lee Woodward, Jr.
Emeritus Professor of History
Tulane University

Comunicación que, traducida al español, indicaría lo siguiente: “Por este medio autorizo y otorgo permiso a la Universidad de San Carlos de Guatemala para publicar y distribuir la traducción al español de mi libro, *A Short History of Guatemala* (La Antigua: Editorial Laura Lee, 2008)”, amable gesto altamente valorado por nuestra casa de estudios y por quienes tendrán en sus manos esta obra.

Ralph Lee Woodward, Jr., es un historiador y educador estadounidense. Nació el 2 de diciembre de 1934 en New London, Connecticut, hijo de Ralph Lee y Beulah Mae (Suter) Woodward. Estudió su Bachillerato en Artes *cum laude* en el Central College, Missouri, 1955; Maestría en Artes por Tulane University, 1959, doctor en Filosofía por Tulane University, New Orleans, 1962. Inició su carrera como profesor asistente en Wichita University, Kansas, 1961-1962; continuando en la University Southwest Louisiana, Lafayette, 1962-1963; posteriormente en la University North Carolina, Chapel Hill, 1963-1967, profesor asociado, 1967-1970. Profesor de historia en Tulane University, New Orleans, 1970-1999, jefe del

Departamento de Historia, 1973-1975, director del Departamento de Historia, 1986-1988. En el final de su carrera fue profesor Penrose de Estudios Latinoamericanos en la Texas Christian University, Fort Worth, 1999-2003. El profesor Woodward se retiró en el año 2003 de las labores docentes, después de haber dirigido más de 30 tesis doctorales, la mayoría de ellas relativas a Guatemala.

Los editores de esta *Breve Historia de Guatemala*, en su versión en inglés, indican que la obra sintetiza la apasionante historia de Guatemala desde sus profundos orígenes en el pasado de la cultura Maya hasta años recientes. El trabajo del doctor Woodward descansa sobre casi medio siglo de investigación y docencia en América Central, centrado sobre su desarrollo político, social y económico, con un especial énfasis en los siglos XIX y XX, adentrándose en los primeros años del presente siglo. El texto tiene una aguda visión de la lucha por su desarrollo político y económico a partir de la independencia en 1821. Este trabajo ofrece una nueva interpretación del pasado y presente de nuestro país.

Quizá las propias palabras del profesor Woodward sirvan para alumbrar su forma de pensar la historia de América Central al ser preguntado en una entrevista por Aharon Arguedas Zamora (*Revista de Historia* No. 75, enero-junio 2017, pp. 219-

229), cómo preparar a la próxima generación de historiadores, respondió:

Alentando sus capacidades de innovación y pensamiento crítico, al mismo tiempo enseñándoles las técnicas fundamentales de investigación y escritura. Creo que especialmente los historiadores jóvenes necesitan aprender a escribir con eficacia de forma que sean entendibles no solo para sus colegas de disciplina, sino también para el público en general.

Arguedas Zamora le preguntó también sobre cuál era el legado de su carrera dedicada a la enseñanza e investigación en historia, a lo que Woodward indicó:

Dejaré que eso lo determinen otros. Quizás el legado más grande esté en todos los estudiantes a los que les impartí lecciones a lo largo de los años incluyendo entre ellos a muchos centroamericanos como Aharon Arguedas, Rodolfo Pastor Fasquelle, Oscar Peláez Almengor, Jorge Mario Salazar, Luis Guillermo Solís, Regina Wagner, Álvaro Taboada, Enrique Gordillo, y más. Especialmente notables por su trabajo en historia centroamericana, entre los estudiantes norteamericanos que ayudé a capacitar fueron Richmond Brown, David Carey, Paul Dosal, Kenneth Finney, Michael Fry, Virginia Garrard-Burnett, Timothy Hawkins, Heather Judge Abdelnur, Wade Kit, Sonya Lipsett, Rachel May, David

McCreery, Blake Partridge, Karen Racine, Peter Szok, John Way, Stephen Webre y Gene Yeager.

Además, como parte de su legado material, tenemos entre las obras más leídas y comentadas del profesor Woodward: *Central America: A Nation Divided* (3rd. Ed., Oxford University Press, 1999) y *Rafael Carrera and the Emergence of the Republic of Guatemala, 1821-1871* (University of Georgia Press, 1993), de este trabajo existe una traducción al español titulada: *Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala, 1821-1871* (Guatemala: Serviprensa, 2da. ed. 2011), y *A Short History of Guatemala* (La Antigua, Editorial Laura Lee, 2008). Sus trabajos se han convertido en lecturas obligatorias en universidades alrededor del mundo para aquellos que indagan las interioridades de la historia de América Central y el Caribe, pero especialmente sobre Guatemala. Esperamos que su obra, hoy publicada por primera vez en español, *Breve Historia de Guatemala*, contribuya a ampliar nuestro conocimiento sobre nuestro pasado, nuestro presente, y abra debates sobre los derroteros del futuro de Guatemala.

Deseo dejar constancia de mi agradecimiento al profesor Ralph Lee Woodward, Jr., por acceder a que su obra sea publicada y utilizada por profesores y estudiantes de la Universidad de San Carlos de

Ralph Lee Woodward, Jr.

Guatemala, sin costo alguno. A la licenciada Peláez Almengor, por su esfuerzo y por la satisfacción de ver su trabajo publicado después de los años. A la diseñadora gráfica Lourdes Gallardo Shaul, por su arte y dedicación. Dejo constancia, además de que a pesar de las deudas que adquirí al realizar la presente traducción, cualquier error solo puede ser atribuible a mi persona, rogando su comprensión y disculpas.

“ID Y ENSEÑAD A TODOS”

Óscar Peláez Almengor, Ph.D.

Director

CENTRO DE ESTUDIOS URBANOS Y REGIONALES
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

1



Templo Gran Jaguar, Tikal

LA TIERRA DE LOS MAYAS

CAPÍTULO I

La tierra de los Mayas

Guatemala es un país encantador, tiene al mismo tiempo, características únicas; pero, también es representativo de la complejidad de América Latina. Indudablemente, no hay otra nación que tenga la belleza de Guatemala; sin embargo, a la vez posee muchas de las características que pueden describirla como típicamente “latinoamericana”. En otro sentido, ha sido casi un laboratorio para estudios académicos, invaluable para historiadores, antropólogos, politicólogos y otros estudiosos. Es una tierra que racialmente refleja la mezcla del nativo americano y los europeos del siglo xvi, con un pequeño elemento africano también presente. Esta es una nación con impresionantes lagos y volcanes hermosos, así como también violentos terremotos, por eso su historia natural ha impuesto una dramática y poderosa influencia sobre su historia social. Guatemala es un país donde por mucho tiempo las fuerzas armadas han jugado un papel importante en su desarrollo político. Por muchos años su desarrollo económico ha dependido únicamente de productos agrícolas como el cacao, la cochinilla, el café y el banano. Esta situación está cambiando en el presente, la industria maquiladora textil, el turismo, los productos agríco-

las de exportación, la minería, la explotación petrolera y las remesas familiares son los motores de su actual economía. Pero, la administración pública ha sido frecuentemente marcada por la corrupción, el robo y la irresponsabilidad. Es un país donde las influencias y los contactos personales juegan un papel importante en cuanto a obtener beneficios y donde individuos notables han jugado frecuentemente un papel muy significativo en cuanto a cambiar el curso de la historia. Estas son características que se podrían atribuir a América Latina en general y a diferencia de Guatemala, pocas naciones las poseen todas a la vez. Por estas razones consideramos que Guatemala es única.

El altiplano guatemalteco ha sido bendecido por su geografía, valles fértiles y un clima maravilloso, pero por sobre todas las cosas, lo que la distingue de las otras naciones del hemisferio occidental son sus grandes y coloridas poblaciones de indígenas. El área actual que ocupa Guatemala estaba en el corazón de una de las tres grandes civilizaciones precolombinas. En América del Sur, el Imperio Inca se extendía desde Colombia hasta Argentina, mientras en el norte los Mexicas, o civilización Azteca, cubría gran parte de lo que hoy en día es el México moderno, pero fue en Centro América donde una de las más jóvenes de estas avanzadas civilizaciones –los

Mayas— prosperaron por muchos siglos. Los primeros pueblos indígenas abrieron el camino para esta civilización. En el caso de los Mayas, el pueblo Olmeca que se desarrolló en la costa de Veracruz durante el primer milenio A.C. precedió el desarrollo hacia el sur. Inicialmente en el año 2,500 A.C. ya había aldeas productivas en lo que hoy es Guatemala que intercambiaban comida y alfarería. Los Mayas se desarrollaron lentamente y alcanzaron el máximo esplendor de su civilización entre los años 600 al 900 D.C. Sin embargo, a diferencia de los Incas o de los Aztecas, los Mayas no evolucionaron hacia un estado unificado, contrariamente a esto se desarrollaron en ciudades-estado. La unidad que existía entre ellos era más cultural que política.

En las regiones del altiplano guatemalteco las comunidades humanas surgieron durante el primer milenio A.C., como varias naciones separadas o unidades culturales diferenciadas. Cerca de treinta diferentes lenguas diversificaron la vida de estas personas. Las relaciones entre estos pueblos separados no fueron siempre pacíficas. Ellos se relacionaban los unos con los otros para intercambiar o conquistar y ejercían una substancial influencia cultural sobre sus vecinos. Sus mercados reflejaban el comercio desde grandes distancias y los caminos crearon una red de comercio a lo largo de las regiones montaño-

sas. Por el año 500 A.C. una avanzada civilización con una creciente población floreció en las montañas del centro de Guatemala. El sitio de Kaminaljuyú, integrada hoy a la moderna ciudad de Guatemala, revela una metrópoli antigua que fue poblada por miles de personas. A principios de la era cristiana, la próspera civilización Maya reflejaba una considerable influencia Olmeca y en general mesoamericana, mientras su propia influencia se extendía hacia el sur llegando tan lejos como los territorios que hoy conforman Nicaragua y Costa Rica.

Quizás debido a la sobrepoblación en las regiones montañosas, combinado con desastres naturales tales como terremotos o erupciones volcánicas, hubo una significativa migración de las montañas hacia las regiones bajas del Petén al norte de Guatemala. Fue entonces cuando los Mayas alcanzaron sus mayores logros culturales, este momento es conocido como el Periodo Clásico Maya (250-900 D.C.); sin embargo, hay una creciente evidencia de que algunos centros Mayas, incluyendo El Mirador y Cival, ya habían alcanzado un alto nivel de civilización antes de ese tiempo. Los científicos Mayas lograron avances en la astronomía y las matemáticas comparables a aquellos obtenidos en el antiguo Egipto. Ellos desarrollaron un complejo sistema de escritura con jeroglíficos grabados en estelas –los monumen-

tos de piedra están erigidos a intervalos regulares a través del territorio Maya— que reflejan las mayores eventos y figuras históricas. Solamente con lo que se ha descifrado recientemente, los arqueólogos son capaces de reconstruir muchos más detalles sobre esta civilización de lo que se conocía anteriormente. Las grandes ciudades se levantaron alrededor de los centros religiosos ceremoniales en una multiplicidad de sitios en el norteño departamento del Petén —Tikal, Uaxactún, El Mirador y Yaxha— con muchos otros en el norte de Guatemala y en lo que hoy es Chiapas y Honduras. Quiriguá es un notable sitio clásico Maya localizado justo en las afueras de la principal autopista que une ciudad de Guatemala a sus puertos caribeños.

Los logros artísticos y científicos de los Mayas fueron fenomenales. Desarrollaron un preciso calendario y complejas habilidades de organización. Su trabajo artístico sobrevive en alfarería pintada, piedra tallada y en algunos textiles antiguos. Sus monumentos arquitectónicos fueron remarcables, si no es que iguales a los de la antigua Grecia y Roma o las construcciones europeas medievales. Sin embargo, los Mayas no desarrollaron complejos tecnológicos sofisticados, no llegaron a utilizar la rueda en la producción, aunque sus niños tenían juguetes con ruedas. Careciendo de animales domésticos, ellos

dependían enteramente del trabajo humano bajo la supervisión de un pequeño grupo de élite. Es importante señalar el uso de complejos sistemas de riego que hasta hoy día la fotografía satelital está revelando.

Por el año 900 d.c. los Mayas emigraron hacia el norte nuevamente, penetrando profundamente en lo que hoy es México. Durante el periodo Post-Clásico (900-1200 d.c.) nuevas ciudades emergieron en el valle del río Usumacinta y en las tierras bajas de Chiapas, notablemente en Palenque, Piedras Negras, Bonampak, Yaxchilán, Altar de los Sacrificios y en la Península de Yucatán en Dzibilchaltún, Uxmal, Kabah Sayhil, y otros sitios. Estas ciudades poseían impresionantes monumentos arquitectónicos –grandes pirámides de piedra que aún siguen de pie– aunque hoy rodeadas por la jungla. En el periodo Post-Clásico tardío (1200-1530 d.c.) los Toltecas mexicanos invadieron Yucatán convirtiendo a Chichén Itzá en su capital. Sus logros científicos y artísticos fueron menos sobresalientes que los avances en las ciudades del Petén y Quiriguá, como también Copán en Honduras. Aún así, la ausencia relativa de mejora tecnológica mantuvo sus economías frágiles. Mientras la población aumentaba, la guerra entre las ciudades estado se hizo más frecuente. Las guerras internas y la intervención de la gente de México central consumió la fuerza y vitalidad de los pueblos

Mayas. Para el momento de la conquista española, los Mayas y su civilización en las tierras bajas estaban en un serio declive, aún así resistieron a la subyugación hispana por más tiempo que los Aztecas de México o los Incas de Perú.

Entretanto, los Mayas retrocedían ante los españoles desde Yucatán y se dirigían nuevamente al Petén donde fundaron una nueva ciudad, Tayasal, cerca de Tikal. En Tayasal no se construyeron grandes monumentos arqueológicos, pero fue un lugar de refugio durante la decadencia. Este sitio mantuvo la autonomía Maya en la región hasta 1697. En otra parte, los Lacandones, los descendientes de las personas que habían construido los magníficos templos en Palenque y Bonampak, habían encontrado seguridad en la remota selva y aldeas de las montañas, opusieron resistencia a la pacificación durante este periodo e incursionaron en áreas bajo el control hispánico de tiempo en tiempo. Las contraofensivas españolas desde Guatemala y Yucatán, continuamente fracasaron.

Mientras los magníficos sitios ceremoniales de las regiones costeras Mayas –con sus templos, pirámides, sitios para el juego de pelota y evidencia de una avanzada civilización– eran impresionantes, quizá de mayor importancia para la Guatemala de hoy son

aquellas que permanecen en las regiones del altiplano y que mantienen una sociedad agrícola alrededor de pequeños pueblos. Muchas naciones divididas se desarrollaron ahí. Ellos, también tenían ciudades y centros ceremoniales y continuaron sobrellevando grandes poblaciones. Las ruinas arqueológicas importantes permanecen en ciudades como Zaculeu, en Huehuetenango, capital del Maya-Mam; en Utatlán, cerca de Santa Cruz del Quiché, capital de los K'iché; y en Mixco Viejo en el Río Motagua, capital del pueblo Pocomam. Hacia finales del siglo xiv, tres de estas naciones se habían vuelto dominantes. La más fuerte era el pueblo K'iché, que controlaba la mayor parte del altiplano occidental alrededor de lo que hoy es Quetzaltenango. Hacia el este estaba el pueblo Kaqchikel, y entre ambos, alrededor del Lago Atitlán estaban los Tz'utujiles. Estos pueblos desarrollaron fuertes sociedades agrícolas centrándose en la producción de maíz; sin embargo, cultivaron muchas otras frutas y verduras, también produjeron notables tejidos y alfarería que intercambiaban ampliamente en los mercados nativos.

La principal ocupación de casi todos los guatemaltecos pre-colombinos era la agricultura —el cultivo de maíz, tubérculos, frutas, vegetales y algodón—. Las ruinas de las ciudades Mayas reflejan la mayor parte de las actividades ceremoniales, religiosas, gubernamentales, que en sí tenían poco que ver

con la vida diaria de los campesinos que trabajaban la tierra y vivían en las afueras de dichos centros. La rutina diaria, pensamos que sigue siendo la misma en muchas comunidades indígenas hasta el día de hoy. Muchos descendientes de estos pueblos originarios viven en casas con techos de paja o palma y paredes de adobe, varas de madera o incluso caña de maíz, dependiendo del clima de la región. Solo la gente “importante” de las grandes ciudades vive en casas de ladrillo.

La supervivencia ha sido una poderosa característica de los indígenas de Guatemala desde antes de la conquista. Ellos han mantenido la vida comunitaria con una remarcable consistencia a lo largo de los últimos cinco siglos. Un patrón de vida no tan diferente al de antes de la conquista sigue siendo evidente en el área rural, las montañas de Guatemala, donde unas pocas familias “ricas” poseen muchos animales y tierras. Son adinerados ante los estándares de la población común y ocupan puestos importantes en la vida social y religiosa del pueblo, a pesar de esto, continúan trabajando con sus propias manos. Un tipo de clase media adquiere tierra, algunos animales y aseguran generalmente un pequeño, pero regular, ingreso. El comercio también ha sido y sigue siendo un importante medio de ascenso social. Los pobres, que son la gran mayoría, poseen diminutas parcelas de tierra para cultivar y tener lo sufi-

ciente para comer, tienen una vida de incertidumbre donde no saben si les alcanzara para sobrevivir al día siguiente. Muchas personas dependen de la caridad y de la ayuda de la comunidad. La dieta de la mayoría de la población permanece en gran parte como fue desde antes de la conquista. Los españoles trajeron el trigo, el arroz, un surtido de frutas y vegetales, así como el ganado vacuno y porcino, las aves de corral y algunos de estos productos encontraron lugar en la dieta indígena, pero regularmente no fue así; por otro lado el maíz, frijol y algunas frutas nativas aparecían en las mesas de los conquistadores. El chocolate, por ejemplo, fue una bebida rápidamente apreciada por los soldados españoles; sin embargo, los sacerdotes católicos la condenaron y la asociaron con la herejía y promiscuidad sexual. Pero alcanzó un sitio de honor en la dieta europea, siendo hasta el día de hoy una bebida muy apreciada.

En las comunidades indígenas del altiplano los hombres cosechaban maíz y otros granos. Las mujeres construían sus casas y manufacturaban utensilios, ropa y almacenaban los productos agrícolas. Evolucionaron a un alto grado de especialización: fue tal, que cada lugar desarrollaba una habilidad en especial. Algunos pueblos se especializaron en el hilado y tejido con el algodón, alfarería; otros manufacturaban joyas, canastas, instrumentos musicales, juguetes, herramientas o muebles. Los marchantes

cargaban estos objetos lejos por los amplios mercados regionales, una práctica que todavía continúa en Guatemala. Desarrollaron e intercambiaron añil, cochinilla, y un amplio surtido de tintes para dar a sus prendas y cuerpos colores brillantes. El financiamiento de esta actividad estaba en un nivel primitivo. El trueque era común, pero las piedras semipreciosas y el cacao proveían una forma de moneda. No hay evidencia de que los indígenas emplearan algún tipo avanzado de moneda antes de que los españoles introdujeran monedas de metal en el siglo xvi; no existía el trabajo con el metal, excepto en objetos ceremoniales, entre los logros Mayas, aún así adquirieron algunos productos de metal de otros indígenas del norte y también del sur.

Los campos de maíz, o *milpas*, eran y son la clave para la vida de los pueblos indígenas y alrededor de su tenencia se mueven la sociedad y el estatus económico de cada indígena. La propiedad privada no es un concepto desarrollado en la sociedad indígena, aunque éste ha evolucionado desde la conquista española. La tierra comunal adquirida era importante, y tal propiedad persiste en tiempos modernos. Pero los españoles enfatizaban en la propiedad privada, desafiando y alterando los modelos nativos de posesión de la tierra.

Para la mayor parte de los Mayas, la educación consistía en aprender las vocaciones y prácticas de sus padres. Únicamente los hijos de los sacerdotes y de las clases gobernantes recibían una educación formal. Ellos aprendían a leer y escribir, pero además ciencias naturales y sociales, incluyendo las artes de la guerra y de gobernar. De hecho, su sistema de educación no era muy distinto al europeo del mismo periodo, donde solo los privilegiados recibían educación, y ésta a su vez era supervisada de cerca por las autoridades religiosas.

Los Mayas crearon estrictos códigos morales que, aunque variaron un poco, regulaban el comportamiento sexual. Generalmente, cada hombre tenía una esposa, aunque había excepciones, especialmente entre los Lacandones, donde la poligamia era común. También, los líderes y nobles tomaban concubinas. Había prostitutas, y eran reconocidas, pero su estatus social era bajo. Los padres establecían los matrimonios de los hijos, sin embargo los niños comúnmente participaban en la selección de este asunto. Los matrimonios podían terminar de una forma relativamente fácil, cuando esto sucedía los hijos permanecían con el padre de su mismo sexo. Un severo castigo proscribía la fornicación u otras ofensas sexuales. Una esposa engañada tenía el derecho de golpear con una piedra grande en la cabeza al adúltero. La violación era castigada con la

pena de muerte. Otras reglas prohibían o restringían las relaciones con o entre esclavos.

Las sociedades agrícolas son rara vez notables por su desarrollo en la recreación o las artes, a pesar de ello los Mayas sobresalieron en tales campos. Los Mayas practicaban varios tipos de juegos de pelota; sin embargo, los campos formales para el juego de pelota que se han encontrado en las ruinas Mayas, eran primeramente centros para ceremonias o rituales, no campos de entretenimiento. Tocaban muchos instrumentos de viento y de percusión (pero no la marimba, la cual es un instrumento popular en la moderna América Central; ésta fue probablemente adaptada de modelos extranjeros). Su arte manifestaba ordenadas competencias atléticas, así como la cercana conexión de su estilo de vida con sus creencias religiosas. La pintura era un arte popular, por los murales que ornamentaban las grandes salas. Los Mayas también pintaban su alfarería, la fina y la corriente, así como también las paredes de las casas privadas y regularmente las casas campesinas. Los motivos religiosos y mitológicos caracterizaban muchas de estas pinturas.

La religión impregnaba la vida de la sociedad Maya. Los sacerdotes eran los miembros más poderosos de la sociedad. Su gobierno era casi totalmente teocrático, mientras los sacerdotes no sólo dirigían

los desarrollos culturales y religiosos, también aconsejaban e imponían su voluntad sobre los líderes civiles. Una filosofía en la que el bien se opone al mal, con los dioses apropiados, estaba en el corazón de la religión. La práctica del sacrificio humano nunca fue realmente una característica de los Mayas, si bien era común entre los pueblos que se situaban al este de Centro América. Los aztecas introdujeron la práctica en el territorio Maya, especialmente en Yucatán, por el tiempo de la llegada de los españoles, y los aterrizados ibéricos escribieron relatos espeluznantes acerca de esta práctica. En algunas áreas, las enseñanzas cristianas fueron mezcladas con las religiones nativas, entonces la crucifixión se convirtió en un significado más del sacrificio humano.

Mientras los sacerdotes desarrollaban una compleja teología, las masas se apegaron más a un concepto religioso simple del bien contra el mal. Los malos agüeros, los símbolos y supersticiones eran importantes. Gran parte de esta simbología, a menudo se mezcló con el simbolismo y mitología cristiana, ésta sobrevive en las montañas de Guatemala y Chiapas. Los relatos Mayas sobre el origen del hombre y el universo, que quedaron después de la conquista, eran similares a la mitología judeo-cristiana y estaban de alguna manera influenciados por ésta. Con la destrucción de los templos Mayas y la religión formal, los sacerdotes españoles fomentaron y luego

obligaron a los indígenas a adoptar el cristianismo. La conversión era a menudo incompleta, pero el catolicismo español y la religión Maya tenían mucho en común. Ambas reorganizaban y enfatizaban un eterno conflicto entre el bien y el mal. La multitud de santos no era incongruente con la multitud de dioses naturales y dioses simbólicos indígenas. Convenientemente para los europeos, la cruz era el símbolo del vital dios Maya de la lluvia en algunas áreas. Ambas religiones enfatizaban un estatus de autoridad para los sacerdotes y su cercana relación con la autoridad política. Ambos grupos de personas creían en la vida después de la muerte, aún ambas le temen a la muerte y las dos religiones contienen elaborados rituales para la muerte y el entierro. La cremación era practicada entre los mayas, aunque no era universal. En esencia, las enseñanzas de los frailes españoles no eran del todo desconocidas para los Mayas, y con la desaparición de sus líderes religiosos, los indígenas aceptaron a los clérigos españoles con relativa facilidad, considerablemente más fácil de como aceptaron a los soldados españoles. La Iglesia vino a jugar un papel importante en la pacificación de los Mayas. Las organizaciones religiosas se entrelazaron con el gobierno y la sociedad en los pueblos. A nivel local, las organizaciones fraternales, llamadas *cofradías*, aún siguen siendo las más importantes organizaciones sociales en los pueblos indígenas de Guatemala. Aún así, la religiosidad de hoy en día descansa sóli-

damente afincada en el catolicismo, a diferencia de Europa, los Estados Unidos, o regiones no indígenas de Latino América.

La historia de los Mayas de las tierras altas fue construida sobre la mitología que pasó de generación en generación, pero no fue registrada o escrita hasta la llegada de los españoles. Esto incluye, notablemente, *Los Anales de los Kaqchiqueles* (1604), y el *Popol Vuh* (1704) en K'iche'. Estos escritos siguen las dinastías reinantes, pero también recogen los sucesos importantes y sus puntos de vista sobre la historia local. Los monumentos de piedra, las estelas, y las ruinas clásicas Mayas también registran cronologías de dinastías de las tierras bajas Mayas.

Las tradiciones religiosas indígenas, con la cristiandad impuesta sobre ellos, junto con la violencia de la conquista, cientos de años de esclavitud y servidumbre que siguieron, dejaron claras impresiones en la personalidad de los indígenas guatemaltecos. Para el forastero, incluyendo el español o criollo en Centro América, los indígenas algunas veces les parecían dóciles, obedientes a la autoridad, humildes y mansos; así se veían cabizbajos y con el sombrero en la mano, ellos respetuosamente le hablaban a su amo. Todavía bajo estas características se encontraban sentimientos más profundos, emociones de desconfianza y amargura. El indígena poseía una

visión del mundo que estaba orientada hacia su propia familia y comunidad, no hacia la nación, que era extraña para él. Paciencia, cautela, estoicismo, prudencia son características del Maya moderno. Cuando se encuentra en su propio pueblo muestra humor, alegría y una gran variedad de emociones. De apariencia pacífica ante los extranjeros, cuando en realidad tiene la capacidad de aprender rápidamente. Es usualmente volátil y testarudo, perfectamente capaz de reclamar sus derechos. Las rebeliones indígenas del siglo XVI hasta el XX, testifican el amor de los indígenas hacia la libertad. Cada pueblo es una unidad completa, únicamente con lazos secundarios hacia otros lugares y hacia la estructura nacional. Los indígenas residentes de las aldeas se llaman a sí mismos “pueblo”, son personas soberanas, orgullosas del estandarte de sus creencias y valores tradicionales. Esas características han ayudado a que los indígenas en Centro América preserven sus tradiciones y cultura, pero también han sido un factor para mantener las barreras que los separan de la “modernidad”. Su aislamiento nunca ha sido absoluto, sin embargo, la política nacional se ha enfrentado con las condiciones y estilos de vida indígenas.

En cuanto a las relaciones entre los indígenas y los ladinos, como son llamados en Guatemala los que tienen sangre indígena y europea, los extranjeros no suelen distinguir fácilmente las diferencias

entre uno y otro sector; sin embargo, hay muchas y significativas diferencias entre indios y ladinos. Los indios, los conquistados, han aprendido a amortiguar la carga que han sobrellevado bajo sus patrones blancos y ladinos, sus personalidades y estilos de vida reflejan siglos de opresión. Los ladinos, por otra parte, han representado un sector social medio—racial, cultural, económica y socialmente— ubicados entre los indígenas y las privilegiadas clases altas desde el siglo xvi. Carentes de las raíces tradicionales o raciales profundas que poseen indios o españoles, y no teniendo aceptación de ninguno de los dos grupos, los ladinos han sido más agresivos y móviles que ambos. Ellos representan y tipifican el desarrollo de Guatemala desde su independencia. Aún en las comunidades donde los encontramos en menor número, así como en las montañas del occidente de Guatemala, los ladinos son los más emprendedores, agresivos y ambiciosos miembros de la comunidad, buscan el beneficio propio de cualquier forma. Se preocupan poco por los valores filosóficos abstractos, pero son impresionados por signos de progreso material y tangible que signifiquen unirse a ese progreso. Los ladinos están orientados hacia la vida nacional, hacia la capital y algunas veces más allá, mientras los indios se orientan hacia el interior, hacia sus familias y comunidades inmediatas. En el transcurso de los siglos, estas diferencias se han vuelto más culturales y económicas que raciales.

El crecimiento de la población en el siglo xv añadió una presión extraordinaria en las naciones de Mayas del altiplano occidental de Guatemala. Desastres naturales y epidémicos se sumaron a sus problemas, lo que a menudo llevó a tener confrontaciones con pueblos vecinos. Así, en 1501, los Kaqchikeles derrotaron a los Tz'utujiles en Xacab. Aunque no fueron exitosos al intentar tomar control del territorio Tz'utujil, se convirtieron en la mayor amenaza para los K'ichés, especialmente cuando se aliaron con los Mexicanos (Aztecas) en 1512. La guerra con los K'ichés se alargó por siete años, debilitando a los dos bandos. En la lucha, mientras se veía que los Kaqchiqueles iban ganando hegemonía, una severa plaga de langosta azotó la región Kaqchiquel. La plaga no sólo creó hambre y miseria, complicó el avance sobre los K'ichés. Posteriormente, en 1514, un gran incendio destruyó Iximché, la capital Kaqchikel.

Los rumores de que los españoles habían llegado a la costa del Caribe llevó a la suspensión de hostilidades en 1519 y luego una epidemia de viruela que había sido traída al Nuevo Mundo por los hispanos, se adjudicó un aterrador tributo de muerte entre ambos pueblos, pero particularmente entre los ya debilitados Kaqchiqueles. Tomando ventaja quizá de la condición de debilidad de los Kaqchiqueles, los K'ichés reiniciaron la guerra en 1521. Los Kaqchiqueles, hallando que sus aliados los Aztecas habían

sido conquistados, enviaron un emisario en busca de ayuda española. Pedro de Alvarado y una armada conquistadora brindaron la necesaria “ayuda” en 1524.

2



Pedro de Alvarado
1485-1541

EUROPEIZACIÓN

CAPÍTULO II

Europeización

Los pueblos nativos de Guatemala estaban familiarizados con la catástrofe, eran fatalistas sobre su existencia. Terremotos, erupciones volcánicas, epidemias, cambios climáticos y la guerra trajeron miseria y desolación después de la invasión española en el siglo xvi. Los Mayas habían sobrevivido antes y sobrevivirían de nuevo, aunque no sin grandes alteraciones del mundo que habían conocido. La notable expansión del Renacimiento Europeo en las Américas empezó con el viaje de Cristóbal Colón de 1492, no tomó mucho tiempo antes de alcanzar Guatemala. En 1502, en su cuarto viaje, probablemente en el Golfo de Honduras y en la costa norte, Colón tocó tierras guatemaltecas antes de continuar al suroeste navegando hasta Panamá. Otros exploradores españoles, Juan Díaz Solís y Vicente Yáñez, alcanzaron la región en 1506.

Los conquistadores habrían ocupado el istmo rápidamente luego de los primeros contactos. Los hispanos habían encontrado escaso metal precioso en las islas caribeñas. Ellos habían aniquilado rápidamente a los habitantes originales, fallando al intentar convertirlos en esclavos. Apresurando sus

andanzas a lo largo de la costa oriental de Centro América buscando más esclavos, pero a la vez orientando la futura conquista de la región. Álvaro Núñez de Balboa y también Pedro Arias de Ávila (Pedrarias Dávila) establecieron la primera colonia española en tierra firme en Panamá. Desde allí los españoles avanzaron hacia el norte sobre Nicaragua y Honduras.

Un naufragio español había llegado a las costas de Yucatán en 1511, donde los nativos, o Caribes, que habían huido de las islas al continente, rápidamente capturaron y sacrificaron a la mayoría de los hispanos a sus dioses o en algunos casos, como decían, cocinado y comido. Estos desafortunados ibéricos habían traído viruela con ellos; ésta se extendió rápidamente a lo largo de la región, debilitando la resistencia a los invasores españoles. Un sobreviviente, Gonzalo Guerrero, ganó el respeto de los jefes indígenas locales al enseñarles cómo resistir a los invasores. Quizá adiestrados por Guerrero, los Mayas defendieron Yucatán contra una expedición de Francisco Hernández de Córdoba en 1517. Posteriormente las correrías provenientes de Cuba contra los Mayas también fracasaron, pero generaron algunas ganancias en oro y piedras preciosas. Esto mantuvo el interés y la obstinación del gobernador de Cuba, Diego Velásquez, que envió a Fernando Cortés, quien derrotó a los Aztecas de México en 1521, pero

en Yucatán él hizo un poco más que destruir unos cuantos ídolos. Después, empezaron las expediciones en 1527 bajo el mando de Francisco de Montejo y su hijo; finalmente, superaron la resistencia Maya en Yucatán en 1546 después de un baño de sangre. Pero la victoria militar española sobre la tierra baja Maya, no llegó hasta 1697 en Tayasal, Petén, región norteña de Guatemala.

Una vez que Cortés había aplastado a los Aztecas en Tenochtitlán (ciudad de México), ordenó dos expediciones a Centro América, una por tierra y otra por mar. Su comandante naval, Cristóbal de Olid, navegó hacia el Golfo de Honduras y formalmente estableció el pueblo de Triunfo de la Cruz, declarándolo por sí mismo independiente de la autoridad de Cortés, una práctica bastante común entre la primera generación de conquistadores. Al oír hablar de esto, Cortés despachó a Francisco de las Casas con tropas para relevar a Olid, pero de pronto, posteriormente, se decidió a ir él mismo. Marchó por tierra a las junglas del Petén en 1525, teniendo éxito en restaurar su autoridad en la costa de Honduras, pero en el viaje sufrió daños en su salud. Después de retornar a México en abril de 1526, Cortés consolidó su control sobre esta región contra los continuos esfuerzos de Pedrarias Dávila para extender su autoridad en Honduras.

Entretanto, ambicioso pero fiel a Cortés, su segundo al mando, Pedro de Alvarado, dejó la ciudad de México en diciembre de 1523 comandando una expedición terrestre. Su armada incluía cientos de Tlaxcaltecas y otros indígenas aliados del centro de México. La viruela barrió prácticamente los pueblos delante de su camino, mermando la resistencia. Del istmo de Tehuantepec en adelante, los españoles tenían que luchar a su manera en las escabrosas montañas de Chiapas y Guatemala, donde los pueblos K'iche' y Kaqchikel estaban combatiendo entre ellos. Las pequeñas naciones del altiplano guatemalteco tenían alianzas con el uno o con el otro de esos dos poderes. Siguiendo el ejemplo de Cortés en México, Alvarado tomó ventaja de las enemistades de los pueblos indígenas. Aliándose con los Kaqchikeles, juntos derrotaron a los K'ichés en abril de 1524. Alvarado, según reportes recibidos, encontró y mató al heroico jefe K'iche', Tecun Umán, en combate frente a frente en Xelajú (hoy Quezaltenango).

Alvarado ocupó la capital Kaqchikel en Iximché, establecida cerca de Tecpán, renombrándola "Guatemala" (lugar de árboles), nombre Náhuatl mexicano para aquel lugar. Estaba situado en una llanura alta, ventajosa para defenderse, pero ante la rebelión Kaqchikel, Alvarado pronto encontró inconveniente el lugar y buscó un sitio con mejor acceso al agua. Así, en 1527, su hermano, Jorge Alvarado, estableció la

nueva capital nombrándola Santiago de Guatemala en el Valle de Almolonga, al pie del volcán de Agua, llamado así por la formación de un lago en el cráter de este volcán dormido. Pedro de Alvarado ocupó dos años más conquistando el resto de Guatemala y El Salvador y aniquilando revueltas indígenas. Alvarado fundó varios pueblos nuevos, pero había ya muchos pueblos indígenas y villas que gradualmente se venían hispanizando en grados variables. La mayoría de las tropas Tlaxcaltecas (mexicanas) que habían acompañado a Alvarado, permanecieron en Guatemala y fueron ubicadas en nuevos pueblos o comunidades, estableciéndose junto a los Mayas.

En Honduras, Alvarado continuó enfrentando las fuerzas de Pedrarias Dávila de Nicaragua, y su rivalidad llevó a desórdenes por muchos años. Eventualmente, una serie de decretos reales clarificaron los límites del Reino de Guatemala a favor de Alvarado. Esto incluía lo que es hoy Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, así como Belice y el hoy estado mexicano de Chiapas. Después de su triunfante visita a España en 1527, cuando formalmente recibió el título de Gobernador y Capitán General del Reino de Guatemala, Alvarado vuelve a la pacificación del istmo. La escasez de metales preciosos defraudó, y cuando vinieron las noticias de los descubrimientos de Francisco Pizarro en Perú, Alvarado se encamino hacía Sur América en 1534.

No fue bienvenido, retornó una vez más a España, donde su esposa, Francisca de la Cueva, había muerto en 1528. Alvarado se casó nuevamente con la hermana de su esposa fallecida, doña Beatriz de Alba de la Cueva. Acompañado de su nueva esposa, retornó a Guatemala en 1539, pero rumores de ciudades de oro en Cíbola (Norteamérica) lo llevaron a México. Allí Alvarado luchó con su característico coraje y en la guerra Miztón contra los rebeldes Chichimecas un caballo le cayó encima, muriendo en Guadalajara el 4 de julio de 1541. La noticia de su muerte no llegó a Santiago de Guatemala hasta el 29 de agosto, cuando una carta del Virrey de México, Antonio de Mendoza, pedía al teniente gobernador Francisco de la Cueva, sobrino de la viuda de Alvarado, que continuara como gobernador de Guatemala. Debido a su pesar por la muerte de su esposo, doña Beatriz, según reportes recibidos, se lamentaba excesivamente, llamándose a sí misma “La sinventura” (la infortunada o desgraciada). Sus lágrimas y su pesar se igualaron con las extraordinarias lluvias que cayeron sobre Guatemala a principios de septiembre de 1541. El 9 de septiembre el ayuntamiento de la ciudad y otros notables, incluyendo a la viuda de Alvarado, se reunieron para instalar a Francisco de la Cueva como gobernador del Reino, pero doña Beatriz, apoyada por el poderoso obispo de Guatemala, Francisco Marroquín, manipuló para ganar el apoyo de la mayoría de los presentes y del Ayuntamiento

para hacerla gobernadora interina mientras la Corona Española decidía la cuestión. Fue juramentada inmediatamente junto con su sobrino Francisco, quien continuó como su teniente gobernador.

Doña Beatriz de la Cueva gobernó por un par de días. Las lluvias continuaron a lo largo del sábado, 10 de septiembre de 1541, y en aquella noche temblores del cercano y activo volcán de Fuego causaron la ruptura del cráter en la cima del volcán de Agua. Un torrente de agua y barro corrió abajo del lado del volcán llegando a parte del pueblo y matando a muchas personas, incluyendo a doña Beatriz. Doña Beatriz fue una de las dos únicas mujeres que sirvieron como gobernadoras en cualquier parte de América Latina a lo largo del periodo colonial español. La otra fue Isabel de Bobadilla, la esposa de Hernán de Soto, a quien él dejó a cargo de la gobernación, en tanto él salió de Cuba a cargo de su expedición a Florida (1539-1542), de la cual De Soto nunca regresó.

Francisco de la Cueva gobernó provisionalmente con éxito. Con el obispo Marroquín supervisaron la construcción de la nueva capital (hoy Antigua Guatemala), al extremo opuesto del Valle de Almolonga. De la Cueva entonces se casó con doña Leonor, la hija de Pedro de Alvarado y la princesa tlaxcalteca doña Luisa de Xicontenatl, quien había sobrevivido a la destrucción de la capital junto con varias

señoras que doña Beatriz había traído con ella de España. Estas sobrevivientes son importantes en la historia de Guatemala como madres de las principales familias de la era colonial. Alvarado no tuvo hijos con doña Beatriz de la Cueva. Su herencia en Guatemala continuó solo a lo largo de los descendientes de su unión con doña Luisa.

La conquista continuó, los colonos y aventureros de España, el Caribe y México establecieron pueblos a lo largo del istmo, explotando al trabajador nativo y volviéndose a la agricultura cuando la minería fallaba. No toda la población indígena era esclava, y sin embargo ocurrieron revueltas a lo largo del período colonial y más. El mismo Alvarado aplastó la primera gran revuelta, la de los Kaqchikeles, 1524-1530. Alvarado y otros conquistadores, intentando mantener sujetas a las recientemente conquistadas tribus, hicieron rehenes a sus jefes. Los más notorios de éstos fueron los jefes K'iche'y Kaqchikel (caciques), Sequechuel y Sinecam, quienes Alvarado tuvo cautivos por seis años. Temeroso de que ellos estaban dirigiendo continuamente los levantamientos, incluso en el cautiverio, Alvarado los llevó a México en 1540, pero después de su muerte escaparon y nunca se escuchó más de ellos. Las rebeliones indígenas y las andanzas de los conquistadores continuaron tardíamente hasta el siglo XVIII a pesar de las repetidas expediciones contra los Lacandones en Petén. En el

altiplano guatemalteco, sin embargo, los españoles tuvieron éxito estableciendo su gobierno, a costa de la vida de cientos de indígenas y fuertes inversiones económicas.

La Iglesia católica romana tuvo una importante participación en la conquista de Guatemala, los sacerdotes acompañaban a los conquistadores y trataban de establecer el cristianismo entre los nativos cuando los soldados los traían en sujeción. Los esfuerzos de fray Bartolomé de las Casas, sin embargo, son un notable ejemplo del acercamiento por frailes dominicos para pacificar y dominar a los nativos. Las Casas vio la brutalidad de los conquistadores en Cuba y La Española en el Caribe. Antes, estos métodos de pacificación fallaron al intentar aplicarlos a los indígenas de Cumaná (en Venezuela). Las Casas se enclaustró por varios años en la isla de La Española. Posteriormente organizó un convento dominico en Granada, Nicaragua, cuando el tratamiento cruel hacia indígenas iniciado por Pedrarias había continuado en aquella región. Las prédicas de Las Casas contra el tratamiento cruel a los indígenas era una espina clavada en el costado de los colonos y de los funcionarios de la Corona, pero sus esfuerzos trajeron magros resultados. En 1536 abandonó Nicaragua y se marchó a Guatemala, donde se convirtió en la conciencia de Alvarado y los administradores españoles. Reviviendo su idea de pacificar

indios sin conquistarlos por fuerzas militares, en 1537 comenzó a experimentar en la región norte de Guatemala, conocida como tierra de guerra debido a la exitosa resistencia indígena a la armada española. Centrando sus actividades en Tezulutlán, Las Casas persuadió a los caciques de la región a aceptar sus frailes, y su programa prosperó. Esa área se renombró como la Tierra de la Verdadera Paz o La Verapaz. Las Casas retornó a España, su éxito en Guatemala lo ayudó a persuadir al emperador Carlos V para emitir, en 1542, Las Leyes Nuevas de las Indias, un esfuerzo serio para frenar las crueldades del sistema de encomienda.

Las Casas retornó en 1544 como obispo de Chiapas. Allí continuó sus esfuerzos con menos éxito, el ultraje de los colonos contra Las Nuevas Leyes hicieron casi imposible su trabajo. Es más, en la Dominicana lo experimentado en La Verapaz también falló, los indígenas se rebelaron y masacraron a los frailes. Los dominicos todavía mantuvieron monasterios y tierras en La Verapaz, pero mucho de la provincia gradualmente cayó bajo el control de colonos que buscaban tierras y trabajo. No obstante, la influencia de Bartolomé de las Casas permanece fuerte en Guatemala, y su llamado para humanizarse y compadecerse con la gente indígena nunca desapareció y continúa hoy en las demandas por el respeto a los

derechos humanos y justicia social para los pueblos indígenas.

La estructura política del Reino de Guatemala tomó forma lentamente. Las rivalidades entre los conquistadores llevó a desórdenes y tumultos, especialmente en Honduras y Nicaragua. Celos individuales combinados con barreras geográficas trabajaron contra la unidad, para que virtualmente emergieran centros administrativos autónomos. Además de Santiago de Guatemala, otros pueblos españoles mayores eran Ciudad Real en Chiapas, Comayagua en Honduras, León y Granada en Nicaragua y Ciudad de Panamá. Cada nuevo centro justificaba un nuevo gobierno. La resultante descentralización hizo inútiles los esfuerzos para controlar la región de los funcionarios reales. Había siempre un vacío substancial entre una teóricamente favorable centralización administrativa y la actual descentralización del sistema impuesta por las grandes distancias y las barreras geográficas. Las municipalidades asumieron la autoridad y sus ayuntamientos eran los más importantes cuerpos gobernantes para controlar la jurisdicción sobre áreas mucho más extensas que los pueblos propios.

Alrededor de 1530 Guatemala, Nicaragua, Honduras, Chiapas y Panamá funcionaban bajo diferen-

tes órdenes reales. Todavía en la siguiente década el conocimiento aumentó sobre los istmos, la muerte de Pedrarias Dávila en Nicaragua y el prestigio de Pedro de Alvarado contribuyeron a la unificación del istmo bajo una sola jurisdicción. Estableciéndose en el Virreinato de la Nueva España involucrando a México gobernando sobre las regiones norteñas de la región, pero el establecimiento de la Audiencia de Panamá en el mismo año continuó la confusión sobre la jurisdicción en Nicaragua. No fue hasta 1543 cuando la Corona políticamente unifica Centro América con la creación de la Audiencia de los Confines (fronteras). Esta nueva corte mantuvo la jurisdicción desde Tabasco y Yucatán a Panamá. Bajo la dirección del presidente Alonso de Maldonado, quien también era el gobernador de Guatemala. Buscando una capital céntricamente localizada a nivel geográfico, la Corona en 1544 ordena a la nueva Audiencia trasladarse a Gracias, un joven y bullicioso pueblo de minería de oro en las montañas occidentales de Honduras. Unos y otros ciudadanos de Santiago de Guatemala y Ciudad de Panamá enviaron sus agentes (procuradores) a España para salvaguardarse contra Gracias. Ese pueblo floreció brevemente debido a su importancia minera, pero el oro rápidamente se agotó y la ciudad estaba aislada y pobremente localizada. En 1548, por consiguiente, la Corona ordenó nuevamente mover la Audiencia de los Confines a Santiago de Guatemala. Prontamente, después de

esto, la Audiencia perdió jurisdicción sobre Panamá, Yucatán y Tabasco.

En aquel momento había ley nominal y orden, aunque las revueltas indígenas, nuevos conquistadores, disputas internas y ataques de los extranjeros en ambas costas destrozaron la vida en el istmo periódicamente durante los dos siglos siguientes. En los años 1560 la Corona disolvió la Audiencia de los Confines y transfirió su autoridad sobre Panamá, Costa Rica y Nicaragua a una nueva Audiencia en Panamá. Guatemala, Honduras y Chiapas quedaron bajo la jurisdicción de la Audiencia de México. Pero la protesta indignada de los poderosos productores de cacao, líderes civiles y eclesiásticos, incluyendo Bartolomé de las Casas, quien creyó que la Audiencia en Guatemala era una garantía contra los abusos de los colonos a las misiones indígenas en Guatemala, cambió rápidamente esta decisión. Hacia 1570 la Audiencia se había restaurado en Guatemala, este ápice jurisdiccional se extendió de Chiapas hasta Costa Rica. Esta jurisdicción política sobrevivió más allá del final de la dominación española. Entretanto, el rey Felipe II concedió a la ciudad el importante título de “Muy Noble y Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala”.

La Provincia de Guatemala, que incluía El Salvador, era fácilmente la más importante en esta Au-

diencia, pero el gobierno en Guatemala no prestaba una adecuada atención a las otras provincias. Incluso dentro de la provincia de Guatemala, la región populosa del altiplano (Los Altos) alrededor de Quetzaltenango y la región del Pacífico alrededor de El Salvador eran objeto de prácticas discriminatorias por los oficiales en la capital. Santiago de Guatemala era políticamente, pero también social, económica y eclesiásticamente la metrópoli del reino y los habitantes de todas las provincias gravitaban sobre esta ciudad.

La Audiencia ejercía la autoridad ejecutiva, judicial y legislativa sobre el reino. El presidente presidía sobre la corte de justicia, pero él mismo era individualmente el capitán general con autoridad militar y el gobernador con poder exclusivo, creando la tradición en Guatemala de un poderoso jefe ejecutivo. La Corona fijó los funcionarios del reino quienes normalmente servían de cuatro a siete años, excepto para los jueces (oidores) de la Audiencia, quienes tenían sus lugares de por vida, o hasta que ellos pasaran a alguna otra oficina. La preferencia era por los nativos de España (peninsulares) para obtener el nombramiento de altos funcionarios; las posiciones menores, como los presidentes rurales (alcaldes mayores) o comandantes regionales (corregidores), era provisionado con el personal criollo (personas descendientes de españoles nacidos en el Nuevo

Mundo). Esta jerarquía de oficiales formó cuerpos burocráticos separados de los criollos hacendados, aunque algunos de estos oficiales finalmente se volvieron fundadores de importantes familias criollas. A pesar de que nominalmente el virrey de la Nueva España tenía jurisdicción sobre el Reino de Guatemala, en la práctica, debido a que la burocracia podía comunicarse directamente con el gobierno en España, permanentemente obviaron el virrey.

Había aún bastantes casos en que el virrey intervenía en el reino para crear animadversión entre los guatemaltecos contra la Ciudad de México. Comerciantes guatemaltecos también resentían los grandes privilegios comerciales y oportunidades que la élite mexicana gozaba. Dentro de las aldeas indígenas, claro, los caciques quedaban a menudo dentro del control, efectivamente colaborando con la burocracia española y protegiéndose contra los ambiciosos criollos terratenientes y el interés comercial.

La Iglesia trabajaba activamente junto al Estado en el establecimiento de la civilización hispana en Guatemala. Los clérigos venían a convertir e instruir a la población indígena y para atender a los colonos, siendo formalmente establecida la Diócesis en Guatemala en 1534. Los misioneros especializados como Bartolomé de las Casas amortiguaron los aspectos brutales de la conquista cuando ellos instalaron las

instituciones del cristianismo. El obispo de Guatemala se volvió un poderoso aliado para el capitán general de Guatemala, aunque las relaciones Iglesia-Estado no siempre fueron cordiales. La Iglesia fue el agente de una real política oficial de un tratamiento humano de los nativos, un papel que a menudo la llevó a conflictos con oficiales civiles y colonos. Había todavía muchos casos donde la Iglesia y Estado trabajaban conjunta y armoniosamente. El obispo Marroquín, obispo de Guatemala de 1533 a 1563, por ejemplo, mantuvo inspirado su liderazgo por la Iglesia así como también por la ciudad de Santiago durante los primeros años difíciles.

Las órdenes religiosas fueron vitales para el control de la población indígena. Hacia el año 1600 había 22 franciscanos, 14 dominicos y 6 conventos mercedarios en Guatemala. Los jesuitas arribaron en 1582, jugando un importante papel en la educación y en la producción agrícola, especialmente de azúcar. Los jesuitas fueron más agresivos que las otras órdenes y sus esfuerzos para iniciar escuelas e incrementar sus propiedades a menudo les hacía ganar los celos de los otros clérigos. Ambas órdenes, los monásticos y los clérigos seculares, adquirieron considerable riqueza, contribuyendo con un poco de resentimiento hacia el clero en el campo económico. Los religiosos recorrieron los grandes territorios, sirviendo como banqueros e incluso construyendo

caminos y puentes. El poder de la Iglesia creció en el siglo xvii con la edificación de muchas y nuevas iglesias, basílicas, monasterios e instituciones de caridad. En aquel momento también fue fundada en 1776, bajo el auspicio de la Iglesia, la Universidad de San Carlos de Guatemala. Estas edificaciones ayudaron a hacer de Santiago (Antigua) una de las ciudades más hermosas de América. Hacia 1700 solo se alineaba detrás de México y Lima, en tamaño e importancia.

La Orden de las Belemitas se originó en Guatemala, floreció del trabajo y la devoción del fraile franciscano, Pedro de San José de Betancourt, durante los años 1651-1667. Betancourt vino a Guatemala de las islas Canarias y se dedicó al cuidado de los pobres y los enfermos. En su último testamento, llamó a sus seguidores a formar una hermandad para su hospital en Guatemala. Su principal discípulo, Rodrigo de la Cruz (anteriormente Rodrigo Arias Maldonado, marqués de Talamanca, gobernador interino de Costa Rica), organizó en 1668 la Orden de los Belemitas, que ganó la confirmación papal en 1672. Visto no muy entusiastamente por el gobierno español, esta orden permaneció pequeña hasta el siglo xviii, pero al final de la era colonial tenía 17 hospitales a lo largo de la América española y uno en las Islas Canarias, así como muchas escuelas. Esta orden solo de varones religiosos, originada en

América española, no sobrevivió el anticlericalismo del siglo XIX, aunque una rama femenina pequeña, organizada en 1670, continuó su existencia. En el verano del 2002 el papa Juan Pablo II proclamó la santidad para Betancourt durante su tercera visita a Guatemala. En la Iglesia de San Francisco, en Antigua Guatemala, hay un santuario a San Pedro de Betancourt.

La agricultura de subsistencia o producción de comestibles para el mercado local ocupó a la mayoría de los pobladores, los artículos para la exportación posteriormente dominarían la economía. El cacao se había desarrollado a lo largo de las laderas montañosas del Pacífico de Guatemala en el tiempo pre-colombino y vino a ser una de las primeras exportaciones en la Guatemala hispánica, superando las objeciones de algunos sacerdotes que clamaban que el chocolate era una droga peligrosa. Posteriormente, el añil fue importante. Su producción creció rápidamente en lo que hoy es El Salvador, en la Ciudad de Guatemala los comerciantes financiaron y exportaron el tinte azul, vital para la emergente industria textil en Europa. La relativa falta de importancia de la producción guatemalteca para el comercio internacional después de 1550 significó que el reino se volviera un remanso en el imperio, ensombrecido por la producción de metales preciosos en Perú y México. La mayoría de los agricultores pro-

dujeron ganado, maíz, trigo y otras cosechas para los residentes locales. Muchas comunidades indígenas, especialmente en los valles muy poblados cerca de la capital, se especializaron en producir comida. Las plantaciones de azúcar, trabajadas por esclavos africanos, se levantaron alrededor del Lago de Amatitlán así como en La Verapaz y en otras regiones. Los españoles, así como muchos ladinos, dependían de los indígenas para su propia alimentación. Los indígenas comerciantes trajeron el producto dentro de los mercados urbanos. Dichos mercados permanecen hoy como un aspecto integral de la vida de Guatemala.

Había una manufacturación pequeña de artículos esenciales en la Guatemala colonial. España misma se había retrasado en relación con otras naciones europeas en manufacturación y esto descorazonaba a las fábricas coloniales guatemaltecas, que no podían competir con la producción española o con el género extranjero que era traído al país por los comerciantes. Inevitablemente, debido al alto costo de la transportación de los géneros europeos hacia Guatemala, los productos locales y muchas mercancías, especialmente ropa, productos de cuero y productos para las necesidades cotidianas encontraban mercado. Regulaciones municipales velaron por la calidad y los precios de tales mercancías. Zapateros, sastres y otros artesanos se organizaron en gremios

limitando la competencia y manteniendo las normas de calidad, pero raramente vendieron sus mercancías más allá del área local. Por otro lado, los comerciantes locales llevaban textiles indígenas, alfarería, muebles rústicos, etc., a los mercados nativos a lo largo del país. La elite española insistía en las galas europeas, rehuendo a las mercancías hechas por nativos, las cuales ganaron aceptación entre las clases guatemaltecas media y baja. Debido a los costos sólo la clase alta podía obtener productos de importación, mientras la vasta mayoría optaba por el producto local. El control de los precios proporcionó algún freno a la incontrolable inflación por escasez de productos, mientras el sistema de explotación laboral mantuvo el salario bajo. Había ausencia de dinero, por lo que se desarrolló un extenso trueque de mercaderías. El establecimiento de una casa de moneda en Guatemala en 1731 mejoró esa situación un poco, aunque el crédito continuó siendo difícil y las tasas de interés eran altas. Los clérigos a menudo jugaron el rol de banqueros, aunque los comerciantes extendieron también el crédito contra cosechas por sembrar.

Las deficientes comunicaciones, exacerbadas por el terreno escabroso, fuertes lluvias y frecuentes terremotos y deslaves, retardaban el desarrollo comercial y productivo. Los puertos eran pequeños y subdesarrollados en las tierras bajas de las costas

tropicales. Enfermedades, la jungla, el clima, los diluvios y deslaves, todo trabajó en contra de los repetidos esfuerzos para desarrollar un puerto en el Caribe. Sin embargo, España abrió el puerto de Santo Tomás de Castilla en 1604, éste no prosperó y sólo ocurrió una cantidad pequeña de comercio a través del Golfo de Honduras.

La sociedad colonial guatemalteca estuvo estructurada por tres clases sociales reconocidas, además de otros grupos sociales inestables, la mayoría de la población eran siervos indígenas, más algunos esclavos africanos. Esta clase trabajaba en los campos de cultivo y prestaba sus servicios particulares a los europeos. Siendo dominada de hecho por las otras dos clases, más pequeñas en tamaño pero con estatus más elitista. La primera de las clases era la burocracia española, que residía principalmente en Santiago. Esencialmente los nacidos en España (peninsulares), exceptuando a los jueces de la Audiencia residentes temporales que llevaban a cabo sus labores para la Corona y en beneficio personal, éstos tenían poco interés en la prosperidad en el Reino de Guatemala a largo plazo. La segunda clase social alta estaba formada por los grandes terratenientes, la mayoría nacidos en América (criollos), esencialmente una aristocracia colonial, aunque algunos de ellos en algún momento ostentaron títulos de nobleza. Denegándoseles el acceso fácil a los altos cargos

administrativos o el control de las instituciones coloniales, debido a que la burocracia española monopolizaba los cargos, esto ofreció otras posibilidades a la pujanza de los criollos en cuanto al control de la producción y el comercio. Los criollos a menudo ejercían una considerable influencia a través de la evasión de las leyes, de la corrupción y el contrabando. Algunos burócratas peninsulares, por supuesto, se volvieron fundadores de familias criollas, además nuevos colonos vinieron a América durante el periodo colonial para que siempre hubieran algunos nacidos en España entre la “aristocracia criolla”.

La combinación del poder económico con la presión moral del clero católico creó una actitud paternalista en la clase terrateniente. Muchos indígenas continuaron con las creencias religiosas que tenían previo a la conquista como una forma natural de defenderse contra la cultura dominante judeo-cristiana-occidental. Estas manifestaciones de paganismo aún se encuentran entre los actuales indígenas guatemaltecos. El criollo guatemalteco racionalizó la creencia de que los indígenas vivían felices en la pobreza, argumentando que la servidumbre legal de los indígenas era necesaria, porque sin estas obligaciones los indígenas no trabajarían. Desde el punto de vista de los criollos, el indígena se inclinaba hacia el vicio y el alcoholismo y esto iría aumentando a

menos que fueran obligados a ocuparse en trabajos forzosos.

La mezcla de las razas ocurrió desde el principio y un creciente número de ladinos poblaban los pueblos y el campo. Los descendientes de indígenas y españoles no siempre ganaron una pronta aceptación dentro de la sociedad criolla o peninsular, sin embargo hacia el siglo XVIII la sociedad criolla incluyó a muchos ladinos. Algunos ladinos trabajaban como obreros con salario de trabajador del campo y otros conservaron granjas pequeñas, se convirtieron en comerciantes o incluso en profesionales. Un gran número de ellos pasó a formar grupos pero sin conformar clases sociales en los grandes pueblos. De este orden surgen los artesanos y pequeños comerciantes, para formar una capa media de mucha importancia en la sociedad guatemalteca.

En tanto hubo mucho acomodo y colaboración entre la burocracia peninsular y la elite criolla, la Audiencia fue el mejor representante de los peninsulares y los intereses imperiales, las municipalidades (ayuntamientos o cabildos), en su mayoría compuestos por criollos, representaban los intereses locales. Estas instituciones entraban en conflicto unas con otras por el control de la riqueza y el trabajo de los indígenas, así como por pequeñas circunstancias o

diferencias personales, cada grupo guardaba celosamente sus privilegios y estatus. Hacia el siglo XVIII ya las diferencias entre las dos clases fueron muy significativas, surgieron roces y enemistades. Las dos clases altas abusaron y explotaron a los pueblos indígenas, como también lo hizo la capa media urbana. Había, por ejemplo, intermediarios que proveían los comestibles y otros productos de primera necesidad para los pueblos, estos intermediarios reprimían a menudo severa y brutalmente a los indígenas proveedores de comestibles, buscando obtener los precios más bajos posibles por los productos. En el fondo de este orden social y a pesar de los largos decretos reales ofreciendo protección y un consagrado clero que se ocupó de cuidar este logro, los indígenas siempre fueron objeto hasta el agotamiento de la estafa, la intimidación y el trabajo forzado.

Si la élite de Santiago de Guatemala palideció en comparación con México y Lima, no obstante había suficiente riqueza para promover el embellecimiento de la capital. En el siglo XVIII Santiago tenía magníficas residencias y grandes casas comerciales cerca del centro de la ciudad, pero la grandeza de las ciudades era más evidente en la opulencia de las grandes iglesias, monasterios, conventos y seminarios. Ese estilo arquitectónico se desarrolló en Santiago, el cual fue imitado en los pueblos pequeños alrededor del reino.

Finalmente, las políticas coloniales españolas y las guerras europeas agotaron los valiosos recursos de Guatemala. La Corona llamó incesantemente a sus dominios en América para que dieran su apoyo financiero. En el siglo xvii subieron los impuestos, forzaron préstamos y otras valoraciones que aumentaron la carga sobre la economía colonial. Propagándose extensamente la evasión de impuestos y la corrupción vino a ser parte de la vida económica colonial. Tal situación persiste aún en el presente. La vigilancia sobre cada aspecto de la economía se enumeró y restringió, pero no fue necesariamente inflexible. El soborno y otras formas de corrupción fueron la respuesta de los criollos a las medidas españolas. Depresión económica y la depreciación del dinero contribuyeron para que los modelos de vida declinaran en la parte final del siglo xvii, sin embargo los oficiales gubernamentales complementaban sus salarios con actividades ilegales y sobornos, ignorando frecuentemente las prohibiciones reales en contra de inmiscuirse en el comercio y otras remuneraciones de actividades privadas.

Contrabandear, como en otras partes del imperio español, fue común. Los franceses, alemanes e ingleses trajeron las mercancías a un precio menor a Centro América intercambiándolas por cacao, tabaco, añil y otras cosechas del campo, así como por pedazos de octavos españoles (precursores del dólar

estadounidense). La floja entrada en vigor de la ley y el buen deseo de los oficiales reales de aceptar sobornos y pagos extras permitió el florecimiento del contrabando. Había también escaramuzas en ambas orillas del océano Pacífico y del Caribe con fuerzas navales enemigas o bucaneros que no tenían ley. España edificó grandes fortalezas para defenderse de los ataques, pero las fortificaciones no siempre detuvieron a los invasores. El castillo de San Felipe, sobre Río Dulce, permanece todavía como un recuerdo de esos días temerarios.

En 1638 los leñadores británicos empezaron a moverse dentro de las costas guatemaltecas en lo que hoy es Belice. Entre los primeros bucaneros había uno llamado Peter Wallace y el nombre de Belice realmente es una distorsión de los españoles de ese apellido. España rehusó reconocer la soberanía británica de ese territorio y ocasionalmente la flota naval intentó desalojar a los intrusos, pero por los 1660 los habitantes de Belice funcionaron como una colonia británica informal. Otros bucaneros navegaron más abajo por las costas de Panamá y eventualmente establecieron una presencia británica en las Islas de la Bahía en Honduras y en las costas del Misquito en Nicaragua.

Para 1700, Guatemala se había convertido en un reino español con una pequeña clase terrateniente

que defendía con mucho empeño sus privilegios y sus propiedades. La cultura Maya del tiempo precolombino sobrevivía en Guatemala a la par de las elites europeas, pero no fue vinculada a la sociedad guatemalteca. El siglo XVIII trajo grandes cambios en la cultura y la economía de aquel tiempo pero la herencia profunda de los Habsburgo (Austrias) perduró en la tradición política de los guatemaltecos.

3



Mariano Gálvez
1790-1862

INDEPENDENCIA

CAPÍTULO III

Independencia

En 1700 el rey Carlos II de Habsburgo falleció después de un desdichado reinado que duró un cuarto de siglo, durante el cual el poder y el prestigio español declinó notablemente. Lo sucedió en el trono Carlos el Magno, sobrino y segundo primo de Felipe V de Bourbon, un nieto de Luis XIV de Francia. Este evento aumentó el costo de la guerra de Sucesión del trono en España (1701-1714). Esto y otras perennes guerras internacionales a lo largo del siglo formaron parte de la historia de Guatemala. Llevándola finalmente a ser una nación independiente más de un siglo después. Estos conflictos produjeron profundos cambios en la forma de vida del siglo XVIII. Las ideas francesas e inglesas influyeron en el imperio español, contribuyendo a formar una mentalidad renovadora en Guatemala, lo cual fue parte de una revolución intelectual conocida como la Ilustración. De muchas formas, actualmente en Guatemala se puede aún apreciar el legado del siglo XVIII, conocido también como el Siglo de las Luces.

Los borbones españoles establecieron una serie de reformas políticas inspiradas por Francia, las cuales influyeron en muchos aspectos de la vida

guatemalteca, estas reformas motivaron un cambio en la forma de vida y el actuar de los criollos guatemaltecos. Estas políticas llegaron a modificar cuatro importantes aspectos: 1) reformas anti-clericales destinadas a reducir influencia y espacio político a la Iglesia católica, 2) reformas económicas y sociales para incrementar el comercio español y las ganancias gubernamentales, 3) reformas administrativas para mejorar la eficiencia gubernamental y la recaudación de impuestos, 4) mejorar las medidas españolas de defensas militares y navales para proteger su comercio. Todas estas reformas tenían la gran meta de restaurar el prestigio de España, la prosperidad y la autoridad, para reencontrar otra vez el gran imperio relegado a un segundo plano atrás de Inglaterra y Francia durante el siglo xvii.

Muchos e importantes cambios ocurrieron en Guatemala durante el reinado de Carlos iii (1759-1788) y Carlos iv (1788-1808), aunque ya había algunas reformas desde el inicio del siglo. Guatemala había llegado a ser un centro del poder eclesiástico en Centro América. Los dominicos se establecieron en la Verapaz convirtiéndose en la orden más rica del reino, los franciscanos eran los portentosos segundos y las otras órdenes religiosas tenían significativas riquezas, incluyendo a los jesuitas. Los borbones querían restringirle el poder a la Iglesia católica desde inicios del siglo. Los decretos reales les quitaron

el derecho a las órdenes religiosas para construir nuevos monasterios o para recibir novicios que no tuvieran la madurez necesaria. La Corona redujo o abolió ciertos impuestos que mantenían a la Iglesia, no para destruirla, pero sí para reducir el poder de las órdenes y para dejar a la Iglesia bajo el poder del Estado. Estas reformas se dirigieron directamente hacia las órdenes religiosas que a la jerarquía del cléro secular, a quienes la Corona apoyó juzgando que sus actividades eran legítimas. Así, en 1743, por ejemplo, Guatemala se convirtió en Arquidiócesis, con jurisdicción alrededor de todo el reino, las más conocidas leyes anti-clericales eran, por supuesto, las que expulsaron a los jesuitas del imperio español en 1767. En Guatemala, otras órdenes tomaron las empresas de los jesuitas, pero de todas formas estos oficiosos sacerdotes generaban pérdidas al trabajar en estas empresas que resultaban muy caras para el reino.

La reorganización administrativa del imperio español, hacia un sistema ministerial moderno llegó en el año de 1705. Haciendo la administración colonial más eficiente a largo plazo, este cambio también llegó a la vida de los guatemaltecos. Trayendo incrementos salariales, dirigidos a alentar e incentivar y promover más responsabilidad por parte de los funcionarios, contribuyendo en el último tercio del siglo XVIII en ambos casos a mejorar la calidad del personal

y su forma de servir, pero la inflación limitó el valor de muchos de estos logros y a su vez vino a sembrar la corrupción. Los criollos, a un paso más rápido que antes, encontraron un camino dentro de las oficinas administrativas. Había un esfuerzo más consciente en Guatemala para construir una infraestructura y promover un desarrollo económico. El haber creado una casa de moneda en la ciudad de Guatemala, por ejemplo, vino a aliviar la escasez crónica de dinero.

Las rivalidades internacionales motivaron la implementación de importantes modificaciones en el sector comercial y militar. Desde el principio los británicos habían hecho incursiones en la costa atlántica de Centro América, sobre la costa de la Mosquitía, las Islas de la Bahía y Belice, que se había vuelto un importante refugio para el contrabando comercial con Guatemala, así como una fuente importante para que los británicos extrajeran tinte y caoba de los bosques. Los españoles ocasionalmente desalojaban de Belice a los leñadores, pero éstos siempre regresaban. En 1741 oficiales británicos de Jamaica nombraron un superintendente para Belice, aunque la mayor parte de los habitantes de Belice manejaron sus asuntos por sí solos. En 1754 los españoles enviaron 1500 soldados a través del Petén, pero 250 soldados británicos defendieron Belice contra la invasión y mantuvieron la ocupación de la región durante los siguientes siete años de guerra

(1756-1763) cuando las fuerzas navales británicas le dieron un duro golpe a los barcos españoles en aguas centroamericanas. En el Tratado de París de 1763 los británicos reconocieron la soberanía española sobre Belice, acordando también dismantelar las fortificaciones que tenían allí, pero a cambio España tenía que permitir a los ingleses seguir estableciéndose allí y cortar madera y añilina. De hecho los británicos no dismantelaron las fortificaciones. Los colonos británicos permanecieron y Belice continuó siendo un lugar gobernado por los británicos y el mejor puerto para seguir contrabandeando con Guatemala.

España intentó recobrar su posición comercial perdida frente a Francia y Gran Bretaña dismantelando el monopolio que los puertos andaluces de Sevilla y Cádiz habían tenido sobre el comercio americano. Los borbones abrieron su cerrado sistema comercial, sin olvidar ceder el principio del monopolio a un amplio número de españoles y colonos en un esfuerzo por ofrecer alternativas contra los contrabandistas. A principios de siglo autorizaron compañías comerciales privadas para realizar el comercio directamente entre España, Honduras y Guatemala. Dicha iniciativa falló por la falta de capital e infraestructura, sin embargo fue un paso adelante para establecer un comercio libre. Después, en 1763, durante el reinado de Carlos III, se implementaron medidas

más agresivas, culminando con el Acta de Libre Comercio en 1778, que aumentó las oportunidades de los centroamericanos para establecer contratos comerciales con España y otras colonias. Los caminos y puertos de Guatemala estaban mal acondicionados para estas nuevas oportunidades, sin embargo los gobernadores de la Colonia urgieron a la Iglesia, los militares y otras instituciones para que aceleraran la construcción de caminos y posibilitar la navegación en el río Polochic y el Motagua. El volumen del comercio aumentó notablemente. Sonsonate, el centro de la producción de añil en la región a orillas del océano Pacífico, experimentó un gran crecimiento y recobró el realce que había tenido alguna vez como centro de cultivo del cacao. En 1803, a los puertos del Pacífico les fue permitido recibir re-exportaciones de mercancías asiáticas por vía marítima provenientes de Acapulco. Entretanto, el correo regular entre España y Guatemala se inició en 1764.

El crecimiento del comercio promovió el surgimiento de un gran número de comerciantes en la Ciudad de Guatemala. El acta de libre comercio de 1778 había autorizado el establecimiento de nuevos consulados de comercio, proveyendo a los comerciantes de su propia corte comercial para la protección y el desarrollo del comercio, estos consulados fueron solo para los comerciantes de México y Lima siendo un privilegio del que se disfrutaba en Hispa-

noamérica por primera vez. Guatemala, en 1793, fue la segunda de otras ocho ciudades hispano-americanas que recibieron el permiso para establecer un consulado de comercio, que sobrevivió hasta después de la independencia. El Consulado de Guatemala llegó a ser una importante corte de legislación comercial y el principal constructor de caminos, puentes, puertos y otras obras de infraestructura hasta 1871. Otras reformas borbónicas fueron las de sujetar el alcohol y el tabaco al control del Estado pero no para limitar su consumo, sino más bien para proteger estos artículos de los comerciantes contrabandistas y para aumentar las ganancias de su venta.

Inicialmente imitando modelos, franceses, los españoles en 1786 nombraron intendentes para supervisar la administración financiera y militar en el Reino de Guatemala. La Corona designó también intendentes en Honduras, El Salvador, Nicaragua y Chiapas. Guatemala permaneció fuera de ese sistema, quedando bajo la dirección administrativa de la Capitanía General de la Capital, pero el nuevo sistema que se estableció dejó separado a El Salvador de la Provincia de Guatemala, liberándole de la dirección administrativa de Guatemala. Como los intendentes se sintieron con mucha autoridad financiera y militar, esta nueva organización incrementó la autonomía de las provincias y así contribuyó al espíritu separatista de las provincias periféricas. La esencia

del nacionalismo salvadoreño viene desde el inicio del sistema de intendencias y llevaría a una enorme enemistad con Guatemala en el siguiente siglo.

La reorganización y el aumento del ejército durante la Revolución de Estados Unidos (1775-1783) incrementó el número de las tropas regulares españolas en América Central, pero el cambio más importante se dio en un aumento de las reservas militares locales, que en el futuro se convertirían en el núcleo para que se conformaran las fuerzas armadas nacionales en los estados de Centro América.

A pesar de aumentar la producción y exportación con las políticas del tratado de libre comercio, muchos factores se combinaron para que la economía decreciera en Guatemala durante el siglo XVIII. Serias insurrecciones habían empezado además de una serie de devastadores terremotos en 1773 que destruyeron la ciudad de Santiago, llevando a tomar la decisión de mover la capital a un nuevo lugar en el Valle de La Ermita, a unos 50 kilómetros al oriente de Santiago, sin embargo no todos los habitantes abandonaron la vieja ciudad (Antigua Guatemala), el gobierno intentó obligar a todos a salir de Santiago y poner su mejor esfuerzo en la construcción de la Nueva Guatemala de la Asunción. Sin embargo, algunos de los habitantes prefirieron trasladarse a áreas mejor establecidas, especialmente alrededor

de Quetzaltenango, que también disfrutaba de un crecimiento significativo como consecuencia de la catástrofe de Antigua Guatemala. Un gran problema lo constituyó una grave epidemia de viruela en 1780. En aquella época por primera vez en Guatemala se utilizaron vacunas para prevenir la enfermedad, lo que fue muy útil para detenerla.

En tanto la construcción de la nueva ciudad estimuló el desarrollo de la economía y en cierto grado compensó la quiebra económica causada por el terremoto, los factores internacionales también contribuyeron a la recesión económica durante el periodo final de la época colonial. Las exportaciones de cacao y otros productos fueron rechazadas así como otros productos de las áreas más accesibles al comercio surgidas en el Atlántico. Los comerciantes guatemaltecos se animaron a financiar la producción de índigo en El Salvador. Lo cual prometía alguna recuperación económica luego de la caída de las exportaciones del cacao, pero la competencia de otros productores como Venezuela y Carolina del Sur y una serie de plagas de langosta, provocaron una gran caída de la producción en Centro América durante las dos décadas finales del periodo colonial. La caída en la producción de tinte de casi un millón de libras menos entre 1791 y 1800, la mitad de la cantidad producida en 1810 y 1820, trajo tiempos difíciles y el aumento de la presencia británica en las costas del

Caribe, por lo que no fue sorprendente que hubiera un ascenso en el contrabando y actividades relacionadas con el mismo, los dos aspectos que originaron la creación del tratado de libre comercio, ahora tenían más ventajas que éste y trajeron las mercancías extranjeras a un precio más bajo. Es más, el aumento de los militares y la marina española requerían de impuestos más altos, de préstamos forzados, así como de las llamadas “donaciones patriotas” para el gobierno, además de una alarmante inflación. Todos estos factores se agregaron a la costosa reconstrucción de la nueva ciudad capital.

El involucramiento español en la Revolución de Estados Unidos tuvo repercusiones directas en Guatemala. España no entró formalmente en el conflicto como aliada de Francia contra Inglaterra inmediatamente, sino hasta 1779, pero para ese entonces ya se habían producido algunas fricciones con Inglaterra a lo largo de las costas del Pacífico. Declarándose la guerra en 1779, las fuerzas españolas enfocaron su ataque hacia los ingleses que vivían en Belice y Roatán (en las Islas de la Bahía), pero muchos de aquellos habitantes simplemente se movieron a la costa de la Mosquitia. El Capitán General de Guatemala, Matías de Gálvez, contraatacó con una campaña que ahuyentó a los británicos que intentaban dividir el imperio español a la mitad en Nicaragua. La paz de París (1783) puso fin a la guerra, reafirmando el pri-

mer tratado, y ratificó la soberanía española en la costa atlántica. Pero la revisión del tratado en 1786 una vez más permitió a los británicos establecerse en Belice para cortar caoba y palo de tinte, permitiéndoles además el retorno de los ingleses que habitaban las Costas de la Mosquitia a Belice. Desde ese punto de vista, Belice creció como el centro de un extenso comercio con Guatemala.

Posteriormente, España volvió a sumergirse en guerras que surgieron de la Revolución Francesa. Primero, los británicos se unieron con otras monarquías europeas en un esfuerzo por derrocar a la República Francesa. Entonces, en 1796, Francia, después de varias victorias militares, forzó a España a cambiar de partido y aliarse con Francia en contra de Inglaterra. Gran Bretaña tomó la delantera para controlar el mar y desde ese punto de vista limitó a España el dominio que tenía fuera de América y la obligó a que permitiera el comercio con los extranjeros. España, en aquel momento, básicamente perdió el control económico de Guatemala y de repente en aquel lugar había aumentado el comercio con Estados Unidos de América, que inicialmente fue neutral en esa guerra hasta 1812.

Las reformas de los borbones cambiaron la fortuna de los productos de Guatemala en el comercio internacional. Así mismo, las declaraciones de gue-

rra trajeron un cambio sustancial para Guatemala. La elite de los terratenientes reaccionó cautelosamente. Muchos de ellos habían sido influenciados por las corrientes intelectuales de la Ilustración y para entonces ya había un componente liberal en vías de desarrollo entre ellos. Sin embargo muchos de los criollos más adinerados no creyeron que las reformas borbónicas precisamente, hubieran mejorado sus intereses en el Reino de Guatemala. De hecho, las reformas buscaron que la administración fuera más eficiente desafiando la acomodada corrupción que había y que era un recurso empleado por los que se desplazaban a las áreas urbanas y se adjudicaban características españolas, los ladinos. Los denominados ladinos eran las clases formadas por artesanos, que proveían artículos y servicios a la elite guatemalteca. El sector medio superior fue dominado por los profesionales, pero también éstos sirvieron a la elite. En la base del sector medio urbano estaba una multitud de subempleados. Pero la población indígena seguía siendo la mayoría y la clase criolla guardó para ella los privilegios económicos y sociales en contra de los ladinos ambiciosos.

En medio de acaloradas discusiones por las reformas económicas y políticas, el imperio colonial español se desmoronó en la propia cara del imperio británico. Las pérdidas durante la Revolución de Estados Unidos habían sido un retraso temporal para

Inglaterra, pero las guerras napoleónicas fueron devastadoras para el control de España sobre Centro América y el resto del imperio. Inglaterra había vuelto a tomar las Islas de la Bahía y repelido con éxito un ataque de España sobre Belice en 1798. Las contiendas continuaron aún adentrada la primera década del nuevo siglo, cuando los británicos extendieron su influencia en la Costa del Miskito en Nicaragua. Después que Napoleón invadió España y puso a su hermano, José Bonaparte, en el trono español en 1808, un movimiento de resistencia española se alió con Gran Bretaña en 1809. Después de estos sucesos el comercio de Guatemala con Gran Bretaña se expandió rápidamente. Belice fue un trampolín para dicho comercio, con una población de menos de 5,000 habitantes, asumió una apariencia de mucha prosperidad. El flujo de mercadería británica en Guatemala no sólo terminó con el monopolio comercial español, sino también dañó a los pequeños productores, particularmente de textiles, que España había autorizado en Guatemala. Entonces hubo un aumento en el abastecimiento de mercaderías británicas relativamente baratas entrando a raudales al país. Como un producto accesible, las ideas británicas económicas y políticas se comprendieron muy rápidamente.

Guatemala tuvo su primera imprenta en 1660 y su primer periódico apareció por un periodo breve

entre 1729 y 1731, pero a finales del siglo xviii tratados religiosos y proclamas gubernamentales fueron el mayor número de publicaciones. Hacia 1800, sin embargo, las ideas extranjeras habían desafiado el orden establecido por casi tres siglos por España. Muchos miembros de la burocracia y la elite criolla habían empezado a favorecer en forma más abierta a las instituciones económicas liberales, gobiernos representativos y procesos políticos más abiertos, así también ponían en duda la efectividad de los monopolios, los privilegios especiales y el papel que había jugado tradicionalmente la Iglesia católica. Los conservadores se resistían a las nuevas ideas, pero en 1810 había individuos que a lo largo del Reino de Guatemala representaban un sector ilustrado de la elite guatemalteca. Éstos incluían a los frailes de Costa Rica, José Antonio Liendo y Goicoechea, abanderado de las reformas curriculares en la universidad; el abogado hondureño José Cecilio del Valle, promotor del estudio de la economía política en la Colonia; los dos dinámicos editores de la liberal y siempre controvertida *Gazeta de Guatemala*, Alejandro Ramírez y Simón Bergaño y Villegas; el editor de la *Gazeta*, Ignacio Beteta; el comerciante y agricultor salvadoreño, Juan Bautista Irisarri, que defendió el libre comercio y la construcción de un puerto en las costas del Pacífico y un líder del clero, el padre García Redondo, quien luchaba para que a los ladinos les brindaran mejores oportunidades

económicas para incrementar la producción agrícola. Estos hombres formaron el núcleo de la Sociedad Económica de Guatemala, una institución similar a las Sociedades Filosóficas en el mundo de habla inglesa que tuvo su origen en Suiza en la mitad del siglo XVIII y se extendió por Francia, España y la América española en los 1790. Fundada en Guatemala en 1795, promovió formas de mejorar la economía, las artes, educación e industria. Apoyando el nuevo periódico la *Gazeta de Guatemala* y patrocinando clases de política económica, tenedor de libros, matemáticas, lenguas extranjeras o programándolas cuando la universidad fracasaba en ofrecer estas modernas asignaturas. Su inclinación liberal motivó que el gobierno la suprimiera en 1800, sin embargo inició su funcionamiento nuevamente en 1811, bajo el régimen de un congreso más liberal y radical en España (Las Cortes reunidas en Cádiz), que indudablemente era una influencia y un cambio de mentalidad de muchos de los miembros de la elite. En aquel momento había un número significativo de personas que miraban con esperanza el cambio y el progreso.

La promulgación de la Constitución en 1812, por las Cortes de Cádiz, reflejaba las diferencias surgidas entre los liberales y conservadores a lo largo del Imperio, estableciéndose por ese entonces un diálogo político en el mundo español que continuó por medio siglo más. Los españoles liberales de las

Cortes de Cádiz (1810-1814) restauraron la Sociedad Económica Guatemalteca, creando tres organismos legislativos (diputados provinciales) para Guatemala, León (Nicaragua) y Ciudad Real (Chiapas), anunciando elecciones en los ayuntamientos, establecieron una nueva Universidad en León y liberaron el comercio. Los centroamericanos jugaron un importante papel en las Cortes, como representantes de las seis provincias firmaron la Constitución de 1812, incluyendo al guatemalteco Antonio Larrazábal.

En lugar de un auténtico espíritu de progreso, el interés personal y las rivalidades con la burocracia colonial guiaron a los delegados centroamericanos en las Cortes de Cádiz. En aquel momento, sin embargo, ellos eran los campeones de la política liberal, de los puestos públicos representativos y por elección, de una política de mayor flexibilidad contra las prohibiciones comerciales, de un mayor esfuerzo para estimular la producción, el desarrollo económico e intelectual, de la libertad de prensa y el surgimiento de los incipientes partidos políticos. En las elecciones de 1810 la elite mantuvo el control del gobierno y la recientemente creada cámara legislativa de la Ciudad de Guatemala, pero tan rápido como Larrazábal partió para España se produjo un cambio político que llevó hacia el conservadurismo el clima político del Reino de Guatemala.

El nuevo gobernador, el capitán general José de Bustamante y Guerra, llegó el 14 de marzo de 1811, luego de una exitosa gestión en Montevideo donde él efectivamente se había opuesto a la elite de los criollos de Buenos Aires. Un hombre de singular dedicación al deber y una firme lealtad a la Corona así como a los principios de autoridad y absolutismo. Bustamante le tenía poca simpatía a las Cortes de Cádiz y a la Constitución y mucha menos a los criollos ambiciosos encabezados por los Aycinena. Mientras se le daba impulso a la carta de las leyes liberales en las Cortes de Cádiz, Bustamante y Guerra mostraba una notable falta de agrado con aquel espíritu. Así, censuró la prensa, asfixió los ayuntamientos de los criollos y la cámara legislativa, controló el comercio exterior en su labor por detener el contrabando. Bustamante y Guerra estaba evidentemente muy a gusto con la restauración del Borbón, Fernando VII, que no solo suprimió la Constitución, sino todos los decretos del gobierno de Cádiz, en un decreto del 4 de mayo de 1814, que Bustamante publicó en Guatemala el 19 de agosto.

En aquel período, el mismo Larrazábal se encontraba en una cárcel española. Bustamante fue especialmente duro con el poderoso clan de los Aycinena, quienes habían sido muy elocuentes respecto al apoyo que brindaban a las leyes liberales de Cádiz. Contrariamente, un grupo de comerciantes a favor

de España en la capital eran escuchados por el capitán general. Bustamante encontró por consiguiente las fórmulas para incrementar la productividad, logrando revertir la tendencia a la caída económica y la extensión de la pobreza, sin embargo sus propuestas sobre distribuir tierra, pagar por el trabajo y darles pequeños terrenos a los indígenas y ladinos sin tierra, extrañó a la aristocracia criolla poniéndola en contra de él. Para ellos estos proyectos eran una amenaza a su propia tierra y sus trabajadores. Los beneficios económicos de la aristocracia criolla decayeron en una forma proporcional a su estatus político. Bustamante les negó puestos de alto rango, además presionó y puso en apuros a la familia Aycinena por impuestos atrasados, denegándoles la protección del gobierno, una ventaja de la cual ellos habían disfrutado. Algunos recurrieron al comercio del contrabando. Otros cuantos se involucraron en un complot abortado contra Bustamante en el interior del Monasterio de Belén en diciembre de 1813. En enero de 1814 un nuevo complot en El Salvador también fracasó de una forma triste. Bustamante sospechó de forma manifiesta que los Aycinena y otros líderes criollos tenían planes revolucionarios contra él y se puso en guardia frente a cualquier clase de insurrección en Centro América que tratara de imitar al padre Miguel Hidalgo quien había tomado la delantera iniciando un levantamiento en México en 1810.

No obstante, entre 1811 y 1818, mientras Bustamante suprimió las manifestaciones exteriores de partidismo político, las facciones políticas se definieron. Las diferencias entre dichas facciones eran políticas, sociales, económicas, regionales, incluso religiosas, pero no eran particularmente nacionalistas o anti-españolistas. Había aparecido un pequeño sentimiento de independencia y las fuerzas de Bustamante fácilmente pusieron en orden algunas insurrecciones aisladas. El apoyo de los comerciantes a favor de España en la capital, de los fabricantes de textiles, los productores de añil y los pequeños terratenientes a lo largo del reino, dio motivo a que se anunciara durante el aniversario de su gobierno, la protección al sistema comercial vigente. Siendo el principal blanco de estas políticas los productos de algodón que al ser importados de Gran Bretaña, reducían las ganancias que obtenían tradicionalmente los comerciantes de la capital y la demanda por parte de la industria indígena del tejido.

La política de Bustamante era de línea dura, acarreando una difícil situación para la elite de los criollos. Pues en 1814 el apoyo que ofrecieron a la Constitución de 1812 los hacía inelegibles para cargos públicos hasta 1817, entonces un indulto general les devolvió sus privilegios ciudadanos. Así mismo, su posición económica se deterioró con el descenso de las exportaciones del añil. En 1816, lluvias torren-

ciales dañaron las cosechas; así también perjudicó un nuevo impuesto del gobierno español al comercio marítimo para sufragar una expedición en contra de Simón Bolívar en Sur América. En Guatemala finalmente la elite encontró aliados entre los que compartieron su odio por Bustamante, principalmente en aquellos que favorecían la independencia o la restauración de la Constitución de 1812. Esto daría lugar a una alianza impensable entre las “mejores familias” con los relegados sociales, un fuerte número de individuos del sector medio superior profesional de familias desconocidas. Esta alianza, nacida a conveniencia, se desintegró una vez el enemigo en común se fue en 1820. Permaneciendo unidos mientras Bustamante estuvo en el poder, la alianza tenía que ser discreta, sin embargo la elite tenía aliados en otra parte. Cartas escritas por los Aycinena y otros de la “familia” dirigidas a amigos influyentes en España, reflejaban su deseo de ver relevado a Bustamante.

El remedio llegó en 1818 con el nombramiento de un viejo funcionario naval, apacible y amanerado, Carlos Urrutia y Montoya, como reemplazo de Bustamante. La “familia” no perdió tiempo en cortejar al nuevo gobernador y en recobrar sus anteriores posiciones en el gobierno colonial. Sin tener en cuenta las habilidades que Urrutia había desarrollado anteriormente en su carrera, cuando vino a Guatemala

estaba en el crepúsculo de sus capacidades como administrador. Su estilo tolerante, de hecho, permitió una relativa y pacífica transición a la independencia en Centro América. Mientras Urrutia predicaba contra el contrabando, sus decretos reales favorecieron más al comercio extranjero, porque ellos trataron de reemplazar el contrabando con el comercio legal en el que el gobierno podía recolectar impuestos. Así, en 1819 Urrutia autorizó el comercio legal con Belice y los comerciantes asociados con la “familia” rápidamente sacaron ventaja del decreto. Entretanto, empresarios privados de los gobiernos rebeldes de México y Argentina que tenían virtualmente acaparado el comercio español del Caribe, hicieron del contrabando una actividad aún más popular que antes.

Entonces, en 1820, un levantamiento de las tropas en Cádiz comandadas por el coronel Rafael Riego que esperaban ser transportadas a la guerra de la independencia en Sur América, dio como resultado que se restaurara la Constitución de 1812. Repentinamente, las elecciones otra vez se celebraban. Con una fuerte campaña electoral, el doctor Pedro Molina en su periódico, *El Editor Constitucional*, que empezó a publicarse en 1820, se pasó trayendo los intereses de la oligarquía Aycinena, Molina indudablemente no era un miembro más de la “familia”, ni era uno de sus socios íntimos. La alianza nacida con la oposición a Bustamante, no obstante, ahora

conformaba la base para la oposición a todas las restricciones que sobre el comercio exterior existían. El libre comercio se convirtió en el principal problema, aunque el propio Molina encabezó también el movimiento de independencia, pues aún el nuevo gobierno liberal español ofrecía una pequeña promesa de una adecuada representación colonial. Los más moderados elementos de la elite respondieron con su propio periódico, *El Amigo de la Patria*, editado por José Cecilio del Valle, notable por su liberalismo en la última parte del periodo colonial, sin embargo ahora él se oponía al cambio radical. Del Valle, desde un rancho familiar de ganado en Honduras, tuvo que venir a la capital en los 1790 a estampar su firma como abogado y oficial de éxito. Alejado de la exclusiva “familia”, Del Valle, como principal asesor de Bustamante, se había asociado estrechamente con los comerciantes que se oponían a los Aycinena y sus parientes. Así, esas dos primeras facciones políticas se constituyeron de los sectores medios altos y a la vez fueron sus principales portavoces. Ninguno realmente representó a los sectores medios; más bien ellos simbolizaron a los diferentes estratos de la elite criolla, ambas facciones reflejaban intereses personales y el pensamiento de la Ilustración. La estrategia de la elite guatemalteca para no correr directamente a las urnas electorales, fue en cambio trabajar a través de los políticos del sector medio,

una tendencia que progresaría diligentemente en los dos siglos posteriores.

Esas dos facciones emprendieron enconadas campañas en 1820 por obtener puestos en el Ayuntamiento de Guatemala y por los consejos legislativos de provincia. Los radicales nombraron a sus oponentes como los Gazistas de Baco (borrachos), acusando a los moderados de Cacos (ladrones), corruptos, de visión económica anticuada, con intereses propios, además decían que los moderados eran lacayos del “odiado Bustamante”. Los moderados devolvieron los ataques señalando los privilegios de la elite y se pronunciaron contra los peligros que representaba el tratado de libre comercio sobre los empleos de la clase trabajadora, sobre todo en aquellos comprometidos con la producción textil. Ellos defendieron en forma gradual las reformas de orden social y económico, que fueran consistentes con las tradiciones del campo. En general, los nuevos miembros de la elite y las clases bajas apoyaron a los radicales, mientras los sectores medios y las viejas de familias bien establecidas favorecieron a los moderados. No había una abierta y clara victoria para ninguno de los dos bandos, como algunos candidatos eran elegidos por pocos electores no se asociaban muy claramente con ninguna facción. Los moderados ganaron por una estrecha ventaja en el Ayuntamiento por virtud de

la elección de José Cecilio del Valle, primer alcalde, mientras los radicales ganaron por estrecho margen en la asamblea legislativa. Había rivalidades entre estas dos instituciones, porque sus funciones se traslapaban, agregándose las dificultades derivadas de las políticas partidistas.

Molina volvió a publicar el problema de la independencia en *El Editor*, considerando que el moderado *El Amigo* de Del Valle sostenía una posición más leal. En marzo de 1821 el sub-inspector Gabino Gaínza, que recientemente había llegado de Chile, con la ayuda de la Asamblea Legislativa asumió temporalmente la jefatura del Reino deponiendo con esto al frágil Urrutia. Mientras Gaínza emitía fuertes declaraciones contra la independencia, trabajó en privado con Molina y los radicales, tolerando, sino animando, el sentimiento por la independencia. Los eventos en México rápidamente forzaron el tratamiento del problema de la independencia dentro de la política de Guatemala. El 24 de febrero de 1821 el Plan de Iguala, de Agustín de Iturbide, trajo amplias diferencias entre las facciones para establecer la independencia en México. Noticias de ese plan viajaron despacio al patio sur, pero por septiembre había temor de que una poderosa tropa mexicana viniera a "liberar" Centro América. En Chiapas los pueblos de Comitán, Ciudad Real y Tuxtla se declararon por el Plan de Iguala entre el 28 de agosto y al

5 de septiembre, estableciendo un precedente para que las municipalidades resolvieran el problema una por una. En la capital de Guatemala, la asamblea de notables se reunió apresuradamente el 15 de septiembre y declararon la independencia del Reino de Guatemala. Esta decisión no fue unánime para ningún partido, algunos moderados habían tenido reticencia para aceptarla como una posible alternativa a la guerra civil. Todos los presentes, representantes de la “familia” Aycinena, apoyaron la declaración, que la asamblea adoptó por un voto de 23 a favor y 7 en contra en una agitada reunión, lo cual no cambió nada excepto en lo que respecta a la soberanía política. Virtualmente permaneció el mismo gobierno. El líder moderado José Cecilio del Valle, quien había prevenido en contra de una apresurada Declaración de Independencia, armó un documento en borrador e improvisó un gobierno. Gabino Gaínza continuó como jefe del Ejecutivo.

Habiendo encontrado la salida en un régimen liberal español, la “familia” no necesitaba alargar su alianza con Molina y se volvió a cambiar hacia el más conservador Del Valle. Así nació el Partido Conservador, aunque no fue llamado así oficialmente. El problema inmediato no era ninguna independencia de España, sino la anexión de la república independiente al imperio mexicano de Iturbide. La decisión fue influida por la amenaza de intervención de Méxi-

co, pero en las semanas venideras entre septiembre y enero la alianza natural entre el partido pro-independientista de Molina y la "familia" se sintió vívidamente. La "familia" consolidó de inmediato esta posición resguardando las llaves de los puestos gubernamentales, Molina y sus socios íntimos no recibieron ninguno de ellos. La transición natural de los Gazistas se hizo evidente durante aquel problema. Una reordenación de las lealtades partidistas tuvo lugar a lo largo de las líneas partidistas. Molina, ingenuamente, favorecía la independencia completa. La elite criolla, ahora liderada por Mariano Aycinena y su sobrino Juan José, Márquez de Aycinena, encabezando ardorosamente la anexión a la realeza de México. Guiándose por elecciones en las municipalidades que estaban fuera del Reino, el gobierno formalmente proclamó la anexión el 5 de enero de 1822. Hubo una violenta oposición a cualquier anexión con México o para gobernar Guatemala en algunas de las provincias. El gobierno de Guatemala rápidamente estableció comandancias, con puestos de poder en Ciudad Real (con jurisdicción sobre Chiapas y Los Altos), Guatemala (Guatemala y El Salvador) y León (Honduras, Nicaragua y Costa Rica), siguiendo las líneas establecidas por la antigua asamblea legislativa. Cuando la mayoría de los ayuntamientos aprobó la anexión, hubo una notable oposición en El Salvador, que se había vuelto un líder en atacar la hegemonía de la Ciudad de Guatemala. Tropas bajo

el mando del nuevo capitán general de México, Vicente Filísola, tenían finalmente que conquistar El Salvador en 1823.

Con las nuevas líneas de política partidista, muy pronto se nombraron con nuevas etiquetas unos a otros. Los radicales o liberales anteriormente llamados los Gazistas de Baco, ahora eran los Fiebres (personas acaloradas). Conservadores o moderados eran acusados de querer continuar con las instituciones reales y oponerse a la reforma, ahora transformados en Serviles (lacayos), refiriéndose particularmente al dominio sobre ellos de los Aycinena. Estos contextos eran proporcionados por el diálogo político contemporáneo que se vivía en España. El número de estos y en apoyo de estas algarabías siguieron primero las líneas establecidas por Molina y Del Valle, pero como se desarrollaban nuevas fuerzas económicas, un notable libre comercio y una ascendente industria de la cochinilla, estos reflejaron también una fisura entre Guatemala y el resto de las provincias. La antipatía de San Salvador fue grande y se convirtió en una fortaleza Liberal, sin embargo las protestas en contra de los privilegios económicos de la capital vinieron de todas las provincias. Sin embargo, el ejército mexicano ocupó la ciudad de Guatemala de 1821 a 1823.

Los eventos en México otra vez forzaron acciones políticas. La abdicación de Iturbide en marzo de 1823 llevó a declarar la independencia absoluta de América Central el 1 de julio de ese mismo año. Solo Chiapas escogió permanecer con México. Los otros estados conformaron las Provincias Unidas de Centro América. Muchos de los líderes conservadores de Guatemala estaban en México, como delegados al congreso imperial o en otras oficinas gubernamentales, entonces los liberales pudieron, hábilmente, tomar el control de la ciudad de Guatemala. Lo tomaron por medio de una junta provisional con poco poder, formaron un nuevo gobierno y reprimieron los alzamientos en septiembre de 1823. A pesar de los esfuerzos de los elementos a favor de España para derrocar a este gobierno, las relaciones comerciales con la madre patria y su colonia Cuba gradualmente mejoraron, aunque España no reconoció formalmente a los Estados de América Central sino hasta después de 1850.

Así empezó América Central su vida independiente: con partidos políticos que reflejaban muchos años de diferencias políticas y económicas. Intereses económicos personales, donde los celos jugaron un papel importante en las actividades políticas de ambas facciones. El libre comercio no sólo se volvió un problema económico, sino también político y social, porque amenazaba la forma de ganarse la vida

de los comerciantes, artesanos y productores que se sentían protegidos bajo el imperio español, al mismo tiempo ofreció nuevas oportunidades para los criollos que habían mantenido el poder económico, social, político e influencia en los días anteriores a Bustamante y que a la hora de obtener la independencia se encontraban haciendo esfuerzos en un periodo donde se vino abajo el mercado del añil. A este conflicto económico se agregaron el idealismo político y filosófico con raíces en la Ilustración, en muchas formas todavía extrañas para la región. Como resultado de esto, la Federación Centro Americana tuvo un comienzo turbulento e inestable.

Tres siglos de normas coloniales en Guatemala impusieron tradiciones y patrones duraderos en el país. Posteriormente el siglo que precedió a la independencia fue un tiempo de grandes cambios intelectuales, económicos y políticos. La estructura de las clases en Centro América reflejaban esos cambios con los nuevos elementos que asumieron el control de la elite criolla y de un potencial sector medio importante que emergía. Las leyes españolas finalizaron en 1821, pero Gran Bretaña ya había ganado el dominio comercial. Esto representó un periodo de muchas dificultades durante los siglos XIX y XX.

4



LAS PROVINCIAS UNIDAS
DE CENTRO AMÉRICA,
1824-1847

CAPÍTULO IV

Las Provincias Unidas de Centro América

La independencia centroamericana se consiguió sin la guerra sangrienta que asoló a gran parte de América Latina. En las décadas siguientes a la declaración de 1821, la disputa interior dividió a la federación en cinco pequeñas repúblicas, entre las cuales Guatemala era la más grande. El problema surgió por la comprensión federativa y centralizada sobre relaciones eclesiásticas, políticas fiscales, acceso al poder, planes económicos, políticas de mercado y generalmente sobre la filosofía de gobernar. Los conservadores apelaban por la moderación, orden, y la estabilidad de las instituciones tradicionales. Los liberales argumentaban por la continuación de las reformas comenzadas por los borbones. El partido liberal, el cual no era bien definido en Centro América, poseía muchos rostros aún. Con frecuencia los liberales, ingenuamente, con sus ideales buscaban hacer de Centro América una nación moderna, progresista que rechazara su herencia española y que ansiosamente absorbiera innovaciones republicanas de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Los liberales desafiaron el poder y los privilegios del clero, como también los privilegios exclusivos y monopolistas de otras corporaciones exclusivas tales como

el gremio de mercaderes. Estaban a favor de prohibir la esclavitud, revocar los impuestos en el comercio, crear más instituciones políticas y jurídicas igualitarias, educación pública, desarrollar carreteras, puertos y proyectos de inmigración para promover el desarrollo económico. La Constitución Federal de 1824, se modeló un poco al prototipo estadounidense de 1789, pero más específicamente al modelo español de 1812, el cual reflejaba el pensamiento liberal hispano.

Las Provincias Unidas nunca lograron realmente formar una nación, ya sea por los celos o diferencias ideológicas de las provincias, las cuales fueron marcadas desde el principio y eran provenientes del tardío periodo colonial. La Constitución concedió una autonomía considerable a cada Estado, pero El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica tenían el dominio guatemalteco. La población guatemalteca, estimada entre 660,580 mil almas en 1825, representaba más de la mitad de la federación total (1,288,319) y esto le daba a Guatemala una ventaja preponderante en el Congreso Federal. Los primeros partidos políticos estaban más influidos en su composición por alianzas familiares que frecuentemente eran más importantes que la ideología política o los intereses de clase. La mayoría de la población siguió jugando una pequeña parte en la política. Ambos, liberales y conservadores, representaban única-

mente facciones de la elite criolla y sectores de clase alta media. La lucha por el acaparamiento de puestos públicos corrientemente sumergían los asuntos ideológicos, pero la economía continuaba siendo un importante determinante de la afiliación política.

Tras la independencia, los comerciantes británicos que operaban en Belice dominaron prontamente el comercio y financiamiento de Guatemala. Abogados al libre comercio habían argumentado con entusiasmo los avances económicos de la independencia, la rápida introducción de productos ingleses, especialmente textiles, obstaculizó la industria y amenazó a los comerciantes locales. Mientras esta realidad se hacía evidente, los miembros principales de la élite abandonaron el liberalismo por posiciones más conservadoras.

Casi de inmediato la posición que tomó el nuevo gobierno condujo a un conflicto desagradable. Los conservadores, especialmente fuertes en Guatemala, querían un Estado centralizado que recordara el régimen colonial. Los liberales, por otro lado, estaban a favor de una federación bajo el modelo estadounidense. Los liberales eran fuertes en las provincias, era ahí donde existía un fuerte resentimiento económico y social hacia la capital de Guatemala. El concepto de autonomía que fue desarrollado sobre la Constitución de Cádiz creó intensas impresiones. Un

optimismo irrealista contagió a los liberales centro-americanos de los años mil ochocientos en sus profecías de una próspera y progresiva federación. Su victoria en la primera elección nacional en 1825 fue obtenida por un corto margen, en medio de quejas de fraude. Las Provincias Unidas de Centro América comenzaron entonces su existencia bajo una nube de sospechas, con desconfianza entre los líderes, y los extremistas liberales conducidos por José Francisco Barrundia ya desencantado junto con el nuevo presidente, el salvadoreño liberal, general Manuel José Arce, quien fue acusado de hacer tratos con los conservadores guatemaltecos.

Incluso antes de la elección los liberales habían abolido la esclavitud y los títulos de nobleza, limitaron los monopolios, promulgaron una generosa ley inmigratoria, y ratificaron la constitución liberal federal. Ahora, bajo la presidencia de Arce, lanzaron una revolución audaz que alarmó a los conservadores dirigidos por el guatemalteco Mariano Aycinena y el hondureño José Cecilio del Valle. Eliminaron muchas tributaciones impopulares impuestas en tiempo de los españoles, sin embargo dejaron de percibir pequeños ingresos para cubrir deudas acumuladas durante los gobiernos español y mexicano. Para financiar los nuevos proyectos expansivos de infraestructura, el gobierno de Arce se volteó hacia los extranjeros capitalistas y pidió prestada una gran

suma a la empresa londinense de Barclay, Herring & Richardson. Después que funcionarios se atribuyeron ventajosos intereses, y la corrupción, recaudó por efectivo en el tesoro federal. Estas deudas complicarían relaciones británicas con Centro América por los siguientes años.

Arce intentó dar orden y progreso al gobierno federal pero tenía poca autoridad real sobre los estados. De cara a esta situación, buscó una unión con la elite de conservadores guatemaltecos, quienes estaban volcándose sobre el control liberal del gobierno de Guatemala de Juan Barrundia, hermano de José Francisco. En colaboración con los conservadores, Arce destituyó a Barrundia como gobernador de Guatemala, remplazándolo por Mariano Aycinena. El resto del gobierno guatemalteco, dirigido por el lugarteniente gobernador Cirilo Flores, huyó primero a San Martín Jilotepeque y luego a Quetzaltenango, donde su legislatura promulgaba demarcadas leyes liberales, como declarar a los niños del clero como herederos legales de la propiedad de la Iglesia, aboliendo el Consulado (la fortaleza de los mercaderes conservadores), y reduciendo los diezmos a la mitad. La estadía liberal en Quetzaltenango fue corta; sin embargo, para octubre una muchedumbre atacó a Cirilo Flores, desgarrándolo literalmente de pies a cabeza y el gobierno liberal colapsó. Las tropas federales bajo las órdenes del general de Bri-

gada, Francisco Cásara, un veterano del ejército de Napoleón, derrotó lo que quedaba de la milicia del Estado, comandada por el teniente coronel José Pierson, y reincorporó las regiones occidentales del altiplano de nuevo a Guatemala. Pierson, un criollo de Santo Domingo, era otro de los muchos soldados mercenarios extranjeros que operó en Guatemala a principios de los mil ochocientos. Capturado por los conservadores, fue fusilado el 11 de mayo de 1827. Quezaltenango permanecería hostil a la capital y eventualmente se convertiría en el apoyo de un movimiento secesionista enfocado en establecer el Estado de Los Altos.

Los liberales, a través de las provincias, reaccionaron violentamente a las acciones de Arce. El Salvador estaba cerca de la rebelión a pesar de los esfuerzos de Ramón Casás y Torres, arzobispo de Guatemala, por parar el nombramiento del liberal José Matías Delgado como obispo de El Salvador. El Salvador finalmente se separó de la unión, detonando así una guerra civil de tres años en 1827. La violencia salió a relucir en Nicaragua entre los liberales y conservadores. Una lucha furiosa se daba alrededor de la frontera entre Guatemala y El Salvador, y en cualquier parte desde Los Altos hasta Costa Rica las escaramuzas y revueltas trajeron anarquía y caos al istmo. Luego de los retrocesos iniciales, los liberales encontraron a un líder en Francisco Morazán,

el hijo hondureño de un criollo del Caribe francés. Morazán venció a las fuerzas guatemaltecas bajo el mando de los generales Justo Milla y Francisco Cás-cara en Trinidad, Honduras, en noviembre de 1827 dejándolo así tomar el control del gobierno de Honduras, lo que comenzó a invertir la guerra. De cara a estos eventos Arce renunció el 14 de febrero de 1828, siendo sustituido por su vicepresidente, el conservador guatemalteco Mariano Beltranena.

Arce fue exiliado y el general Manuel Arzú y Delgado de Nájera, fundador de la primera academia militar guatemalteca, tomó el comando de la armada conservadora y lanzó éste una nueva invasión a El Salvador, pero en 1828 los liberales opusieron una dura resistencia a los guatemaltecos en San Salvador, dándole a Morazán la oportunidad de lanzar un contraataque hacia Guatemala. Morazán recuperó los gastos de la campaña, obligando a los dominados guatemaltecos a pagar impuestos, mientras continuaba avanzando hacia la capital. Pronto, en 1829, restauró el gobierno liberal en Antigua Guatemala y luego de una ofensiva contra la capital, la cual se rindió el 12 de abril de aquel año.

Seguido de la victoria en 1829, los liberales actuaron vengativamente contra la elite guatemalteca. Las indisciplinadas tropas de Morazán saquearon la Nueva Guatemala. Morazán encarceló a los pro-

minentes conservadores hasta julio, cuando ordenó que la mayor parte de ellos, incluyendo al arzobispo Casás, salieran al exilio. Así mismo, acabó con los sacerdotes que habían ayudado a “los enemigos del Estado”, remplazándolos por “aquellos que dieron prueba de fidelidad a nuestra causa”, de esta manera ambos gobiernos, el estatal y el federal, tuvieron una legislación fuertemente anti-clerical. Morazán cedió al Estado de Guatemala poderes extraordinarios para lidiar con todo cuanto se opusiera al régimen liberal.

José Francisco Barrundia fue presidente de la Federación hasta la elección de junio de 1830, la cual no dio la mayoría a Morazán o a su principal oponente, el moderado José Cecilio del Valle. Del Valle no estaba muy asociado con los Aycinena y los conservadores guatemaltecos sino hasta 1826. Al Congreso Federal le quedaba decidir la elección y en septiembre de 1830 escogieron a Morazán, reflejando la mayoría liberal en tal cuerpo. En los años siguientes, el presidente federal Morazán usó todo el poder de su cargo y más para lograr orden y estabilidad en la república, pero fracasó, debido a los disturbios que caracterizarían a la siguiente década. Incluso después que trasladó la capital federal de Guatemala para otra más amigable como San Salvador en 1834, fue incapaz de obtener un gran apoyo. Reflejando su molestia con Morazán y los liberales, la elección

presidencial de 1834 fue para el moderado Del Valle, pero murió tomando el cargo. Como quizás era el más respetado líder del istmo, de haber vivido podría haber traído la armonía a las fuerzas contrarias y de esta manera haber preservado la unión centroamericana. Por su parte, el Congreso reeligió a Morazán, quien estaría dispuesto a tomar el cargo que perteneció a Del Valle. Durante su segundo periodo, las revueltas se incrementaban en cada Estado y tendían a tomar su propio destino.

El Estado guatemalteco no fue la excepción. Su legislatura había nulificado todos los actos del gobierno de Mariano Aycinena en 1826-1829 y había declarado traidores a todos los funcionarios, fuesen del gobierno estatal o federal. El 30 de abril de 1829 Morazán había reincorporado a Juan Barrundia a su interrumpido puesto de jefe de Estado, pero Barrundia eligió no continuar en tal puesto, por lo tanto la legislatura eligió a Pedro Molina en su lugar. Molina irritaba a Morazán, al proponerle que la costosa maquinaria del gobierno federal debía ser reemplazada por un estilo de federación suiza en la cual los gobiernos de cada Estado o el Congreso Federal tendrían la mayor parte de autoridad. Morazán odiaba tal idea y estuvo detrás del derrocamiento de Molina por Antonio Rivera Cabezas, en marzo de 1830. Rivera había sido una pluma poderosa en contra de los conservadores y ridiculizó tradiciones e institu-

ciones hispánicas en las cuales los liberales estaban realizando una suerte de revolución cultural. Su corto gobierno, con la mayor parte de los conservadores en el exilio, propició un periodo de paz a Guatemala. Bajo su sucesor, el doctor Mariano Gálvez, la revolución liberal en Guatemala alcanzó nuevas alturas y desató una gran reacción contra éste en 1837.

Gálvez se convirtió en jefe de Estado de Guatemala en 1831. Él seguía firmemente las políticas liberales, pero también devolvió la armonía al pueblo con una política de conciliación con los conservadores, permitiendo el retorno de algunos exiliados. Su programa económico era justo para con los conservadores de clase media en la capital. Un ambicioso programa para incrementar la producción, expandir el transporte y colonizar la costa caribeña, por ejemplo, prometía beneficios reales a los intereses comerciales, mientras se promulgaba una tarifa protectora aplicada a los navegantes cuyas mercancías habían sido capturadas por importar textiles británicos. Si bien la pasión política seguía corriendo alto en el Estado, había murmuraciones de separación en Quetzaltenango donde los habitantes notaron que su voz era inaudible para el gobierno estatal y federal. Hacia 1834, Gálvez había logrado una paz relativa en el Estado. Una deuda seria, la escasez de dinero y las altas tasas de interés plagaban la economía, pero la exportación de cochinilla, que subió dramáticamente

te en 1830, dio a los agricultores y a los comerciantes de la ciudad un nuevo sentido de prosperidad. En retrospectiva, la primera administración de Gálvez fue tranquila antes de que llegase la tormenta que barrió con el Estado y la Federación.

Un grupo relativamente pequeño de residentes europeizados de la capital de Guatemala dominaban la política del joven período nacional. Aunque había un poco de movilidad de la clase, grandemente a lo largo de las líneas económicas y culturales, la mayoría de las poblaciones en el periodo de 1830 tenían una pequeña o ninguna voz. Los pequeños granjeros, comerciantes, y artesanos habían padecido la ruptura económica grandemente, y los ladinos rurales vinieron a culpar a los liberales de los fracasos económicos. La mayoría indígena estaba aislada y generalmente poco comprometida con la sociedad europea y con los ladinos. Muchos indígenas hablaban poco o nada español y continuaron su tradicional forma de vida, conscientes de no estar interesados en ninguna posibilidad de modernización económica o social.

En 1837 la mayor revuelta rompió la delicada atmósfera de conciliación y la prosperidad incipiente. A diferencia de las recientes guerras civiles, ésta no provenía de los criollos o sectores de clase media: estalló entre la población campesina, especialmente

en el altiplano oriental de Guatemala, el área conocida como *la montaña*, donde un héroe campesino, Rafael Carrera, surgió para comandar el movimiento. Líder natural, con intuitiva visión militar y política, Carrera alteró dramáticamente el curso de la historia de Guatemala y destruyó las aspiraciones liberales por más de un cuarto de siglo. La revuelta de Carrera no era otra batalla como las de liberales contra conservadores por el control del gobierno: era una rebelión popular alimentada por los crecientes agravios y en contra de los gobiernos de Morazán y Gálvez. Estas bases reaccionaron en contra de los liberales tratando de sacar con violencia a los elementos extranjeros para cambiar los patrones tradicionales de la vida rural.

A las reformas iniciadas por los ministros españoles borbones y aceleradas por los españoles liberales en tiempos napoleónicos, los criollos añadieron una nueva dimensión en su esfuerzo concienzudo de emular el mundo de habla inglesa que avanzaba rápidamente. El contacto directo con el comerciante y diplomático inglés y estadounidense en Centro América era responsable en parte de esto, pero probablemente más importante eran los lectores y viajeros centroamericanos. Morazán y Gálvez creían que la relación con los ingleses podría transformar a Centro América en una república moderna y progresista. Creyendo que su nación permanecía subdesarrolla-

da por el resultado del anticuado colonialismo español, reemplazaron instituciones y leyes hispánicas por otras moldeadas bajo la experiencia de Gran Bretaña y Estados Unidos. Si bien en la práctica ellos tuvieron un avance substancial al ganar la aceptación de la elite, estos cambios no eran bien recibidos en las clases bajas. Gálvez promovía un programa racional para mejorar la economía del Estado, el sistema judicial, la burocracia, las oportunidades de educación, las comunicaciones y el bienestar general. Pero los liberales guatemaltecos mostraron una excepcional ineptitud al convertir al pueblo, acostumbrado al paternalismo, a sus bien intencionadas reformas. Muchos permanecían escépticos en cuanto a que el programa de Gálvez pudiera promover la prosperidad. La dislocación ocasionada por el cambio de la producción de cochinilla no era aceptada fácilmente. Las políticas del arancel favorecían a los tejedores, pero las grandes importaciones de textiles británicos habían estropeado a muchos de éstos, y por ello muchos estaban temerosos de las políticas liberales sobre libertad económica. La producción del algodón había caído debido a la misma razón.

Una causa más inmediata del levantamiento popular fue la restauración del pago directo del impuesto por cabeza, remembranza del tributo español abolido poco después de la independencia. El gobierno tenía préstamos forzados de países ricos pero es-

tos proveían ingresos inadecuados para el ambicioso programa liberal. Gálvez estableció el impuesto por cabeza a dos pesos por persona, lo cual era una gran suma y carga para un campesino guatemalteco de 1830. En El Salvador, de un impuesto similar surgió un gran disturbio, forzando a la suspensión del impuesto, pero Gálvez lo mantuvo en Guatemala. Gálvez también requería el cumplimiento de la obligación de todos los residentes de trabajar tres días de cada mes para construir la gran red de carreteras con la que soñaba. Algo que podría sustituir un pago del sueldo, pero para las masas significó una labor forzada mal recibida.

Otro programa económico liberal que contribuyó al malestar rural, fue la política de tierra. Desde 1825 el gobierno había promovido la adquisición privada de tierra pública con la esperanza de acrecentar la producción. Gálvez había acelerado estos esfuerzos. Esta política permitía a aquellos con algún capital incrementar sus tenencias. La propiedad privada no era muy atractiva para los indígenas, pero Gálvez intentó fomentarla como una fuerza de civilización. Al final, las tierras que los indígenas habitaban antiguamente pasaron a las manos de grandes terratenientes, y los campesinos se volvieron aparceros o peones endeudados. Las concesiones de grandes tierras para los extranjeros causaron revuelo sobre todo en el oriente. Los programas de colonización

extranjera de Gálvez en las más despobladas áreas buscaban estimular el desarrollo y atraer una mayor ciudadanía trabajadora al Estado. Los planes de colonización datan del siglo XVIII, pero Gálvez hacía énfasis en que los colonos del norte de Europa eran nuevos. La actividad comercial británica fuera de Belice había intensificado los tradicionales recelos de los extranjeros. La administración colonial española había tratado duramente a los entrometidos extranjeros, pero desde la independencia los liberales les habían dado la bienvenida, y esto causó aprensión entre quienes creían ser ellos mismos víctimas de la competencia extranjera. Las concesiones hechas con los leñadores de caoba y los proyectos para colonizar las porciones del norte y este del país con ingleses, contrariaban a los habitantes de esos lugares. Ellos veían al gobierno más a favor de los intereses extranjeros que de los nacionales. Los esquemas colonizadores eran cruciales al girar grandes números de personas hacia líderes políticos más tradicionalistas y al alimentar la reacción conservadora que cubría el istmo. Estos citaron como evidencia de los daños de tales políticas de colonización la expansión de presencia británica en Belice, la Costa Miskito y las Islas de la Bahía, así como la secesión de Texas por México a los colonizadores anglo-americanos. Aún el gobierno de Gálvez ignoró y suprimió las peticiones en contra de los contratos de colonización de los residentes de la región. Una rebelión en Chiquimu-

la se produjo en 1835, probablemente vinculada con los levantamientos en contra del gobierno federal de Morazán en El Salvador, enfocada en los asuntos extranjeros, tales como una propaganda anti-británica despertada por los habitantes del occidente guatemalteco. Las tropas gubernamentales detuvieron tal rebelión e impusieron impuestos en los pueblos involucrados, los que debían pagar los gastos del ejército. Tales impuestos eran una práctica acostumbrada, pero el resentimiento ardió nuevamente cuando comenzaron a llegar colonos ingleses a mediados de 1836.

El remover al clero católico de su tradicional papel en la política, la economía y la educación era la mayor parte del programa liberal el cual se intensificó luego de que la Iglesia regresara al régimen guatemalteco conservador de 1826-1829. En 1829 los liberales ágilmente implementaron medidas anticlericales y establecieron un control cercano sobre la Iglesia. Seguido de la supresión de las órdenes monacales, exilio de los prominentes sacerdotes conservadores y la promulgación de libertad de religión de la república, el gobierno federal prevaleció sobre el gobierno del Estado de Guatemala para continuar el ataque sobre los privilegios del clero. Censuraron la correspondencia eclesiástica, incautaron los fondos y propiedades de la Iglesia, cesaron el impuesto del diezmo, abolieron muchos días religiosos, decre-

taron el derecho individual de escribir testamentos como se desease, legalizaron la herencia de la propiedad de los padres por los niños del clero, autorizaron el matrimonio civil y legalizaron el divorcio. Los sacerdotes no tomaron a la ligera estos cambios hacia la tradicional autoridad de la Iglesia, especialmente en el área rural, donde los parroquianos ya estaban descontentos con el gobierno de Gálvez en otros campos. En los pueblos indígenas y ladinos el clero era más que líderes espirituales. Eran los miembros más respetables de toda la comunidad y servían como el principal consejo de la autoridad local. Éstos eran usualmente los banqueros también. Dado este estatus, los sacerdotes de los pueblos podían poner a los parroquianos en contra del gobierno que atacaba a su sagrada institución, traía protestantes extranjeros al país, amenazando las mismas bases de la sociedad. Tales sacerdotes de los pueblos fueron la vanguardia del creciente descontento de Guatemala en 1837.

Gálvez también planeó separar la educación de la Iglesia y optar por la apertura de escuelas públicas en Guatemala. A través de una gran cantidad de planes culturales, Gálvez intentó europeizar a los indígenas guatemaltecos. Uno de estos programas permitía que niños sin educación fuesen tomados del lado de sus padres y que se les asignaron un “protector” quien velaría por proveerles educación. En

la práctica, sin embargo, esto brindaba un servicio barato para los ricos, pero las clases bajas lo veían como algo desfavorable. Sin razón aparente, los intentos por cambiar las viejas costumbres y prejuicios expusieron a la administración de Gálvez a las críticas de las masas analfabetas, así como también de miembros de la elite quienes se sentían tratados como parte de la educación del pueblo.

Esfuerzos por revisar el sistema judicial reflejaban bien la filosofía liberal, pero también los exponían a desprecios y ridículos. Directamente convencidos de que el sistema de corte español era injusto y fuera de paso ante la iluminada jurisprudencia del siglo XIX, los liberales —especialmente conducidos por José Francisco Barrundia— adoptaron códigos legales para Guatemala tardíamente en 1836 los cuales habían sido escritos por Edward Livingston para La Louisiana en 1826, pero fueron rechazados por estar fuera de paso con las tradiciones legales francesas de Louisiana. Los códigos de Livingston habían recibido alabanzas en el mundo de habla inglesa e impactaron a los liberales guatemaltecos como un reemplazo inmediato para el sistema que ellos habían estado aboliendo gradualmente. El juicio por jurado ya se había establecido en 1835. Sin embargo, casi inmediatamente surgieron los problemas en el área rural. En un Estado donde el analfabetismo era general y existía una bien arraigada clase dominan-

te, el juicio ante el jurado se demostró impracticable. Las anécdotas rápidamente circularon ridiculizando las decisiones de los jurados indígenas. Los requerimientos del código penal de Livingston probaron ser igual de impracticables, tal como no existían celdas para cada prisionero, y su construcción con trabajo forzado enojó a la gente, la cual identificó a los códigos más con leyes de la capital de Guatemala, influencia extranjera y anti-clericalismo, que con justicia social.

La entrada de las leyes a la fuerza contradujo las afirmaciones liberales sobre libertad. Las medidas de la política de Estado se habían intensificado en Guatemala desde que estaba la fuerte regla de Bustamante, y los liberales que obtuvieron el poder en 1829 eran vengativos en contra de los conservadores que los habían precedido. Gálvez dividió Guatemala en cuatro distritos militares en 1832, y después de esto fue característico el gobierno militar. Ambos, Morazán y Gálvez, recurrieron a las soluciones militares al regular la moralidad de los habitantes, suprimiendo críticas de sus propias políticas y persiguiendo a sus enemigos con exilio y confiscación de la propiedad. La conducta bárbara de las tropas de gobierno pronto irritó a la gente de pueblo.

Una terrible epidemia de cólera fue el catalizador de la rebelión de 1837, aún así la epidemia no

fue algo tan inesperado. Luego de que la epidemia entró a México en 1833, ese país advirtió al gobernador Gálvez del peligro que podría traer a su Estado. Gálvez abrió nuevas fuentes de agua e instalaciones de drenaje y prohibió los entierros dentro de las iglesias. A pesar de estas precauciones, el cólera entró en 1837, probablemente a través de Belice. El gobierno respondió poniendo en cuarentena las regiones afectadas, utilizando tropas para asegurarse que se cumplieran. Estas medidas eran escuchadas, pero poco entendidas, por lo que no tuvieron éxito. Los habitantes rurales, ya en contra del gobierno de Gálvez, temían a las vacunas, y creyeron en los sacerdotes cuando éstos les dijeron que los químicos que los funcionarios de salud echaban al agua eran una poción. El pánico surgió en *la montaña*. Ya hartos de las reformas liberales y creyendo además en las advertencias de que el cólera era un castigo divino, los campesinos se rebelaron en varios lugares comenzando desde marzo de 1837. La primera insurgencia ocurrió en San Juan Ostuncalco, en Los Altos, y más levantamientos precedieron a éste en el oriente de *la montaña*.

José Rafael Carrera era un ladino procedente de una familia de escasos recursos económicos que creció en un área pobre del barrio de La Candelaria de la Ciudad de Guatemala. Carente de educación formal, ingresó en el ejército federal de América Central a

los catorce años de edad, en calidad de tamborilero, donde fue obligado a luchar contra Morazán. Después de la guerra civil deambuló en el municipio de Asunción Mita del departamento de Jutiapa y hacia 1834 se convirtió en porquerizo en Mataquescuintla. Ahí fue donde una relación de amistad con el sacerdote del pueblo lo condujo a un favorable matrimonio con la hija de una familia de importancia local. Cuando el cólera estalló en 1837, Carrera comandaba una patrulla que velaba por el cumplimiento de la cuarentena. En junio del mismo año abandonó tal puesto ya que respondió a una llamada de auxilio por parte de los campesinos que eran agredidos por las tropas del gobierno cerca de Santa Rosa. Carrera convirtió a una muchedumbre de campesinos en una feroz guerrilla armada. Aunque era frecuentemente herido, siempre desplegaba un gran coraje y determinación en la batalla. Él inspiraba fanatismo a los campesinos, el cual les daba valor para combatir contra tropas enemigas que poseían mejores armas y entrenamiento.

Los levantamientos populares contra las reformas liberales se extendían desde Costa Rica hasta Los Altos en 1837, pero el núcleo de la guerra se desarrollaba en Asunción Mita alrededor de Rafael Carrera. Los insurgentes de Carrera se convirtieron en un fuerte batallón que forzó al gobierno a dedicar muchos recursos para liquidarlo. Las atrocida-

des y las venganzas ocurrieron con más frecuencia mientras la guerra iba creciendo. Durante los últimos días de junio Carrera demandó la revocación de los Códigos de Livingston, protección de la vida y de las propiedades, el regreso del arzobispo Casáus y la restauración de las órdenes religiosas, la abolición del impuesto por cabeza, amnistía para todos los desterrados desde 1829. Carrera mataba a todo aquel que desafiara sus órdenes. Las tropas del gobierno a menudo derrotaban a las guerrillas, pero Carrera siempre lograba escapar y encontrar refugio entre los campesinos del área rural montañosa donde se seguía forjando una imagen heroica de él.

Mientras la insurgencia se esparcía, los liberales comenzaban a tener riñas entre ellos mismos. Buscando la unidad, Gálvez se volvió más conciliador con los conservadores, sólo para desequilibrar a los extremistas liberales. José Francisco Barrundia atacó elocuentemente al gobierno en la prensa, acusando a Gálvez de reprimir la libertad para callar a la rebelión local. En diciembre Gálvez nombraría a los conservadores Juan José Aycinena y Marcial Zebadúa como sus mayores ministros, adicionalmente esto contradeciría a Barrundia. Los crecientes desacuerdos alrededor del gobierno del Estado guatemalteco sembró dudas de Gálvez sobre el presidente Morazán, lo cual hizo que éste no enviara la asisten-

cia militar que hubiese salvado al jefe de Estado de Guatemala.

La demanda militar que exigía la guerra provocó que Gálvez sacrificara muchas de sus reformas debido a la escasez de dinero. Ahora Gálvez pagaba el precio de haber optado por leyes avanzadas y haber menospreciado los sentimientos populares. Sin suficientes tropas para cubrir todo el país, Gálvez no pudo contener más las incursiones y redadas. El combate estaba convirtiéndose en una guerra entre razas, donde los indios, ladinos y zambos se unían en contra de los criollos blancos y extranjeros. La esparcida violencia hacía que el campo fuera un lugar inseguro. El comercio y las comunicaciones se paralizaron. Sin los refuerzos federales, los días de Gálvez estaban contados.

Ahora Barrundia buscaba derrocar a Gálvez. Barrundia formó una oposición contra el gobierno en Antigua Guatemala e hizo una alianza con Rafael Carrera, supuestamente confiado de que él podría dominar al analfabeta líder de la guerrilla, lo cual fue un gran error. Aycinena y Zebadúa renunciaron al gobierno de Gálvez. Aún estando solo, Gálvez se resistía a rendirse. Intentó construir un ejército y amenazó con atacar a los rebeldes, sin embargo en junio de 1838 hubo un descontento general a su go-

bierno, incluso en la capital, acontecimiento que lo llevaría más adelante a renunciar.

Como agradecimiento hacia la alianza militar con Carrera, Barrundia estuvo de acuerdo en nulificar los códigos de Livingston como también el anticlericalismo, además reconoció a Carrera como el comandante de todas las fuerzas insurgentes. Los campesinos de Carrera abarrotaron la capital de Guatemala el último día de junio de 1838. El vandalismo de las fuerzas rurales fue inevitable, pero el orden se restableció pronto. Por órdenes del nuevo gobierno, Carrera tomó el control de sus tropas y condujo a la evacuación de las mismas en pocos días. Barrundia aseguró a Carrera que el exceso de poder liberal terminaría. Carrera regresó victorioso a *la montaña*, animado, según algunas fuentes, por un soborno de \$11,000 pesos para acelerar su salida de la capital.

Aparentemente, Barrundia había triunfado. Los esfuerzos por reducir la brecha entre los liberales terminó con la renuncia de Gálvez en favor del vicejefe Pedro Valenzuela, más aceptable para Barrundia. Pedro Molina se convirtió en el presidente de la legislatura. Carrera encargó a un coronel sustituto comandar sus tropas en el distrito de Mita, mientras él salía de la capital junto con su ejército de campesinos. La coalición sostenida por el gobierno fue

muy frágil. Barrundia carecía de una mayoría en la legislatura, donde Gálvez aún tenía algo de apoyo, y los conservadores tuvieron un resurgimiento importante, habiendo ganado poder en primer lugar con la alianza de Gálvez y luego con la actitud positiva hacia el clero de Carrera. Así ellos vacilaron entre unirse a los liberales moderados y la formación de una nueva facción conservadora. Al mismo tiempo, el departamento de Los Altos, tomando ventaja de la situación, se separó de Guatemala y declaró su alianza con Morazán.

La fuerza de los conservadores se hizo notoria de inmediato. El 20 de febrero el gobierno nombra a Carrera como “General”. Molina renunció a la presidencia de la legislatura. La Iglesia ganó nuevamente su antigua posición. El gobierno produjo el regreso de la norma constitucional y terminó con los distritos militares. Tales decretos reflejaban el deseo popular expresado por la guerrilla. El preámbulo del decreto del 12 de marzo de 1838, por el cual se despedía a todos los funcionarios no electos, ilustró la importancia que la legislatura daba a dicha voluntad, al reconocer que “una gran mayoría de las poblaciones del Estado se ha armado para resistir a la administración que violaba sus garantías y el pacto fundamental”. Según afirmaba, la revuelta contra Gálvez iba “dirigida a restablecer las leyes y la libertad... y [era] demandada por la propia autoconserva-

ción contra la tiranía, no solo [como] legítima sino consagrada por la razón y la justicia”.

Barrundia fue lento al reconocer la fuerza conservadora y dudó de la habilidad de Carrera para brindar la suficiente fuerza contra un gobierno unido. Por otro lado, Carrera estaba insatisfecho con respecto al progreso del gobierno sobre sus demandas, empujado por los sentimientos antigubernamentales entre los terratenientes rurales y persuadido por los sacerdotes que comenzaban a tacharlo de estar siendo usado por los liberales, retomó nuevamente a la lucha guerrillera. Barrundia impulsó a Valenzuela a enfrentarse a tal ataque con fuerza militar, pero la elección de un nuevo consejo representativo les daba a los conservadores un dominio claro y puso a Barrundia en una situación insostenible. El conservador doctor Mariano Rivera Paz, cabeza del consejo, movió rápidamente al mismo para ponerse al lado de Carrera. Al final, Barrundia buscó apoyo en su aliado liberal Morazán, quien acudió en su ayuda a mediados de marzo, con 1,000 efectivos de tropa salvadoreña.

Valenzuela advirtió al presidente federal acerca de enviar más tropas a Guatemala, ya que esto podría estropear el reciente entendimiento con Carrera, quien había regresado pacíficamente a su hogar. Morazán buscaba ahora localizar y destruir las

fuerzas de Carrera y restaurar el poder liberal en el Estado. Carrera respondió con renovada ferocidad. A menudo perdía los combates, pero nunca era totalmente derrotado, su guerrilla proseguía la guerra en un área cada vez más grande, que finalmente se extendió desde el Caribe hasta el Pacífico y desde El Salvador hasta Verapaz y Sacatepéquez. Las atrocidades se multiplicaron en ambos bandos. De pronto Morazán tomó el control del gobierno guatemalteco, hizo a un lado a los conservadores y aumentó la represión militar. Esto permitió a Barrundia y a los liberales restaurar las reformas que habían sido eliminadas para apaciguar a Carrera.

Mientras tanto, las Provincias Unidas de Centro América habían casi dejado de existir. Nicaragua se separó el 30 de abril de 1838. Un mes después el congreso federal en San Salvador permitía formalmente a los estados ir por caminos separados y el 7 de julio declaró que eran “repúblicas libres e independientes”. Morazán decidió que era tiempo de regresar a San Salvador y restaurar algo parecido al control federal. Creyó, incorrectamente, que para entonces había debilitado en gran medida la rebelión de Carrera. Fue así mismo ineficaz su esfuerzo por restaurar la ya resquebrajada unión centroamericana. Honduras y Costa Rica siguieron el ejemplo de Nicaragua y abandonaron la Federación antes de finalizar el año.

Un mes antes de la salida de Morazán, los conservadores, apoyados por manifestaciones en la capital, pedían que se hiciera algo para prevenir la nueva invasión de Carrera, quien había ganado nuevamente control del gobierno. El 22 de julio de 1838 Valenzuela entregó el Poder Ejecutivo a Rivera Paz. Tres días después la legislatura emitió un perdón general por todos los actos políticos desde 1821, aceptó el regreso de los exiliados y declaró que todas las libertades civiles estaban restauradas. Seguido de esto se desmanteló el programa liberal y se restauraron instituciones del periodo colonial. La legislatura mantuvo el apoyo de la Iglesia, formalmente se declaró una nación soberana, redujo los impuestos a la mitad, revocó el matrimonio y divorcio civil, como también el sistema de organización municipal de Gálvez, y en esencia revirtió la dirección del gobierno de Guatemala.

A pesar del mando conservador del gobierno, aún había oficiales liberales con un alto rango en el ejército, quienes mantenían su campaña contra la guerrilla de Carrera. Carrera tomó Antigua Guatemala a comienzos de septiembre de 1838, pero sufrió una gran derrota en Villa Nueva por el general liberal Carlos Salazar. Carrera huyó hacia las montañas donde pronto reanudó la resistencia, sin embargo la victoria obtenida animó a los liberales a seguir combatiendo. Cuando Morazán regresó a Guatemala

en enero de 1839, destituyó del puesto a Rivera Paz y lo reemplazó con el general Salazar.

Carrera se alió con los conservadores de Honduras y Nicaragua y éstos a su vez unieron sus fuerzas contra los liberales en El Salvador, forzando a Morazán a regresar al frente. Morazán dejó de ser presidente de la Federación el 1º de febrero de 1839, y sus oponentes lo tacharon como el verdadero rebelde, porque él estaba ilegalmente en el puesto después de esa fecha. La renuncia técnica de Morazán a favor del vicepresidente, Diego Vijil, no impresionó a nadie. Ninguna elección había sido sostenida, y la Federación dejó totalmente de existir.

El 13 de abril de 1839 Carrera entró a la Ciudad de Guatemala al frente de un gran ejército, restituyendo rápidamente a Rivera Paz como jefe de Estado. Invirtió lo que quedaba del año atacando a la resistencia liberal en Guatemala y apoyando a las fuerzas conservadoras en El Salvador y Honduras. En enero de 1840 se desplazó rápidamente hacia Los Altos y acabó con la fortaleza en Quetzaltenango. Carrera aseguró a sus habitantes que esta protección continuaría ahora que él había puesto a Los Altos nuevamente en “vías de progreso”. Prometió impuestos menores e inmediatamente eliminó el impuesto por cabeza. El Estado de Los Altos aprendería que bajo Carrera el país correría mucho más para el beneficio

de los intereses económicos de la capital y la región central del Estado. La elite de la capital cuidaría sus propios intereses, así como lo hacía en el periodo colonial. Por su lado, Quetzaltenango permanecería desconfiando de Carrera y sería el corazón de una revuelta en contra de los conservadores.

Una confrontación entre Morazán y Carrera era inevitable. Morazán se negaba a abandonar la idea de la Federación, aún con la caída de Los Altos se ocupaba únicamente de El Salvador. En marzo de 1840 invadió Guatemala, superando en estrategia a las fuerzas de Carrera en el campo de batalla y entrando a la ciudad capital el 18 de marzo. Al día siguiente las tropas de Carrera atacaron la ciudad derrotando totalmente al ejército liberal. Morazán y unos cuantos de sus oficiales escaparon por mar hacia Panamá. Dos años más tarde Morazán regresó, reorganizó su ejército en El Salvador con menos apoyo de lo que esperaba e invadió Costa Rica, donde derribó a Braulio Carrillo. El sueño de Morazán de rehacer la Federación se desvaneció casi de inmediato, después de que se produjera una insurgencia popular contra él. Luego de un juicio sumario, Morazán fue fusilado en Costa Rica el 15 de septiembre de 1842.

5



Rafael Carrera
1814-1865

LA REPÚBLICA
DE GUATEMALA

CAPÍTULO V

La República de Guatemala

Rafael Carrera derrotó definitivamente a Francisco Morazán en 1840, lo que cambió el balance de poder en el istmo. Carrera había ya formado una alianza con Francisco Ferrara, el líder conservador hondureño. Dictó las condiciones a los derrotados salvadoreños e impuso a uno de sus propios delegados, Francisco Malespín, como gobernante de El Salvador hasta 1846. En Guatemala, de 1840 a 1844, Carrera sostuvo el poder militar pero no la presidencia. Carrera, hábilmente, jugaba con los liberales y conservadores para que compitieran por el poder del gobierno. Algunas veces los estados centroamericanos declaraban su deseo de reunificación, pero el hecho era que su soberanía individual se incrementaba.

Con los conservadores ganando poder en los cinco estados quizá hubiese sido posible que Carrera continuase su victoria sobre Morazán uniendo el istmo bajo su mandato. Pero para los conservadores la idea de la Federación estaba muy asociada a Morazán y los liberales, por lo que era difícil para ellos apegarse a esta. Se habían desarrollado fuertes lealtades provincianas en cada Estado, cada uno con

su respectivo caudillo, con miedo y sospechas hacia Guatemala. Es más, Carrera no tenía intención de reunificar América Central. Satisfecho de dominar los estados vecinos, permitió a Costa Rica, y Nicaragua seguir su propio camino. Ciertamente, aún con un liderazgo conservador era dudoso que esos dos estados aceptaran nuevamente la hegemonía guatemalteca sin molestias. En 1842 todos los estados, excepto Costa Rica se aliaron con el fin de mantener la soberanía y prevenir la restauración de la Constitución Federal de 1824. Aunque Costa Rica permanecía distante de la alianza, su gobierno denunció formalmente a Morazán y al programa liberal en el mismo año.

En Guatemala los conservadores encontraron rápidamente que sería difícil controlar a Carrera. La década de 1840 fueron años de ajustes políticos al caudillismo. El enorme ego de Carrera creció con su edad, demandando la obediencia y adulación de todos. Incluso se refería hacia el retrato de Napoleón Bonaparte como “El otro Yo”. La voluntad de Carrera era la ley, y su insistencia de tiempo en tiempo de darle prioridad a los intereses de los campesinos molestaba a la elite con quienes compartía el poder. Carrera era un político sobresaliente, astuto, con mucha capacidad para la manipulación. Mantenía bajo control los esfuerzos de los conservadores por obtener el poder brindándoles en ocasiones su

apoyo a los liberales. Sus intereses cambiaban eventualmente a ser más conservadores y tradicionales que los de la oligarquía. El crecimiento de su fortuna personal quizá haya contribuido a esto. Al principio, poseía únicamente la propiedad que le había sido heredada a su esposa, pero sus propiedades se multiplicaron con sus victorias militares. Cuando obtuvo el cargo de presidente en 1844, Carrera y su familia acumularon una gran riqueza. Los criollos de la élite pagaron el precio por su apoyo a los conservadores; sin embargo, bajo el mando de Carrera los ladinos comenzaron a jugar un papel importante en la política guatemalteca. El dominio de la elite europea sobre el gobierno estaba claramente roto, aún si su dominio social fuese restaurado en Guatemala.

La legislatura instalada en mayo de 1839 removió lo que quedaba del programa liberal. Fue bajo la dirección de Rivera Paz; —pero en realidad bajo la fuerza de las armas de Carrera— emergió un Estado disciplinado con las instituciones hispánicas restauradas. La asamblea empezó por retornar a las órdenes religiosas e invitó al exiliado arzobispo a regresar. Rivera Paz confirmó un nombramiento de puestos que fue aceptable para los conservadores (que incluía a Carrera como Comandante General del ejército), inició el servicio de aduanas y puso la tesorería en orden. Las elecciones municipales, en julio, dieron a los conservadores el control de la

capital de Guatemala. En agosto la legislatura restableció la moneda nacional y el gremio de comerciantes, dándose a este último la supervisión de los caminos y puertos. Luego restauraron el puesto de Corregidor (centralizando el control sobre el pueblo), restablecieron la educación bajo el auspicio de la Iglesia, alquilaron un banco nacional y revivieron la *residencia*, un juicio a través del cual se investigaba a todos los funcionarios públicos luego de dejar los altos puestos en el gobierno. Los legisladores redujeron los impuestos sobre los alimentos como forma de respuesta a la población, pero restituyeron los antiguos controles en bebidas alcohólicas. Eliminaron el impuesto por cabeza; sin embargo, restauraron el diezmo como apoyo a la Iglesia. Emitieron una Declaración de los Derechos del Estado y sus Habitantes, la cual mantenía muchas libertades civiles, claramente cambiaron la dirección del Estado hacia el autoritarismo. El catolicismo romano una vez más volvió a ser la religión oficial, y la Iglesia recobró sus privilegios especiales y su posición como socio del Estado.

En 1840 la reacción conservadora continuó. El gobierno de Guatemala, en un esfuerzo por balancear el presupuesto, recortó los salarios de los funcionarios públicos y militares. La restauración del monopolio del tabaco incrementó los ingresos. Con la colaboración de Carrera, el gobierno buscaba de-

tener los abusos del ejército en contra de la población civil. El gobierno trató de desarrollar la economía a través de promover nuevas cosechas y subsidios y restablecer la Sociedad Económica, otra institución colonial, para apoyar dichas promociones. Carrera, por su parte, propuso tarifas que protegieran a la industria local y también inició una división de tierras por parte de las municipalidades con el fin de promover la producción de cochinilla y seda. Entre tanto la Iglesia católica recuperó algunas de sus propiedades confiscadas. Al restaurar las instituciones coloniales que los liberales habían eliminado, los conservadores ataron a la economía guatemalteca a un grupo relativamente pequeño de ricos terratenientes y comerciantes, estableciendo así un gran obstáculo para obtener una creciente y dinámica economía nacional. La restauración de la Universidad de San Carlos, teniendo como rector a Juan José Aycinena, representó bien la filosofía aristocrática pro-clerical de aquellos tiempos.

La continuación de las disputas entre liberales y conservadores en los estados vecinos mantuvieron a Carrera ocupado durante el inicio de la década de 1840. Rivera Paz presidía el gobierno, pero quien realmente tenía el poder era Carrera ya que este gobernada sobre el Consejo de Estado. Los conservadores eran quienes ocupaban los puestos más importantes. Había un cierto progreso y construcción

especialmente en la capital, sin embargo la pobreza y el vandalismo continuaban esparciéndose en el área rural, a pesar de los frecuentes intentos de Carrera por eliminar tales problemas. Aún existía la desconfianza entre Carrera y la elite conservadora que estaba en el gobierno. A tales personas les mortificaba el hecho de tener que tratar de una forma amable y respetuosa a una persona corriente e ineducada como Carrera. A Carrera, por su parte, no se le olvidaba que los conservadores, así como los liberales, también habían buscado derrotarlo antes de 1839. Se desarrolló una tensión en 1844 cuando Carrera pidió más fuerzas militares y también la reorganización del ejército. El gobierno otorgó molesto tal petición, pero en el proceso dejó de dar tanto apoyo a los conservadores y dio más a los liberales. Carrera ofendió al nuevo arzobispo, Francisco de Paula García Peláez, al no asistir a la ceremonia que le daba la bienvenida a la ciudad y a su consagración el 6 de marzo. Cuando 2,000 campesinos se concentraron cerca de la ciudad declarando su oposición hacia el gobierno, Carrera corrió desde la costa del Pacífico a tomar el control de tal rebelión. Rápidamente llegó a un acuerdo pacífico el 11 de marzo, el cual ocasionaría grandes cambios en el gobierno, incluyendo entre ellos una considerable influencia liberal por algún tiempo. El Convenio de Guadalupe prohibía a los clérigos sostener el gobierno y castigo a la Asamblea Constitucional, que luego de cinco años había

fallado al producir una nueva constitución, la cual se le había encargado escribir desde 1839. Se decía que ni la Asamblea, la Corte Suprema, ni el gobierno habían sido capaces de satisfacer las necesidades del pueblo. Los insurgentes declararon que la paz y seguridad del Estado correspondían únicamente a “El general a cargo”, dejando claro que no estaban desafiando a Carrera, quien probablemente estaba detrás de todo el incidente. Al disolverse la Asamblea Constitucional, le transfirió su poder al Consejo de Estado en el cual sería elegido por voto popular un individuo de cada departamento para que entre todos se hicieran responsables de escribir una nueva constitución. El dinero que dejó libre la disuelta asamblea, hacía posible al Estado pagar al ejército sin necesidad de utilizar la fuerza o crear nuevos impuestos. Lo cual permitió restaurar los tradicionales privilegios del ejército (*fuero*). Con fuertes declaraciones y actitudes en contra del gobierno, el Convenio de Guadalupe reflejaba que la realidad era que ni los conservadores, ni liberales representaban a las masas rurales. En tal caso, los comandantes militares reunieron a los campesinos para desafiar la facción conservadora con quien ellos se habían aliado antes, pero la naturaleza elitista de liberales y conservadores los alejaría una y otra vez de las masas campesinas. Aparentemente la rebelión fue ideada por Carrera, con el fin de crear un acercamiento ideológico entre los bandos conservador y liberal. Lo

que dio una mezcla entre principios conservadores y liberales originando un nuevo balance en el gobierno. El Convenio de Guadalupe finalmente estableció una superioridad militar sobre la legislatura, lo cual estaría preparando el terreno para el ascenso de Carrera hacia la presidencia.

Los continuos disturbios en que se mantenían El Salvador y Honduras afectaban al país. El gobierno primeramente pospuso y luego abandonó la idea de elecciones para el Consejo de Estado. Rivera Paz, en acuerdo con Carrera, simplemente nombró un nuevo consejo, el cual tenía algunos conservadores sobresalientes, pero en su mayoría era constituido por liberales. Cuando los hombres más conservadores notaron que no formaban parte del nuevo consejo, intentaron retomar el control, sin embargo no fue posible ya que Carrera tenía el mando absoluto. El gabinete se disolvió el 2 de diciembre de 1844 y Rivera Paz declaró su renuncia seis días después, desconsolado por no haber podido formar un nuevo gabinete expresó que el país debía hacer un cambio en la administración. Un nuevo congreso constituyente se nombró el mismo día y eligió al liberal José Venancio López, un distinguido abogado, como su nuevo presidente. Bajo su dirección el congreso eligió a Carrera como sucesor de Rivera Paz en la presidencia. Carrera tomó posesión tres días más tarde, prometiendo cumplir con la ley y velar por el bienes-

tar general de la nación. En la toma de posesión José Venancio López comparó a Carrera con Bartolomé de las Casas, por su devoción hacia el bienestar de las maltratadas masas indígenas.

Ya a cargo, Carrera enmendó rápidamente sus relaciones con el cléro, sin embargo estuvo a favor de los liberales en cuanto a no permitir el regreso de los jesuitas a Guatemala en el año 1845. Carrera trató con dureza otro intento de golpe de Estado lanzado por los conservadores en 1845. Cuando el Congreso Constituyente se acercaba a completar la constitución a mediados de 1846, Carrera se alejó de los liberales incluyendo a José Francisco Barrundia, quien influyó en la escritura del documento. Dejó temporalmente la presidencia a cargo del Vicepresidente al general Vicente Cruz, muy cercano a Carrera, pero por alguna razón fue persuadido por los liberales. Cuando el congreso liberal parecía estar cerca de legalizar la constitución en noviembre, Carrera regresó a la presidencia, disolvió el Congreso e impuso uno nuevo que rápidamente rechazó la Constitución.

A pesar de la ausencia de ley, Guatemala comenzó a ganar estabilidad bajo el firme gobierno de Carrera. La injerencia continua de Carrera en los asuntos internos de El Salvador, tendió a favorecer los intereses del comercio británico. Frederick Chatfield, representante británico en América Cen-

tral, influyó para que Carrera tomase la decisión de declarar la independencia absoluta en 1847. El 9 de marzo de ese año el gobierno de Guatemala declaró formalmente a los otros estados de Centro América su decisión. Todos los intentos por hacer una unión centroamericana fallaron. Se formó una comisión con miembros de ambos partidos para escribir la nueva constitución, tal comisión incluía al liberal radical Pedro Molina y al liberal moderado Alejandro Marure, quien había trabajado ya en el gobierno liberal y conservador, así como también al gran conservador Gregorio Urruela. Aunque los liberales aún creían en la unión centroamericana, la entusiasta aceptación de Molina a este cargo demostró que también los liberales aceptaban la colaboración con los conservadores y su decisión de separar a Guatemala, en una extraña exhibición de unidad política en el Estado. Carrera proclamó la declaración formal de independencia el 21 marzo de 1847. Este largo documento fue escrito por Alejandro Marure con algunas sugerencias de otros, era más que todo un resumen histórico del fracaso de la Federación, expresaba la constante voluntad de Guatemala a favor de los esfuerzos de reunificación y las dificultades prácticas que habían surgido en el camino. Justificó el establecimiento de la nueva república, sin embargo dejaba aún posibilidades de reunificación, ya que en el Artículo 5 declaraba lo siguiente: “La independencia absoluta en la cual esta república está

constituida no será obstáculo para una reunificación centroamericana”.

En realidad, el decreto de independencia no cambiaba en nada, salvo el nombre del país. La unión que producía el acto de independencia entre liberales y conservadores, venía de que los liberales poseían el control del país, y los conservadores tenían la esperanza de que la independencia ofreciera un nuevo énfasis que invirtiera los papeles con una reconstrucción constitucional. La Comisión Constitucional escribió rápidamente una Constitución que presentó en julio de 1847. Era un documento conservador, pero Molina lo aceptó, al creer que cualquier constitución era mejor que ninguna. La unión entre conservadores y liberales se concentraba ahora en formar una coalición que pusiera fin al caudillo, para ello la constitución esperaba únicamente el acuerdo de una nueva Asamblea.

Incómodo con la elite patriota y el clero de la capital, Carrera los desbalanceaba con frecuentes cambios de ministros e intrigas y con colaboración de sus enemigos políticos. La participación de liberales durante su gobierno, no cambió mucho el tono conservador en el régimen. Poder a los liberales en contra de los conservadores era una forma eficiente del caudillo para mantener su control, pero los continuos disturbios y bandidaje en el área rural

evolucionaron en una nueva rebelión en el oriente guatemalteco en 1847 y crearon dudas acerca de su habilidad de continuar comandando las masas rurales. Dirigida por uno de los propios seguidores de Carrera, el general Serapio Cruz, hermano de Vicente, esta rebelión comenzaba a parecerse a la que el mismo Carrera había dirigido en 1837. El fallo de Carrera de satisfacer todas las demandas de los montañeses y la molestia de algunos de los liberales permitieron que este movimiento floreciera. Con Carrera en el campo, los liberales de la capital se volvieron osados y comenzaron a ejercer presión. Carrera decidió posponer las elecciones de la Asamblea Constituyente por motivo de la aprobación de la nueva constitución, pero finalmente cedió al preocuparse por la rebelión que se avecinaba, dando lugar a las elecciones en junio de 1848. La victoria liberal en estas elecciones creó una nueva crisis. El gobierno trató de desacreditar a la nueva Asamblea formada en agosto, pero Carrera dejó claro que él respetaría los resultados y cedería su autoridad a la nueva Asamblea. Esta decisión pudo haber afectado a la desfavorable situación militar que se estaba desarrollando, a pesar de las victorias de Carrera en varias batallas clave los rebeldes continuaban extendiendo su territorio.

Cuando la nueva Asamblea se reunió el 15 de agosto de 1848, precidida por el envejecido Pedro

Molina, quien recientemente había salido de prisión, Carrera renunció y voluntariamente salió al exilio en Chiapas. La asamblea rápidamente eligió al Lic. Juan Antonio Martínez, un comerciante liberal, como su presidente provisional. Lo cual significó una gran ofensa para el vicepresidente Vicente Cruz, quien tras este hecho se unió a la rebelión de su hermano Serapio. Martínez manejó hábilmente la moneda extranjera como un experto banquero, pero la guerra y sucias pasiones de los políticos lo obligaron a presentar su renuncia irrevocable al cargo el 27 de noviembre de 1848, la cual fue aceptada. Su sucesor, José Bernardo Escobar, trató de formar un gobierno unido que incluyera a liberales y conservadores, pero no hubo forma de llegar a un arreglo con los hermanos Cruz. Renunciando así al cargo el 30 de diciembre de 1848.

Bajo la gran presión que ejercía la élite en la Ciudad de Guatemala, y de cara a una posible invasión a la ciudad por parte de las guerrillas de las montañas, dados los hechos la Asamblea ahora tenía intención de nombrar a un hombre que fuese militar, fijándose en el coronel Mariano Paredes quien había tenido éxito en las campañas contra los rebeldes, además era un hombre con experiencia ya que había trabajado para Mariano Gálvez y también para Rafael Carrera. Paredes fue electo por la Asamblea y asumió la presidencia el 1 de enero de 1849 con

un gran vigor, el cual no se había visto en sus dos antecesores. Aunque tuvo que nombrar a algunos liberales en su gobierno para mantener una relación satisfactoria con la Asamblea, Paredes reconoció de forma astuta que los liberales habían perdido cualquier ventaja que hubiesen tenido con anterioridad y por ello organizó su gobierno mayoritariamente a lo largo de líneas conservadoras. De manera privada fue demasiado influenciado por Luis Batres, el Primer Ministro conservador de Carrera antes de su derrocamiento en 1848. Paredes asumió el control completo del ejército el 18 de enero de 1849 del Mariscal de Campo liberal, Francisco Cáscara, quien había renunciado cuando Paredes se convirtió en presidente. Paredes impuso un préstamo forzado a los hombres con bienes para financiar su ejército y así consiguió rápidamente un acuerdo preliminar con Serapio Cruz para terminar con la guerra civil.

Paredes siempre temió el regreso de Carrera. Carrera permaneció peligrosamente cerca en Comitán, Chiapas, y sostuvo comunicación con sus aliados conservadores en Guatemala. Carrera vendió muchos de los bienes que poseía en Guatemala antes de que el gobierno los pudiese confiscar, para luego utilizar las ganancias obtenidas en tales ventas para construir una gran fuerza militar. El 24 de junio Carrera le escribió una carta a Paredes donde le anunciaba su regreso a Guatemala para restaurar la paz

y el orden. Carrera exigía una disculpa del gobierno por las ofensas que había sufrido.

En respuesta, Paredes convocó de nuevo a la Asamblea, la cual rápidamente aceptó el acuerdo de paz con Cruz. Esto provocó que el general Vicente Cerna se convirtiera en el comandante a cargo de las fuerzas armadas. Con este hecho se le regresaba el control del país al ejército. El 9 de febrero de 1849 la rebelión armada del pueblo, con los hermanos Cruz a la cabeza, marcharon hacia Guatemala y se juntaron con el ejército bajo el control del comandante Cerna. Paredes perseguía políticas que minimizaran las diferencias entre liberales y conservadores y unieran al país bajo un fuerte régimen militar.

Aunque los hermanos Cruz y sus fuerzas eran ahora leales al gobierno, otras guerrillas continuaron la insurgencia en oriente. Vicente Cruz murió en una escaramuza peleando contra las guerrillas en Jalapa. Mientras tanto había rumores sobre una nueva separación de Los Altos y de una invasión inminente por tierras altas occidentales del general Carrera. Su ejército restaurado comenzó su entrada por el oeste de Huehuetenango, donde ganó el soporte de varios pueblos. Aunque Paredes originalmente respondió a la invasión con represión militar, también nombró una comisión para negociar con Carrera. Sus instrucciones eran “llegar a un acuerdo con el líder

de la rebelión para restablecer la paz y tranquilidad en los pueblos que sus fuerzas habían ocupado”. La influencia de Luis Batres fue, sin duda alguna importante, así como lo fueron las terribles noticias de la Guerra de Castas en Yucatán (1847-1855), lo cual encendía el miedo de un levantamiento general indígena en Guatemala. Una noticia importante era que el conocido Corregidor de Suchitepéquez, el general José Víctor Zavala, había abandonado las filas de gobierno pasándose al bando de Carrera, permitiendo a este tomar el control de Quetzaltenango.

Sobre la amarga oposición de Molina y Barrundia, quienes argumentaban a favor de una pena de muerte en contra de Carrera, Paredes actuó fuertemente sobre la prensa y procedió a negociar un acuerdo que rescindió la anterior prohibición de regreso Carrera a Guatemala, reinstalando a este como teniente general en el ejército; además, estaba de acuerdo en pagar todos los gastos de sus fuerzas. Carrera a su vez acordó respetar las órdenes del gobierno de Paredes. Este acuerdo rápidamente le devolvió la paz a Los Altos, pero el conflicto continuó. Luego de consolidar su posición en Quetzaltenango, Carrera se dirigió hacia la Ciudad de Guatemala el 7 de agosto de 1849. Los conservadores poseían un dominio claro y la revolución de 1848 había terminado. Carrera asumió el cargo de Comandante del Ejército de Guatemala al día siguiente y lanzó una

campaña para terminar con los levantamientos en el oriente. Atribuyó la rebelión a los liberales por las mismas razones que en 1837. Carrera pidió la ayuda de todos, pero en especial del clero, para apoyarlo en esta lucha y trabajó en este sentido el resto de 1849 y parte de 1850. Finalmente consolidó su control sobre el país al forzar el desalojo de los liberales de puestos políticos y solidificando su alianza con los conservadores. Gradualmente, Carrera redujo la amenaza del oriente, pero los levantamientos continuaron aún por un largo periodo, ya que los rebeldes frecuentemente escapaban a través de las fronteras hacia Honduras y El Salvador.

La revolución de 1848 reflejó dos grandes movimientos sociales en la historia de Guatemala. Por un lado, fue el esfuerzo final de los liberales quienes habían llevado adelante la independencia nacional para controlar el gobierno y dirigirlo bajo las políticas impuestas con anterioridad por Morazán y Gálvez. Los liberales lograron derrocar temporalmente la dictadura de Rafael Carrera, pero para lograrlo debieron aliarse con el otro movimiento social dirigido por el campesinado de *la Montaña* y otras regiones del país, el cual se mantenía latente desde 1837. Estos dos movimientos tenían enemigos en común, no obstante fueron incompatibles, pues los campesinos permanecieron tenazmente conservadores y desconfiados de las políticas liberales sobre la tie-

rra. Los liberales eran dirigidos por las destacadas familias de la Ciudad de Guatemala, que menospreciaron completamente la importancia de los líderes del campo para su causa. Mientras que en 1848 la revolución reflejaba la importante fuerza liberal que salía de Los Altos, los liberales en el poder no podían consolidar su victoria o incorporar las fuerzas militares de la rebelión que operaban en el país para llegar a la justa medida para establecer un gobierno que pudiese gobernar en contra de las fuerzas combinadas conservadoras de la Ciudad de Guatemala y el caudillo Carrera. No fue una sorpresa que Carrera pudiese reorganizar sus fuerzas y regresar a Guatemala, esta vez para establecer una fuerte dictadura conservadora que habría de durar dos décadas más.

La consolidación de Carrera con las fuerzas conservadoras en Guatemala, amenazaba no solo a los liberales en Guatemala, sino que también en El Salvador, Honduras y Nicaragua. El establecimiento en 1849 del moderado conservador Juan Rafael Mora en Costa Rica, de cualquier modo, colocó un eje entre Costa Rica y Guatemala, con el apoyo británico, eventualmente ayudó a brindar una unión que ponía a toda la región bajo liderazgo conservador. Carrera y los conservadores se opusieron a los esfuerzos liberales por reunir las tres repúblicas intermedias. Los encuentros militares entre ambos bandos culminaron en 1851 cuando un nuevo gobierno unionis-

ta se formó en Chinandega, Nicaragua, y lanzó una invasión a Guatemala. Carrera detuvo esta maniobra en San José la Arada, al sur de Chiquimula, el 2 de febrero de 1851, la cual fue considerada la más grande victoria militar de su carrera; prosiguió con un ataque en El Salvador el cual derrocó al gobierno salvadoreño y lo reemplazó por uno más aceptable según él. Carrera y su victorioso ejército regresaron a la ciudad de Guatemala el 3 de marzo para celebrar ahí su triunfo, promoviendo a Carrera al rango de capitán general junto con un salario anual de 4,000 pesos. La Arada le trajo a Carrera enorme prestigio y poder asegurando su retorno a la presidencia. Así fue como la Arada se convirtió en el verdugo de los esfuerzos de Barrundia y demás liberales de los estados centroamericanos, por reorganizar la Federación. La rivalidad liberal y conservadora continuaba asediando tales estados, un preludio para la toma de Nicaragua por el filibustero estadounidense William Walker a mediados de los 1850.

A finales de 1851 la posesión de Carrera sobre la estructura política de Guatemala estaba totalmente terminada. Fue premiado y elogiado por el presidente Paredes por haber defendido Guatemala. Carrera hábilmente organizó un “nuevo” partido conservador, que reunió a Carrera y sus seguidores militares, principalmente los generales Paredes, Cerna, Zavala, Bolaños y Solares, con los dirigentes de la

Iglesia católica guatemalteca, los representantes del Consulado de Comercio de Guatemala y las familias distinguidas, encabezadas por los Aycinena, los Piñol y los Pavón. Se trató de una poderosa alianza del poder económico y social del país, contra la cual los “advenedizos” liberales poco pudieron hacer, sobre todo porque los conservadores contaban con un amplio apoyo popular.

Una rígida dictadura cayó sobre el país. Carrera era uno de los clásicos caudillos conservadores de mediados del siglo XIX en América Latina y gobernó con mano dura. El régimen provocaba la misma desconfianza que poseían los extranjeros no españoles que caracterizaron los tiempos de la colonia. El regreso de la herencia hispánica poco tuvo que ver con el regreso al dominio español, como había sucedido hacía poco tiempo en República Dominicana, pero en 1851 Carrera restauró el rojo y oro español en la bandera nacional, donde tales colores perduraron simbólicamente por veinte años.

Carrera amenazaba de muerte a los liberales en sus discursos políticos, dejándoles claro que su estadía en Guatemala dependía de su cooperación con él. Durante este periodo no existieron más alianzas ocasionales con los liberales como las de la primera década de su dominio. Carrera fue inclemente mientras procedió a establecer su control absoluto. En

1851 la Asamblea Conservadora decretó una Constitución que daba lugar a un gobierno autoritario, con Carrera a la cabeza. El 22 de octubre de 1851 renunció el presidente Paredes; la Asamblea Nacional nombró a Carrera para que lo sustituyera, quien tomó posesión el 6 de noviembre de 1851. Su gobierno fue un régimen totalitario, nefasto, donde nadie podía oponerse a sus mandatos ya que se callaba la voz del pueblo con balas y se usaba la pena de muerte. Falleció finalmente el viernes 14 de abril de 1865. Tras su muerte, fue nombrado el Mariscal de Campo Vicente Cerna como su sucesor. Bajo Cerna el régimen conservador perduró seis años más.

La actitud conservadora hacia la población indígena reflejaba la filosofía de la época española. Un código indígena de 1839 reconocía la importancia de proteger a esta “clase numerosa” y mejorar sus “costumbres y civilización”. Los conservadores reemplazaron el programa liberal ya que según ellos este maltrataba y explotaba a los indígenas bajo el pretexto de una igualdad unánime, el nuevo código restauraba el sistema colonial que “los obligaba a trabajar, para proveer servicio público en algunos proyectos y también a pagar impuestos”. El nuevo código invirtió la idea de Gálvez de incorporar a los indígenas a las civilizaciones occidentales. En vez de eso se restableció la oficina de protección al indígena y se ordenó traducir los decretos a lenguas mayas. Los

conservadores entonces remplazaron la política de explotación de Gálvez, con un acercamiento paternalista que garantizaría el alejamiento de una gran parte de la población indígena y la segregaría del pensamiento prevaleciente en la vida nacional, una situación que aún continúa en regiones de Guatemala en el presente.

Los liberales descartaron el idealismo por un romanticismo que glorificaba un brillante pasado y enfatizaba su común herencia católica española. En defensa del régimen, José Milla, uno de los más destacados escritores de la *Gaceta de Guatemala*, el 9 de diciembre 1849, editorializó que Guatemala debía desarrollar instituciones conforme a sus propias costumbres. Lo que era bueno para Estados Unidos y Gran Bretaña, sugería él, que probablemente no fuese bueno para Rusia, y la adopción de las instituciones liberales en Centro América trajeron consecuencias desastrosas que además retardaron el desarrollo. Él reprochaba que los liberales podían hablar de un sistema glorioso, el orden, la libertad y pintar todo color de rosa, pero al final todo era un engaño. También criticaba a los liberales de irrealistas.

El clero católico recobró su vieja posición y privilegios. El gobierno revivió algunos de los antiguos impuestos, pero mantenía sus ingresos en niveles

moderados. Dejó la mayor parte del desarrollo en manos del sector privado, bajo la supervisión del Estado. Llegaron a tal grado los intereses extranjeros, especialmente ingleses, que permitirían abandonar el tratado de libre comercio. Las exportaciones guatemaltecas se incrementaron modestamente, estableciendo un comercio favorable que permitió ayudar a reducir la deuda externa. En tanto los liberales estaban ávidos por adoptar las innovaciones extrajeras, la tendencia en estos tiempos fue antiextranjera y nacionalista. Los extranjeros siguieron jugando un papel dominante sobre el comercio marítimo, pero ahora los comerciantes españoles y británicos recibían privilegios. Culturalmente, el periodo fue de estancamiento, el gobierno conservador nunca logró el crecimiento económico al que se llegó en años anteriores luego de la independencia, aún así fue menor en comparación a lo que obtuvieron las más avanzadas naciones occidentales del mundo a mediados del siglo XIX. Ahora la mayor parte de las actividades económicas permanecían en un nivel de subsistencia y la exportación representaba únicamente una pequeña parte de la economía total. El tono xenofóbico de Carrera durante su gobierno, creaba una barrera entre los demás países hacia Guatemala. Mientras Carrera retuvo el poder, permitió que la elite conservadora manejara la administración del país. Su preocupación por los pobres fue disminuyendo mientras su propia riqueza aumentaba, aún así su

gobierno, a través de la caridad y el paternalismo, proporcionó una mejor vida para las personas del área rural, que el liberalismo del gobierno de Gálvez.

A pesar de sospechas de extranjeros sobre esquemas de colonización, el gobierno nunca mantuvo la idea de tales proyectos. Pero de forma notoria la inclinación de Guatemala pasó del protestantismo inglés hacia el catolicismo belga para desarrollar el comercio de la costa norte. La colonia belga en Santo Tomás de Castilla apenas tuvo más éxito que el que tuvieron los ingleses una década antes en Abbotsville, en el río Polochic, pero estos proyectos resultaron en un mejoramiento del servicio de navegación. La compañía inglesa de vapor, *Verapaz*, vinculó el Golfo Dulce con Belice, incrementando la dependencia comercial de Guatemala a tal puerto. La compañía belga luego proveyó un servicio informal con Bélgica. Hacia 1850 este servicio se hizo regular, aunque algunas veces era informal. El servicio del buque de vapor asoció a la costa caribeña con Europa y Norteamérica.

Los esfuerzos conservadores por mantener aislada a Guatemala del mundo, no fueron suficientes para que el país no se viese afectado por la revolución industrial. Las fuerzas extranjeras tenían mucho trabajo por hacer con el desarrollo de Guatemala durante el siglo XIX, así como lo había hecho en los

levantamientos internos. El crecimiento de la producción y el comercio acercó mucho al país hacia una dependencia del mundo industrial. Las grandes mejorías que se dieron en el transporte dieron lugar a un gran incremento en el comercio entre el Caribe y los puertos de la Costa Pacífica. Los británicos dominaron el comercio de la recientemente independizada Guatemala. La presencia británica tomó varias formas. En algunas instancias era una manifestación intencional de la política imperial. En otras, se veía un gran entusiasmo en los diplomáticos ingleses locales, notablemente en Frederick Chatfield, quien a veces excedía por mucho su autoridad. Otras acciones provenían de sujetos particulares ingleses que residían en el área y que actuaban sin autoridad del gobierno de Gran Bretaña. Estas distinciones caracterizaron las actividades de los Estados Unidos, que mientras el siglo avanzaba comenzaron a rivalizar con aquellas de Gran Bretaña. Los leñadores y contrabandistas habían establecido una posición británica firme en Belice. Si bien su principal actividad era el comercio, la expansión territorial no estaba fuera de su política. Luego de la independencia, la soberanía inglesa sobre la costa caribeña de Centro América estuvo muy cerca de ser una realidad.

La población de Belice aumentó notablemente, especialmente con la llegada de esclavos condenados en Barbados por insurrección, sin embargo estos es-

clavos no tuvieron un mayor trabajo en la colonia, que contaba con menos de 300 residentes blancos en 1820. Todos los esfuerzos por convertir Belice en una colonia agrícola fracasaron, permaneciendo así como un punto de mercadeo para el comercio entre Gran Bretaña y Guatemala. El asunto de la esclavitud creó preocupación en el comercio que mantenían Belice y Guatemala, país donde la esclavitud había caído notablemente durante el tardío periodo colonial y donde luego de la independencia había sido prohibida. Los esclavos fugitivos de Belice buscaban refugio en Petén. Era difícil para las autoridades guatemaltecas encontrar a los fugitivos en una región tan aislada, luego los beliceños produjeron el enojo de las autoridades cuando entraron con el fin de perseguir a los fugitivos refugiados en Petén. La influencia británica en la región condujo a una nueva soberanía pública y promovió sentimientos nacionalistas que tenían poco que ver con el asunto de los esclavos fugitivos. A pesar de las cercanas relaciones de comercio entre Guatemala y Gran Bretaña, la desilusión de los liberales con Gran Bretaña comenzó. En la época en la que los conservadores alcanzaron el poder, Gran Bretaña ya había prohibido la esclavitud.

Los comerciantes británicos no se establecían en Guatemala de la forma como lo hacían en otros países de América Latina que contaban con puertos

más grandes en sus costas, sin embargo hubo excepciones. De estas la más importante fue la empresa beliceña de Marshall Bennett, que estableció la empresa guatemalteca de William Hall y Carlos Meany en la década de 1820. En la misma década George Skinner y Charles Klée formaron familias mercantiles que continúan siendo importantes en Guatemala hasta el día de hoy.

De 1825 en adelante, Gran Bretaña redujo los impuestos aduaneros en casi todos sus productos de exportación a Centro América. La cochinilla y el índigo (mayormente en El Salvador), se convirtieron en los principales productos guatemaltecos para el intercambio en el extranjero mientras la industria textil británica amplió el uso de estos colorantes. La cochinilla, pequeño insecto que crece bien en los nopales, se convirtió en el principal tinte de exportación guatemalteco a mediados del siglo XIX. Las regiones alrededor de Amatitlán y Antigua Guatemala eran las principales áreas de cultivo del nopal para tal propósito, pero cuando la exportación tuvo un alza en 1840 se desarrolló tal cultivo en otras regiones también. En 1856 el descubrimiento de los colorantes de añilina de alquitrán mineral condujo a la ruina a la industria de colorantes naturales y con ello acabó con el intercambio de la cochinilla. La subida en los ingresos del algodón permitieron a algunos cultivadores guatemaltecos una fácil transición de la

cochinilla hacia la producción de café, la cual tomó muchos años en desarrollarse. La Guerra Civil en los Estados Unidos de América (1861-1865) permitió que Guatemala temporalmente ganase una parte del mercado internacional de algodón, que contó con un 19% de exportaciones guatemaltecas cerca de 1865, aunque decayó levemente después. La de cochinilla pasó de ser más del 90% de las exportaciones guatemaltecas en 1830 a apenas un 33% por 1871. Mientras tanto, el gobierno conservador apoyó el cultivo del café en la década de 1850-1860, el cual llegó a ser el 50% de la exportación guatemalteca por 1871.

Gran Bretaña llevó las cuentas de más de la mitad de las importaciones guatemaltecas a mediados del siglo XIX, que junto con bonos y préstamos británicos fomentó el dominio británico sobre el comercio internacional guatemalteco. Los préstamos fueron otro lazo de dependencia de Centro América en relación con Gran Bretaña. El fiasco del empréstito de Barclay, Herring y Richardson de 1835 frenó a los inversionistas para no dirigirse a Centro América. Sin embargo, una serie de préstamos de firmas británicas a los estados centroamericanos crearon una maraña de problemas que no se desenredó sino hasta el siglo XX. Los liberales promovieron estos arreglos y, aunque los gobiernos conservadores fueron más cuidados, este tipo de transacciones no llegó a terminar totalmente. Por ejemplo, para negociar el

pago de su deuda anterior con la firma londinense de Isaac y Samuel en 1856, el gobierno de Carrera tuvo que comprometer el 50% de los ingresos aduaneros de Guatemala para garantizar la deuda. Tales disposiciones involucraron a nacionales británicos en las finanzas internas del gobierno, al extremo de comprometer su soberanía nacional. Guatemala tuvo reuniones con compañías mineras inglesas, pero sin capital y faltándole un adecuado transporte para la infraestructura, fracasaron al intentar aumentar la producción minera durante los inicios del periodo independiente.

Otros extranjeros jugaron también un papel importante en Guatemala. Un pequeño grupo de franceses, italianos, alemanes y belgas se unieron a los pocos residentes ingleses. Varios oficiales militares europeos trabajaban en el ejército. La nueva República de Guatemala rápidamente firmó tratados de comercio con la mayor parte de las naciones europeas antes de 1850. España se rehusó a reconocer la independencia de Guatemala hasta 1863, sin embargo aseguró rápidamente el comercio con su antigua colonia. Estados Unidos, que había jugado un papel muy importante en el istmo, tuvo poco contacto con la región antes de 1850. Algunos pocos diplomáticos y viajeros (el más importante fue John Lloyd Stephens) escribieron sus impresiones, y esto desarrolló cierto interés estadounidense por Centro América,

pero el comercio permaneció como una consideración menor hasta más tarde en el siglo XIX. Estados Unidos pronto reconoció la independencia centroamericana, sin embargo no hizo ningún esfuerzo por frenar la expansión británica sino hasta después de la guerra con México (1846-1848).

Las continuas diferencias entre liberales y conservadores, que se manifestaron tanto en guerras internas como entre los estados centroamericanos, dieron pie a tener problemas con México por sus fronteras. México trató de expandir las fronteras de Chiapas en Soconusco. Carrera cultivaba una relación de amistad con el presidente de México, Antonio López de Santa Anna. La Guerra de Castas, la rebelión campesina que tuvo lugar desde 1847 hasta 1853 en las regiones septentrionales de la península de Yucatán, enfrentó a los indígenas mayas, cuyos antepasados vivían en la región desde hacía siglos, y los descendientes de europeos, que controlaban buena parte del comercio y de las propiedades agrícolas a mediados del siglo XIX. Debido a la Guerra de Castas existía una gran tensión en la frontera. Yucatán no se había reconciliado con México, desde su separación en 1838, la cual dejó una inestabilidad que permaneció aún después de su reincorporación en 1845. La guerra se cobró un gran tributo de sangre en la población de Yucatán. Sin embargo, cuando estaba a punto de triunfar definitivamente, la rebelión

se vino abajo. Los campesinos mayas, preocupados por la sequía y por sus escasas reservas de maíz volvieron a sus casas para la cosecha. La mayoría de las tropas mayas estaba compuesta por campesinos sublevados, no por militares profesionales, y pensaban que el ataque a Campeche y Mérida podía esperar hasta después de la siembra.

El atentado más grande contra la soberanía centroamericana fue el del filibustero William Walker sobre Nicaragua en el siglo XIX. Walker llegó a Nicaragua con la invitación y el apoyo de los liberales del lugar, como reacción los conservadores de los cinco estados unieron fuerzas para derrotarlo en una campaña que los centroamericanos nombraron como la “Guerra Nacional”. Carrera por su parte prefirió no ir a Nicaragua, sin embargo envió la mayor cantidad de tropas hacia allá, las cuales fueron cruciales para lograr la rendición de Walker en 1857. El regreso de las tropas propicio una epidemia de cólera en el país, la cual cobró entre sus víctimas a doña Petrona, esposa de Carrera en 1857.

La “Guerra Nacional” desprestigió a Estados Unidos en Centro América. El interés que Estados Unidos había mostrado durante la década de 1850 decreció rápidamente mientras se veían envueltos en su propio baño de sangre durante la década de 1860. Guatemala fue condescendiente con la volun-

tad del presidente Lincoln de establecer a los ex-esclavos en Centro América, sin embargo algunos de estos se establecieron en Belice. Pasada la Guerra Civil, Estados Unidos utilizó tanto su energía y capital en la reconstrucción del país. El capital yankee fue importante para la construcción del Ferrocarril de Panamá, completado en 1855. Esto causó un cambio rápido en el comercio del Caribe con una vía más accesible a la costa del Océano Pacífico, cerca de los centros de producción y población, con poca selva y pantanos por recorrer. Guatemala se benefició bastante con el cambio del comercio hacia la Costa Pacífica de Panamá. Los cargos de transporte descendieron rápidamente. Las vías de carretas conectaron las regiones productoras a los puertos del Pacífico, especialmente el Puerto de San José, tal transporte en sus comienzos fue realizado en ferrocarriles. El servicio normal del buque de vapor conectó estos puertos con el Ferrocarril de Panamá y además consiguió abrir el Atlántico para ellos. El cambio de los puertos caribeños hacia los del Pacífico fue dramático en Guatemala. Las importaciones vía caribeña bajaron más de cuatro millones de dólares entre 1853-1858 hacia menos de dos millones entre 1859-1864, mientras que las importaciones a través de los puertos del Pacífico durante los mismos periodos fueron de 2 millones a 5.5 millones. Belice, quien era él entre puerto para la región, tuvo una caída en

el volumen del comercio por más de la mitad entre 1854-1856 y continuó cayendo después.

Este declive de Belice agilizó esfuerzos británicos por revitalizar tal puerto. En el tratado entre Wyke-Aycinena en 1859, Guatemala aceptaba reconocer la soberanía británica sobre Belice y a cambio los británicos prometieron construir un camino desde el Caribe hasta la capital de Guatemala.

6



Justo Rufino Barrios
1835-1885

LA GUATEMALA LIBERAL

CAPÍTULO VI

La Guatemala liberal

La decadencia del cultivo de la cochinilla causó trastornos económicos para Guatemala a partir de 1860. Pero, a pesar de todo, el poroso suelo volcánico, la temperatura constante a lo largo del año y la temporada lluviosa convertían las tierras de ciertas regiones guatemaltecas en ideales para la producción del café. Siguiendo el ejemplo de Costa Rica, Guatemala empezó a producir grandes cantidades de café durante los años de los gobiernos conservadores, pero fue bajo los subsecuentes gobiernos liberales que las exportaciones de café propiciaron la modernización y el crecimiento económico que la retórica liberal había prometido. Para 1855 las fincas de café habían proliferado alrededor de Cobán, Antigua y Amatitlán y el café sustituyó a la cochinilla en los últimos dos municipios. De ahí, el café se trasladó al altiplano occidental y a las tierras de la costa del Pacífico. El valor del café dentro de todas las exportaciones en Guatemala se elevó del 1% en 1860 al 44% en 1870, cuando se convirtió en el producto de mayor exportación, posición que ha mantenido desde ese entonces. La alta calidad del café guatemalteco lo ha ubicado dentro de los mejor pagados en el mundo.

El cambio en el poder, de los conservadores a los liberales a finales de la tercera parte del siglo XIX, aceleró el paso a la modernización, con la creciente dependencia hacia el café y otras exportaciones. A finales del siglo XIX, los liberales estaban fuertemente impresionados con las tendencias del materialismo positivista. Más inteligentes que sus predecesores, ellos eran líderes más prácticos. Ciertamente, el progreso económico les preocupaba más que el establecimiento de cualquier utopía política. Las dictaduras continuaron caracterizando al gobierno guatemalteco, pero con diferencias importantes desde el largo período de Carrera.

El poco desarrollo durante el gobierno de Carrera, inevitablemente no satisfizo a los guatemaltecos jóvenes y ambiciosos. Durante los años de 1860 un grupo de intelectuales con orientación positivista de la Universidad de San Carlos cimentaron las bases para una nueva generación de líderes liberales. La serie de levantamientos que transfirieron el poder de los conservadores a los liberales en Centro América empezaron en El Salvador, donde Gerardo Barrios alcanzó el poder después de haber liderado a las tropas salvadoreñas en la guerra civil en contra de William Walker. En 1858, como cabeza del gobierno provisional de El Salvador, Barrios anunció reformas liberales educativas, políticas y económicas y luego ordenó que los restos fúnebres de

Francisco Morazán fueran traídos de Costa Rica a El Salvador, donde fueron sepultados de nuevo con honores. Mientras aseguraba la amistad del presidente cuscatleco, Carrera organizó un ejército cerca de la frontera salvadoreña. Cuando Barrios empezó a restringir el poder tradicional del clero en 1863, Carrera invadió. Barrios venció rápidamente a las fuerzas de Carrera en Cojutepeque, pero fracasó en mantener su victoria. Esto permitió que Carrera se reagrupara y lanzara una nueva ofensiva que antes de que terminara el año pudieran derrotar a Barrios y reemplazarlo como presidente por el conservador Francisco Dueñas.

Sin embargo, la muerte de Carrera en 1865 fue marcada por levantamientos en Guatemala. El sucesor elegido, general Vicente Cerna, eliminó las revueltas, mientras que al mismo tiempo moderaba el tono reaccionario del gobierno. En Honduras, sin embargo, los liberales establecieron un gobierno vacilante, que permitió a los exiliados guatemaltecos un lugar seguro en aquel país. En abril de 1871, estos guatemaltecos en unión con las fuerzas hondureñas derrocaron a Dueñas e instalaron al Mariscal de Campo Santiago González, quien reasumió las políticas reformistas y anticlericales de Gerardo Barrios. La negativa de los salvadoreños a indemnizar a Honduras por su ayuda al asistir a los conservadores, llevó a una larga y sórdida historia de

intromisión irresponsable en los asuntos internos de los estados. Tales actividades llegaron a ser del todo comunes en el siglo XIX en Centro América y sirvieron como trasfondo para que los Estados Unidos de América, tratara de llevar estabilidad a la región durante la primera década del siglo XX, para su propio beneficio.

Mientras tanto, en Guatemala, Miguel García Granados, Serapio Cruz y Justo Rufino Barrios, con ayuda del presidente liberal mexicano Benito Juárez, lideraron un levantamiento liberal en contra de Cerna. Cruz murió en una batalla en 1870, pero Barrios y García Granados vencieron a Cerna en junio de 1871. García Granados, miembro de una de las familias dominantes de Guatemala, había sido por mucho tiempo la única voz liberal en la legislatura guatemalteca. Barrios había sido importante para el cultivo del café en los departamentos de Los Altos y representaba a la élite liberal de esta región. Había participado en conspiraciones en contra de Cerna desde 1867. En 1873, luego de una breve administración del bien intencionado, pero poco agresivo García Granados, Barrios tomó el poder y estableció el estilo de los dictadores guatemaltecos por cerca de un siglo. Desarrollando un giro profesional militar con base política, gobernó con firmeza e intolerancia en contra de los que estuvieran en desacuerdo. Impuso a su compañero de la Universidad de San Car-

los, el liberal Marco Aurelio Soto, como presidente de Honduras en 1876 y apoyó a varios liberales en El Salvador. Con todo el deseo de realizar el sueño de Morazán de una Federación Centroamericana, sin embargo, esto le trajo conflicto con sus vecinos lo cual resultó en su derrota y muerte en la batalla de Chalchuapa, El Salvador, el 2 de abril de 1885.

La reforma liberal creó nuevas élites y permitió el surgimiento de nuevos sectores de clase media, que inevitablemente jugarían papeles importantes en la economía guatemalteca, la sociedad y el gobierno. Los veloces avances de los Estados Unidos y Europa Occidental en el siglo XIX impresionaron a los liberales. El énfasis científico de la llamada “sociocracia” de Augusto Comte y otros positivistas franceses y la aplicación de la teoría evolucionista de Darwin a la sociedad como se proclamó por Herbert Spencer, atraía a este nuevo grupo de políticos y de líderes intelectuales. Los nuevos liberales fueron menos idealistas que sus predecesores de los tiempos de Morazán. En tanto que no abandonaban formalmente las promesas democráticas, ahora creían que el crecimiento económico se necesitaba para que la democracia política pudiera funcionar. Tan visionarios como científicos, sus prioridades eran ahora el orden y el progreso. Al mismo tiempo las alianzas personales y de familia aún ocupaban un lugar dominante en la estructura política y social, oscu-

reciendo por momentos la importancia de la ideología. Durante la primera mitad del siglo siguiente, patrones claros emergieron reflejando su enfoque en el desarrollo material, su anticlericalismo y su fe en la educación científica y técnica, su rechazo a lo metafísico, su disposición a posponer la democracia política a través de aquello que Comte llamaba “Las dictaduras Republicanas”, su emulación e imitación de los valores de Europa Occidental y de Norteamérica, su insensibilidad a las necesidades de la clase trabajadora (quizá comprensible, debido al apoyo político que esas clases habían dado a los caudillos conservadores).

Con una legislación amistosa para el capital extranjero, el gobierno incentivó la exportación de cosechas. La producción de café, ya importante como reemplazo de la cochinilla, recibió mayor atención al final del siglo XIX. Favorecida por subsidios, excepciones de impuestos y promesas de grandes ganancias, los terratenientes cultivaron nuevas tierras. Los extranjeros jugaron un papel importante en esta expansión, sin embargo, la mayor parte de la producción permaneció en manos de guatemaltecos. Aquellos extranjeros se introdujeron en la producción de café, fueron generalmente inmigrantes establecidos que permanecieron en el país y llegaron a ser parte de la sociedad local, no incluyendo a aquellos que más tarde estuvieron involucrados en la ex-

plotación del banano. Los alemanes, especialmente en Alta Verapaz, produjeron un porcentaje extraordinariamente grande del café de Guatemala. La producción se incrementó en la década que iniciaba en 1880 y ha continuado como el producto principal de exportación desde entonces. La demanda mundial de café se elevó rápidamente en aquella década y mientras que la producción se duplicó, los precios se triplicaron produciendo grandes aumentos en las ganancias. Los alemanes lideraron en tecnología y procesamiento del café y, lo más importante, que a través de sus contactos y la ayuda de sus cónsules manipularon nuevos mercados en Europa y Norte América. Los comerciantes alemanes a menudo financiaron mucha de la veloz expansión por medio de la extensión de créditos a sus compatriotas situados en las áreas productivas. Los importadores de café de los Estados Unidos fueron más reacios a ceder a acuerdos como este, pero para 1913 también se habían convertido en compradores mayoritarios del café guatemalteco. Para entonces, el café formaba parte de más del 85% de las exportaciones de Guatemala.

Consciente de los peligros del monocultivo, el gobierno apoyó la diversificación. El azúcar, el banano, el algodón, el chicle, el cacao, el hule, la madera y la zarzaparrilla se unieron al café en las exportaciones guatemaltecas. El gobierno proveyó tierra

gratis o en pagos favorables para aquellos que desarrollaran nuevas cosechas. Algunos productos tales como ganado, trigo, frutas y vegetales se tornaron más importantes para el consumo local que para la exportación, pero aún contribuían al crecimiento económico.

El gobierno construyó carreteras, vías ferroviarias y puertos en ambas costas. Los obstáculos eran grandes y los costos muy elevados, pero estos trabajos fueron los más importantes de la época. El Ministerio de Fomento estableció promover todos los aspectos de la economía, supervisó los proyectos de infraestructura (cabe mencionar que muchas de las obras se lograron a través de la iniciativa privada). Los préstamos internacionales y nacionales proporcionaron capital para los proyectos, pero raramente rindieron los frutos esperados y aumentaron la deuda pública. La corrupción también contribuyó a mermar los fondos y la energía de los guatemaltecos, en tanto los dictadores construían carreteras para favorecer sus propios intereses a costa del desarrollo nacional. A pesar de los ataques de los liberales en contra de la clase privilegiada, en la cual a menudo se reemplazaba un viejo grupo por otro nuevo. Quienes criticaban a Justo Rufino Barrios le acusaron de hacer lo mismo, mientras promovía los intereses de los abandonados departamentos del occidente de Guatemala (Los Altos).

La construcción de las vías del ferrocarril era demasiado lenta. Las concesiones para compañías extranjeras no tuvieron éxito en la consecución de suficiente capital para completar los proyectos. Las lluvias torrenciales, los precipicios y la densa vegetación crearon problemas que fueron virtualmente desconocidos para aquellos ingenieros que habían construido las vías ferroviarias de los Estados Unidos y Europa. Antes de 1900 el ferrocarril había sido terminado de la capital al puerto del Pacífico, pero casi nada había sido hecho para conectar a la capital con las áreas productivas de las costas de Caribe más distantes. Lo mismo sucedía con los caminos. Una buena carretera en la costa del Pacífico conectaba la ciudad de Guatemala con el Puerto de San José, pero había poco progreso en lo que respecta a la carretera del Atlántico. Líneas para las “diligencias” precedían al ferrocarril. La modalidad de “trabajo forzado” proveía la mano de obra para la construcción de carreteras. La ley requería que cada persona del sexo masculino contribuyera con cuatro días o dos pesos anualmente para la construcción de carreteras.

El recientemente inaugurado puerto de Champerico, en el Pacífico, era utilizado por Quetzaltenango y otros departamentos de Los Altos. En el Caribe, el gobierno primeramente activó su interés en Livingston el cual se había iniciado durante la administración Gálvez, pero luego se volcó hacia Puerto Ba-

rrios. Las comunicaciones mejoraron, sin embargo con más lentitud que en el resto del mundo, así mismo las líneas telegráficas surgieron a lo largo de las rutas principales. Un cable submarino terminado en 1880 proveía comunicación directa con las ciudades más grandes del mundo. El servicio telefónico se inició en las oficinas gubernamentales en Guatemala y Quetzaltenango en 1884, y luego de esto se instalaron teléfonos en los pueblos más grandes, a pesar de que la cantidad y la calidad de estos servicios dejaban mucho que desear.

Los positivistas creían que la expansión de la productividad y las exportaciones iniciarían una revolución industrial que llevaría a Guatemala a una economía sofisticada como la que gozaban los pueblos de Europa Occidental y en los Estados Unidos, con el alza en divisas provenientes de las exportaciones, esperaban que el nivel general de vida se elevara y que las industrias lograran satisfacer las necesidades de las personas. En efecto, un poco de esto en una especie de reacción en cadena sucedió. También el gobierno estimuló eficientemente a los productores, pero el crecimiento económico fue insuficiente para estimular los mercados domésticos, tampoco contaban con tecnología, mano de obra calificada o suficiente. Eso sí, se aseguraron de que unas pocas industrias textiles iniciaran operaciones, junto a algunas otras tiendas y pequeñas fábricas, aunque

esto estaba lejos de llegar a ser una “revolución industrial”. Entre 1870 y 1900 el volumen de comercio en Guatemala se incrementó en un 20%. Pero en lugar de contribuir al desarrollo industrial dentro de Guatemala, las ganancias se utilizaron en importación de productos o en inversiones extranjeras. El crecimiento en el consumo fue desigual, mientras que la mayoría de la población permanecía al nivel de subsistencia. Las importaciones aumentaron grandemente, siendo pagadas con las ganancias de las exportaciones, pero Guatemala mantuvo un balance favorable en el comercio durante este período.

El número de firmas comerciales extranjeras que operaban en Guatemala se elevó. A causa del déficit de dinero en circulación y de instituciones financieras, algunas se convirtieron en agentes financieros creando así operaciones bancarias muy activas. Sus instrumentos comerciales a menudo servían como efectivo negociable y facilitaba sus operaciones crediticias. Los bancos proliferaban, tanto los nacionales como los extranjeros. Un banco nacional servía como el vehículo del gobierno para el financiamiento de proyectos públicos, ya fuera a través de préstamos directos o por la venta de bonos a inversionistas nacionales o extranjeros. Los aranceles formaban más de la mitad del total de ingresos del gobierno, los cuales se acrecentaron con el comercio y el crecimiento de las importaciones. Las autoridades gu-

bernamentales creían que los incrementos futuros serían aún mayores. Los liberales firmemente se opusieron a los impuestos directos sobre el salario o la propiedad. Otras fuentes de ingreso para el gobierno eran los monopolios estatales, tales como el licor y el tabaco; impuestos de venta; otros impuestos y licencias; y los cargos por servicios tales como el telégrafo, el correo, la casa de moneda. A pesar del crecimiento en los ingresos, desafortunadamente la corrupción, la mala organización, el defectuoso sistema fiscal y el poco entrenado personal, obstaculizaron seriamente la eficiencia del gobierno.

A pesar del fracaso para industrializar o desarrollar una economía más diversificada, el país avanzó notablemente durante el final del siglo xix y principios del xx. Luego de años de contienda armada y estancamiento económico, hubo un rápido crecimiento en la población. Los avances médicos disminuyeron el nivel de mortalidad y las oportunidades de trabajo llevaron a la población rural hacia la ciudad. La participación activa del gobierno en la economía expandió la burocracia. La ciudad de Guatemala y Quetzaltenango tuvieron una apariencia más elegante y moderna, mientras que los proyectos públicos iluminaban las calles, se levantaron grandes edificios públicos, teatros y estadios, así mismo se construyeron parques, hipódromos, monumentos y acueductos. Los tranvías —primeramente jalados

por mulas y luego conducidos por medio de electricidad— facilitaron un mayor crecimiento económico y flexibilidad, mientras que los servicios públicos se expandían en general. La llegada de extranjeros y viajeros estimuló un crecimiento acelerado en el número y calidad de hoteles y restaurantes, la cual indiscutiblemente no hubiera existido antes del resurgimiento liberal. En estos negocios, como en otros, dominaban los extranjeros, y nombres alemanes, franceses, ingleses e italianos se visualizaban con frecuencia en los rótulos de los hoteles, dándole un aire cosmopolita a la capital. Inevitablemente, se incrementaron también los vicios, la prostitución y el crimen. Por otro lado, los deteriorados pueblos de la provincia intensificaban el gran contraste entre la capital y las áreas rurales. La capital llegó a ser el escaparate de las élites dominantes de la sociedad y la economía, el Pequeño París de visitantes y nacionales.

La urgencia de desarrollo material parecía justificar el brutal liderazgo ejecutivo caracterizado por la falta de fe en la democracia popular, contribuyendo a la formación de las dictaduras militares. Una nueva constitución (1879) reiteró los principios republicanos de los liberales, pero las instituciones que las emitieron crearon un gobierno centralizado, regido por el ejecutivo y con los militares como verdaderos árbitros de los acontecimientos públicos.

No es de sorprender que ha sido una tendencia que los militares dominen el gobierno durante un gran período en la historia de Guatemala. El “personalismo” que había caracterizado al régimen de Carrera permaneció como un factor, pero ahora el apoyo descansaba sobre una fuerza militar más profesional y no sobre el pueblo. Un rasgo particular de estos dictadores era que nombraban a oficiales del ejército bajo una reglamentación presidencial cerrada, para controlar las áreas rurales. Con el poder policial, estos “jefes políticos” (que reemplazaban a los corregidores del período anterior) mantenían el orden y el clima favorable tanto para los finqueros y empresarios extranjeros como para los nacionales quienes se beneficiaban del sistema. Los métodos de los dictadores liberales eran tales que algunos críticos han observado que existía poca diferencia entre el conservadurismo de Carrera y el liberalismo de Barrios. Existieron, sin embargo, diferencias reales en la forma en la cual estos dictadores gobernaron, pero lo más importante fueron los cambios institucionales que acompañaron la revolución social de la época liberal. Por primera vez, se desarrolló una grande y permanente burocracia que llevaría a cabo la administración nacional. Las mejoradas comunicaciones y las fuerzas militares profesionalizadas permitieron a la burocracia gobernar en el interior del país de una forma que nunca antes se había logrado.

Esta reestructuración del gobierno de Guatemala acomodó a una nueva clase dominante. Los liberales abolieron o redujeron la importancia de las instituciones tradicionales hispánicas. El viejo y privilegiado Consulado de Comercio, vio que sus funciones de desarrollo eran absorbidas por el nuevo Ministerio de Fomento y vio también que sus privilegios judiciales eran incorporados dentro del sistema ordinario de cortes civiles y criminales. Más tarde, la Sociedad Económica –antes considerada como una institución liberal, pero ahora asociada con la élite conservadora de la capital– también fue suprimida. Los liberales terminaron con otros vestigios de la herencia colonial española. Las instituciones más importantes, la Iglesia y el ejército, fueron cambiadas sustancialmente. A la Iglesia de la cual los conservadores habían dependido para cimentar su alianza con las masas, su riqueza y posición, el gobierno confiscó sus propiedades y expropió las fundaciones de las órdenes religiosas. Expulsaron a algunas órdenes religiosas del país, prohibiendo a los religiosos utilizar la vestimenta propia del clérigo, exceptuando el momento en el cual se encontraban en sus funciones religiosas, eliminaron o restringieron las procesiones religiosas, permitiendo el registro civil de nacimientos. Primero legalizaron y luego hicieron obligatorio el matrimonio civil, estableciendo la tolerancia religiosa y dieron la bienvenida a los inmigrantes y misioneros protestantes, aboliendo el

diezmo obligatorio y el fuero religioso. Así mismo, terminaron con el monopolio de la Iglesia sobre la educación y restringieron la censura moral que a la Iglesia se le había permitido imponer. Adicionalmente, otros proyectos de la Iglesia, tales como hospitales, caridad y el cuidado de los huérfanos y los ancianos, empezaron a ser tomados por el Estado. La reducción del número de clérigos dejó muchas áreas sin sacerdotes, por lo cual la influencia de la Iglesia disminuyó en la población campesina.

La Iglesia batalló, excomulgando al presidente Barrios y a otros funcionarios. Barrios y sus sucesores respondieron exiliando al arzobispo y a los obispos. Finalmente, los liberales ganaron al reducir el poder y el prestigio de la Iglesia. Mientras que permaneció siendo el refugio para la clase alta conservadora de oposición, la Iglesia perdió la fuerte autoridad que había tenido alguna vez sobre las masas. Aunque a la fecha este poder no ha terminado, el papel dominante que ha jugado el clero en las áreas rurales ha llegado a ser menor. Este fue uno de los cambios más importantes que jamás hayan sucedido en Guatemala.

El Ejército de Guatemala había sido la milicia personal de Carrera, compuesto por una plebe indisciplinada, mal pagada, que gozaba de privilegios y prestigio de alguna clase, pero que también evoca-

ban desprecio generalizado y temor. Los regímenes liberales, luego de 1871, lo transformaron en una organización profesional de una naturaleza institucional permanente. Las tropas enlistadas, en honor a la verdad, en su mayoría permanecían andrajosas, mal pagadas, descalzas y no muy “profesionales”, pero el cuerpo de oficiales fue institucionalizado a través de una academia militar nacional, la Escuela Politécnica, establecida en 1873. Los liberales contrataron oficiales extranjeros como instructores y unos pocos oficiales viajaron al extranjero a estudiar en escuelas militares en Europa. Los militares obtuvieron más respeto. Sirvió como una de las pocas instituciones en Guatemala que proveía movilidad social. Pocos hombres de las clases bajas se elevaron a la clase media, el Ejército llegó a ser una avenida al prestigio y el poder. Dentro de los militares, se incluía no solamente al Ejército, ya que la fuerza de la Policía Nacional también tomó un nivel profesional. Y eventualmente varios ministerios y agencias del gobierno llegaron a tener su propia policía especial. Estas fuerzas llegaron a ser instrumentos de fuerte control armado utilizado por los dictadores guatemaltecos llegando casi al fin del siglo xx. Estaban disponibles para suprimir desórdenes políticos y sociales, así mismo como el crimen ordinario, convirtiendo el Estado en un lugar seguro para el desarrollo que los liberales deseaban. El servicio militar obligatorio también permitió al Ejército convertirse

en una fuente proveedora de educación para las masas, especialmente dentro de las líneas que podrían promover el apoyo para la modernización de las políticas y el “espíritu” detrás del gobierno. Más aún: los militares empezaron a proveer servicios útiles. El Hospital Militar, por ejemplo, ofrecía el mejor servicio médico. Para 1900, se les había encomendado la responsabilidad de la construcción y el mantenimiento de las carreteras y los puentes y se mantenían activos dentro de los servicios de educación y otros programas de servicio público.

Si los militares llegaron a ser los principales defensores de los gobiernos liberales, al mismo tiempo llegaron a ser los árbitros y destructores de dichos gobiernos. La estabilidad que constituía gran parte del ideal de los positivistas quienes justificaban las dictaduras, no fue tan característica en Guatemala, como lo fue en México con Porfirio Díaz. Hubo períodos cuando la estabilidad y los disturbios civiles caracterizaron a la política en Guatemala. El faccionalismo político y personal dentro del ejército llegó a ser intenso y el resultado fueron las intrigas constantes. Sin tener freno sobre su poder, el ejército podía cambiar gobiernos a voluntad. Los caudillos militares manipulaban el poder y su posición mientras las alianzas entre los oficiales a su mando cambiaban. Las relaciones personales, atadas a intereses económicos y familiares fuera del ejército, a menudo

obscrecían las diferencias ideológicas de los partidos políticos. En cualquier caso, para 1900 el viejo partido Conservador había desaparecido y la política se había convertido en pugnas entre facciones del partido Liberal.

Luego de la muerte de Barrios, el gabinete nombró a un prominente comerciante y amigo del fallecido caudillo, Alejandro M. Sinibaldi, como jefe de Estado interino. Sinibaldi había sido alcalde de la ciudad de Guatemala y diputado a la Asamblea Nacional. Con el ejército en retirada de El Salvador, se temía una invasión salvadoreña y que los conservadores pudieran tomar ventaja de la situación para un cambio de poder. Por lo tanto Sinibaldi concedió poderes extraordinarios al ministro de Guerra, Martín Barrundia, hijo de José Francisco Barrundia. Incapaz de concertar la paz con El Salvador, Sinibaldi renunció luego de solamente cuatro días en el poder y el 7 de abril de 1885 la Asamblea nombró como presidente provisional al general Manuel Lisandro Barillas, oriundo de Los Altos y uno de los principales comandantes de Barrios en la Revolución de 1871, había sido jefe político de Quetzaltenango durante la administración de Barrios. Barillas impidió exitosamente un intento de Barrundia de tomar el poder. Después, en noviembre de 1885, la Asamblea eligió a Barillas para un período de seis años, 1886-1892. Barillas liberó a muchos de los prisioneros políticos

que Barrios había encarcelado, pero también hizo crecer enormemente al ejército, además ascendió a muchos oficiales al grado de general. La corrupción se generalizó y la represión militar en respuesta a muchos levantamientos y disturbios rurales plagaron su administración. Solamente la rápida expansión de la economía cafetalera ayudaba a mitigar la inestabilidad política de este dictador militar.

El general José María Reina Barrios, sobrino de Justo Rufino Barrios, ganó las elecciones presidenciales fácilmente en 1892. Nativo de Los Altos, como su tío, Reina Barrios ganó popularidad como caudillo Liberal. En 1896 otorgó amnistía a todos aquellos que habían estado en el exilio, esperando sanar las heridas de la amarga rivalidad entre liberales y conservadores. Para 1897, sin embargo, una seria depresión económica estaba contribuyendo a acrecentar la oposición dentro del partido Liberal. Apresuradamente disolvió otro intento de separación de Los Altos en el otoño de 1897, luego de que la Asamblea extendiera su período constitucional de seis años, para cuatro más, en una clase de continuismo que estaba llegando a ser común en Centro América. En este caso, sin embargo, fue asesinado el 8 de febrero de 1898. Luego de su muerte, ese mismo día el gabinete se reunió y reconoció al vicepresidente Manuel Estrada Cabrera como presidente, quién ganó las reelecciones de 1904, 1910 y 1916.

Estrada Cabrera tenía un origen ilegítimo, por tal razón algunas veces se hacía referencia a él de forma burlona llamándole por su apellido materno (Cabrera). El nuevo dictador de Guatemala había trabajado arduamente en su nativo Quetzaltenango para establecerse como abogado y burócrata gubernamental, firmemente leal a Barrios y a sus sucesores liberales. Bajo el mando de Reina Barrios sirvió como ministro del Interior, responsable por el gobierno interno del país y vicepresidente. Muchos creían, sin embargo, que Estrada Cabrera podría haber sido responsable del asesinato de Reina Barrios. Nueve años después, en 1907, el ex-presidente Barillas, en el exilio en México, pero involucrado en un complot para derrocar a Estrada Cabrera, también fue asesinado. Nuevamente, las sospechas por la dirección de este acto recayeron sobre el presidente de Guatemala. Estrada Cabrera fue hábil y brutal al mantener su poder en contra de los repetidos intentos de golpe de Estado y los atentados en contra de su vida. Su régimen violento de 22 años (1898-1920), fue la más larga e ininterrumpida dictadura en la historia de Guatemala. Mientras que el régimen se volvió infame debido a su brutalidad y corrupción, también fue un aliado cercano del crecimiento del imperio de la United Fruit Company y de la élite cafetalera.

Los terremotos que devastaron a la Ciudad de Guatemala en 1917 y 1918, contribuyeron al crecimiento de la oposición al dictador, quien hizo poco para aliviar el sufrimiento generalizado de la población. La caída de los precios del café, se agregó al declive económico. Como en cualquier parte de Latinoamérica en aquel tiempo, las protestas de los estudiantes llegaron a ser un nuevo factor en la política nacional y ayudaron a despertar a otros elementos en la población. En 1920 un nuevo partido político, aparentemente pugnando por la Unión Centro Americana, había unificado a muchos estudiantes, clérigos, trabajadores organizados y elementos de una emergente clase media que demandaban un cambio. La oposición política al gobierno tomó el camino de la insurrección armada, luego de una cruenta lucha callejera conocida como “la semana trágica”, Estrada Cabrera, física y mentalmente disminuido, fue derrocado por la fuerza de las armas en abril de 1920. La existencia del partido Unionista en Guatemala, sin embargo, fue breve. El empresario Carlos Herrera fue electo presidente en sustitución de Estrada Cabrera, pero su gobierno duró apenas unos meses. El Ejército, preocupado por la “influencia subversiva”, en diciembre de 1921 impuso a otro oficial del Ejército Liberal, el general José María Orellana. Luego de que Orellana sucumbiera a un ataque al corazón en 1926, otro liberal, el general Lázaro Chacón, gobernó la nación hasta 1930. No obstante, a pesar del

continuo gobierno por parte de los militares en los años de 1920 hubo un poco de moderación en la política de represión, característica de los anteriores gobiernos liberales.

Cambios culturales acompañaron a la Reforma Liberal, en gran parte como resultado del declive de la autoridad de la Iglesia y de haber removido de sus manos y su dominio la educación, también debido al incremento de la influencia extranjera en el país. Guatemala se mantenía lejos de las metas establecidas por los liberales con respecto a la educación pública, pero existió un deseo de establecer más escuelas al menos para la clase media urbana. Una Biblioteca Nacional, museos, academias, escuelas profesionales y la universidad abrió sus puertas con renovados vuelos. Enfatizando los estudios científicos y técnicos, dieron menos atención y además se opusieron a las más tradicionales ciencias humanísticas. Los desembolsos para la educación pública totalizaron casi tanto como los gastos de la milicia, únicamente el servicio sobre la deuda pública se posesionaba por encima de estas dos categorías en el presupuesto anual. El que el estado de la educación permaneciera lamentablemente pobre no podía negarse, pero en términos relativos el período protagonizó grandes progresos. Los periódicos, las revistas y los libros llegaron a ser más comunes. Para 1895 Guatemala tenía treinta y tres periódicos, incluyen-

do cinco de publicación diaria en la capital. La libertad de prensa, si no llegó a ser una realidad absoluta, por lo menos llegó a ser una consigna política que desanimaba a la censura o supresión de las publicaciones antigubernamentales.

Los campesinos indígenas obtuvieron poco de los nuevos liberales, quienes rechazaron el paternalismo de los conservadores quienes utilizaron a las empobrecidas masas como mano de obra para lograr los avances de sus regímenes. Por medio del trabajo forzado, leyes de vagancia y la legalización de la servidumbre por deudas a través de la cual eran puestos a trabajar en las plantaciones y en las carreteras. Un sistema llamado *mandamiento* virtualmente restauró el llamado *repartimiento*, mientras que los pueblos indígenas proveían de mano de obra para trabajos tanto privados como públicos. El gobierno embargó mucha de la tierra perteneciente a los indígenas cuando los residentes no podían obtener títulos legales. Dicha tierra llegaba a estar disponible a un costo muy bajo para los terratenientes, mientras que el Estado forzaba a los habitantes a buscar empleo asalariado en la tierra. El *mandamiento* formalmente terminó con el Código de Trabajo de 1894, pero esa ley, lejos de proteger al trabajador, estaba dirigida a “estimular el trabajo” y a “suprimir la vagancia”. Dio a los cafetaleros, bajo un sistema de contratos, gran autoridad sobre los trabajadores y

tácitamente incentivaba la servidumbre por deudas. Leyes que en teoría enfatizaban la igualdad de todos los hombres, realmente no fueron más allá de la protección del patrono y no del empleado. La mayoría de los guatemaltecos eran virtualmente esclavos del sistema el cual idealizaba el progreso material de un selecto grupo de personas. En los establecimientos urbanos y en las fincas, se establecieron semanas de trabajo de seis días y de 10 a 12 horas diarias. Tales condiciones de trabajo eran ineficientes y caracterizadas por poca productividad y ausentismo, sostenían la noción de que los indígenas eran haraganes e ineptos. Los terratenientes y los burócratas, quienes constantemente explotaban a los indefensos campesinos, tenían poco entendimiento de la necesidad de proveer incentivos necesarios y recompensas o de proveer canales por medio de los cuales los trabajadores podrían mejorar su nivel de vida a través del esfuerzo en su trabajo.

La inflación deterioró aún más los niveles de vida durante el período. El alcoholismo se convirtió en un gran problema entre los poco afortunados, si los reportes de los patronos y del gobierno tienen credibilidad. Forzados a responder a una economía que proveyera beneficios económicos y sociales solamente para las clases media y alta, el licor barato indudablemente ofrecía a la clase trabajadora uno de los pocos placeres que podían pagar.

Las tropas armadas suprimían sin ningún miramiento los esfuerzos de los indígenas o de los trabajadores para organizarse o para realizar algún paro. Los finqueros locales y los patronos, así como los oficiales locales, tenían autoridad policiaca sustancial y podían encarcelar y castigar a los trabajadores que se “salieran del carril”. Mientras tanto el gobierno continuaba cediendo tierra a los dueños de las plantaciones para que pudieran expandirse y desarrollar fincas de café y otras plantaciones. Guatemala poseía suficiente tierra pública para tal propósito, pero adicionalmente a esta tierra, estaba la tierra comunal de los indígenas, de la cual constantemente se traspasaban los límites. El gobierno proveía peritajes gratis o a un costo sumamente bajo y protegía los títulos de posesión privada en contra de la tierra comunal.

Los liberales vieron un progreso material rápido y en gran medida, llegaron a la meta circunscrita. Construyeron carreteras, puentes y puertos y se expandieron en la producción agrícola y las exportaciones. Fallando aún así en alcanzar la prosperidad. Un oligarca hacendado dedicado a valores tradicionales simplemente daba lugar a otro, el cual en acuerdo con inversionistas extranjeros se reservaban los beneficios de una civilización moderna solamente para ellos. Los costos sociales eran altos. A principios del siglo xx era evidente que la oligarquía compartía el

control del país con los dueños de plantaciones extranjeras, comerciantes, financieros y diplomáticos. Debido a la forma de las inversiones y el particular desarrollo del área, estas aún tenían que probar ser eficaces, pero los liberales realizaron concesiones extremadamente generosas. Los cónsules extranjeros incentivaban y ayudaban a pulir los detalles de los arreglos. Desde la adopción de leyes de limitada responsabilidad a la mitad del siglo XIX, había sido posible para pequeñas compañías amasar grandes cantidades de capital y buscar en el extranjero posibilidades lucrativas. Guatemala recibió inversiones, pero muy a menudo la capitalización fue insuficiente para sobrepasar los enormes obstáculos del desarrollo en la región, como resultado se obtuvo el fracaso. La inestabilidad del gobierno era uno de los grandes obstáculos, pero los obstáculos naturales fueron también importantes. Una nueva oligarquía, basada principalmente en la producción y la venta de café a las naciones ricas, tenía el control político pero era un control que dependía de la agricultura y debía ser compartida con intereses extranjeros generalmente representados por la compañía bananera.

La subida del banano como producto de mayor exportación fue relacionada muy de cerca con la construcción de líneas ferroviarias. Mientras que Guatemala tenía una línea de ferrocarril para el Pacífico en 1880, la cuenca del Caribe había probado

ser más extensa. La construcción allí demandaba ya fuera más capital o más carga para lograr que el tren pudiera obtener ganancias rápidamente y aún antes de estar terminada. La disponibilidad de una corriente oceánica rápida para la navegación hizo posible la comercialización de productos perecederos como los bananos y otras frutas en los Estados Unidos y más allá. Las compañías bananeras obtuvieron concesiones de los gobiernos centroamericanos para la construcción de líneas ferroviarias por medio de las cuales transportarían su producto al puerto de forma rápida. La creación de la United Fruit Company (UFCO) en 1899, arrancó la presencia de una gran corporación en Centro América que estableció la compañía International Railways of Central America (IRCA) (Ferrocarriles Internacionales de Centro América) como una subsidiaria y en Guatemala completó la línea ferroviaria del Caribe en 1908. Además de las líneas ferroviarias, la UFCO poseía barcos de vapor. La compañía Great White Fleet (Gran Flota Blanca) dominaba el servicio entre Guatemala y los Estados Unidos, una parte importante del proceso por medio del cual los intereses económicos de los Estados Unidos reemplazaron los intereses de los británicos en la región. Los barcos a vapor de la UFCO, llegaron a ser casi las únicas embarcaciones que servían a la costa norte de Guatemala y la compañía convirtió a Puerto Barrios en el principal puerto del país en la primera mitad del siglo xx.

La UFCO extendió sus actividades para hacer sus operaciones preliminares más eficientes. Fue pionera con las comunicaciones por medio de radio entre Centro América y los Estados Unidos, lo cual llevó a la formación de otra subsidiaria, Tropical Radio & Telegraph Company (Compañía Tropical de Radio y Telégrafo), en 1913. También controló y agrandó el proceso de distribución en los Estados Unidos, el cual para 1950 consumía aproximadamente el 50% de la exportación mundial de banano. Más tarde, la UFCO se expandió al procesamiento de alimentos en Guatemala.

No como el café, el cual era producido mayormente por productores individuales o pequeñas fincas, la producción de banano llegó a convertirse en plantaciones gigantescas controladas por extranjeros. La producción exitosa del banano necesitaba grandes áreas, las cuales generalmente eran otorgadas por el gobierno. Ansioso de crecimiento económico el presidente Estrada Cabrera contribuyó con enormes cantidades de tierra para estimular la producción, las vías ferroviarias, embarque y facilidades portuarias. La United Fruit Company no solamente comerciaba la producción de sus plantaciones; también compraba el banano de los pequeños productores independientes. Ya que controlaba el mercado y el transporte, los productores no tenían otra alternativa que venderle a la compañía al precio

estipulado por esta. Lo cual significaba un monopolio virtual sobre la producción.

La UFCO alcanzó el deseo de los liberales guatemaltecos de llevar desarrollo a las zonas costeras y mejorar la red de comunicación y transporte con el Caribe. El gobierno proveyó la tierra, pero en las escasamente pobladas zonas costeras pocos trabajadores del altiplano pudieron ser atraídos por el calor y las enfermizas planicies de la zona. No obstante, la UFCO importó gente de Jamaica y negros de las Indias Occidentales para proveer fuerza de trabajo a las plantaciones, las construcciones de las vías ferroviarias, los muelles y otras facilidades para los puertos. Esto le dio a la costa del norte una composición étnica sustancialmente diferente a la del altiplano, lo cual produjo más tarde una seria tensión social. La UFCO tomó la delantera en la erradicación de la fiebre amarilla, la malaria y otras enfermedades tropicales, así mismo tomó medidas en contra del Anquilostoma o lombriz intestinal y otros parásitos debilitantes. Estableció clínicas, inaugurando programas de vacunación, con cooperación de agencias internacionales y fundaciones en estos esfuerzos. La solución de estos problemas de salud era esencial para el crecimiento de esta región costera. La enfermedad de "Panamá" azotó las plantaciones de banano a principios de siglo y a principios de 1935 una enfermedad que manchaba las hojas, llamada "Sigatoka", atacó

también las plantaciones. Las enfermedades y los insectos requerían grandes inversiones en fumigación de insecticidas, cultivo de las plantas e investigación. Aún más, los huracanes podían devastar las plantaciones de banano. Tales catástrofes naturales acentuaban la realidad de que la explotación exitosa de las frutas tropicales requería de habilidad para absorber grandes pérdidas de vez en cuando y por lo tanto la necesidad de grandes reservas de tierra.

El cuasi monopolio de la UFCO sobre el transporte llevó al resentimiento. Las tarifas del ferrocarril eran elevadas y el servicio malo. Lo mismo sucedía con las tarifas de los barcos a vapor, con tarifas más bajas de los Estados Unidos a Guatemala que de Guatemala a los Estados Unidos. Más aún, el mejoramiento en cuanto al transporte internacional fracasó en estimular el crecimiento interno tan esperado. Los barcos de vapor, por ejemplo, conectaban a Guatemala con los Estados Unidos y Europa, pero no proveían mucho servicio a los demás puertos centroamericanos, particularmente a lo largo de las costas del Caribe, que se habían debilitado desde la finalización del Ferrocarril Panameño. La UFCO favoreció a su línea de embarcaciones en una variedad de formas. Por ejemplo, sus tarifas de ferrocarril para transporte de café eran proporcionalmente más altas en el Puerto del Pacífico, San José, que para Puerto Barrios en el Caribe, donde los barcos de la

UFCO podían transportar la carga. Eventualmente, luego de la Segunda Guerra Mundial, la UFCO hizo un esfuerzo para mejorar su imagen en Guatemala y contribuyó generosamente al progreso educacional, social y cultural del país.

Los intereses de los alemanes tanto como de los estadounidenses, reemplazaron el dominio inglés en Guatemala. Tomando en cuenta que los norteamericanos tenían una obvia ventaja geográfica, la iniciativa alemana en la industria del café, el crecimiento de la fabricación y el embarque por los alemanes y una diplomacia sumamente agresiva convirtió a los europeos en formidables rivales. A pesar de la importancia de los alemanes en lo que respecta al café y de los norteamericanos con respecto al banano, los guatemaltecos retuvieron el control de mucha de la agricultura y una nueva clase de terratenientes que nacieron con la colaboración de los gobiernos liberales y de inversionistas extranjeros, vivían formidablemente. Estos dependían, por supuesto, de los mercados extranjeros, comerciantes, agentes y banqueros. Más aún, los extranjeros tomaron la iniciativa en el cultivo científico y las plantaciones que pertenecían a los extranjeros generalmente producían cosechas mayores a las producidas por plantaciones pertenecientes a los nacionales. Los extranjeros eran sumamente importantes en el financiamiento de la producción nacional. Los comerciantes y agentes ex-

tranjeros residentes en el país manejaban la mayoría del mercado internacional y también el mercado interno de gran escala. En el siglo xx había ingleses, alemanes, holandeses, estadounidenses, franceses y comerciantes del medio oriente que operaban en Guatemala en un número significativo. Después de 1960, los japoneses también llegaron a tener mucha influencia. Antes de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos tomó el liderazgo en el comercio, mientras que Gran Bretaña cayó luego de Alemania. La guerra desplazó temporalmente a los alemanes, pero se recuperaron durante los años de 1920. La tendencia más consistente en las décadas intermedias a las guerras mundiales, sin embargo, fue el incremento de la participación del comercio del cual gozaban los Estados Unidos. Hasta Honduras Británica llegó a estar más unida a Nueva Orleans que a Jamaica o a Inglaterra. La localización de Belice en la ruta de transporte de banano de Centro América a Nueva Orleans, estimuló nuevas inversiones en la diminuta colonia, lo cual resultó en una nueva actividad económica, a pesar de que en general Belice permaneció deprimentemente pobre.

Los esfuerzos de expulsar a Estrada Cabrera, quien generalmente favorecía los intereses de los Estados Unidos, llevó a una unión diplomática de negocios entre los Estados Unidos y México en 1906. Cuando El Salvador apoyó a los revoluciona-

rios guatemaltecos, estalló la guerra entre los dos países. Luego de que Honduras se unió a El Salvador en el conflicto, el presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, trató sin éxito de terminar la disputa diplomáticamente. Entonces invitó al presidente mexicano Porfirio Díaz a un esfuerzo conjunto para mantener la paz. Costa Rica se unió a México y los Estados Unidos para patrocinar una conferencia dentro del “*U.S.S. Marblehead*”, con la cual todos los estados centroamericanos estuvieron de acuerdo y terminaron las hostilidades, para detener la mala utilización del asilo político y reunirse de nuevo en Costa Rica a trabajar un plan bajo el cual pudieran someter futuras disputas al arbitrio conjunto de los presidentes de México y los Estados Unidos. A pesar de que Nicaragua se rehusó a reconocer el derecho de los Estados Unidos a intervenir en los asuntos centroamericanos, los otros cuatro estados llegaron a acuerdos que formaron una base para una cooperación centroamericana más cercana, aunque no tuvieron éxito total en terminar las desavenencias entre los estados del istmo. La participación mexicana en estos esfuerzos terminó con el derrocamiento de Díaz en 1910 y el prestigio de los Estados Unidos en la región disminuyó luego de su intervención en Nicaragua en 1912 y su continua presencia militar en ese país durante los años de 1930. A pesar de que los Estados Unidos no intervino militarmente en Guatemala, sí hizo sentir su influencia. Especialmente du-

rante el régimen de Woodrow Wilson, las relaciones de Estados Unidos con Guatemala llegaron a ser más turbulentas. La información de que el Departamento de Estado de los Estados Unidos no se opondría al derrocamiento de Estrada Cabrera fue un factor importante en su expulsión del poder en 1920.

Los liberales, quienes dominaban a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, habían sacrificado la libertad política para lograr el progreso material. El orden que los positivistas reclamaban que debería acompañar al progreso se había perdido notablemente en Guatemala. Los dictadores militares, en colaboración con la élite cafetalera e intereses extranjeros, hacían el cambio social sumamente difícil, si no imposible. Los liberales habían llevado a Guatemala fuera de su aislamiento económico y la habían colocado inequívocamente en la corriente principal del neo-colonialismo. El crecimiento conjunto de la economía y modernización de la ciudad de Guatemala y de Quetzaltenango formaron parte de algunas de las metas de los Liberales, pero también aceleraron el crecimiento de los grandes sectores de la clase media, quienes no aceptarían perpetuamente su exclusión del proceso político. Inevitablemente, mientras que estos sectores empezaron a compartir los problemas del crecimiento económico, demandaron mayores privilegios políticos y sociales.

La brecha entre la ciudad y el campo se agrandó, mientras que la capital atraía a aquellos en busca de empleo y alguna ventaja económica. A la par de los edificios modernos, amplios bulevares, monumentos y parques, fábricas y aeropuertos, crecían barriadas en los alrededores de los suburbios y aún dentro de las zonas antiguas de la capital. Como resultado del control de las enfermedades epidémicas, el mejoramiento en el cuidado médico y la correspondiente baja en la mortalidad infantil, llevó a un rápido crecimiento en la población. Atrapados en la revolución de crecientes expectativas, estos nuevos habitantes de la ciudad se unieron a movimientos políticos y sociales. Al negárseles las oportunidades adecuadas para lograr sus metas, se hallaron abiertos a la persuasión de demagogos políticos. Eran testigos omnipresentes del fracaso del modelo de desarrollo positivista para proveer una base general de prosperidad y progreso.

Nuevos y rápidos medios de transporte público —tranvías, luego reemplazados por buses y mini-buses— complementados con motocicletas y automóviles, dieron a la clase media trabajadora y a los profesionales nuevas formas de movilidad y libertad. Los patrones de vida cambiaron. El cuarto de baño interno llegó a ser una de las mayores diferencias entre el estilo de vida rural y el de la ciudad, entre las clases media y baja. Las clases altas proveían una

aparición de cultura y refinamiento en los más tradicionales términos europeos. La naciente clase media idealizaba la cultura material que caracterizaba el sueño positivista, a menudo imitando los más extravagantes aspectos de la vida estadounidense. A través de la expansión de sistemas educacionales y de los medios de comunicación, los hijos de los campesinos, quienes nunca habían estado fuera de las fronteras de Sacatepéquez o Jutiapa, ahora se daban cuenta de la existencia de un mundo más grande, de los eventos en Europa y Norte América, del brillante paraíso en el norte –por lo menos como lo presentaban los cineastas de Hollywood–. Los periódicos de circulación diaria surgieron de forma generalizada desde 1890 en adelante, muchos duraron muy poco tiempo, pero otros lograron popularidad y prestigio. Su circulación era pequeña, pero tenían mucho impacto en el pensamiento de los guatemaltecos. Para mediados de 1920 el líder era *Nuestro Diario*, con una circulación de cerca de 4,000 ejemplares diarios. El recientemente creado *El Imparcial* pronto lo alcanzaría y de la misma forma muchos otros.

El surgimiento de actividades de esparcimiento dentro de los trabajadores de “cuello blanco” y “cuello azul” reflejaba las mejoradas condiciones económicas. El ciclismo, ya importante como medio de transporte, llegó a ser un deporte popular. Los ciclistas competían ya fuera en pistas cerradas o a campo

traviesa sobre la espectacular topografía de Guatemala. La influencia cultural europea y norteamericana se hacía también evidente. El tenis y el polo fueron también populares dentro de los estratos altos, así como eventualmente el golf y el balonpié o soccer el cual fue mucho más popular entre los grupos de clase media, tanto entre los espectadores como entre de los participantes. El interés por las corridas de toros disminuyó y la Plaza de Toros de Guatemala, destruida por el gran terremoto de 1917-1918, nunca fue reconstruida. Siempre hubo corridas excepcionales durante las grandes ferias o celebraciones, pero la actividad perdió la popularidad que tenía en España, Colombia o México. El baseball, introducido a principios de 1880, creció rápidamente después de 1900. El mismo fue activamente patrocinado por programas recreacionales de la United Fruit Company y por personas individuales de las comunidades de negocios y diplomáticas de los Estados Unidos y fue acogido por principiantes. Eventualmente aparecieron las ligas profesionales de baseball. También el basquetbol y el boxeo ganaron simpatizantes, a pesar de que los guatemaltecos, la mayoría de los cuales son bajos de estatura, no obtuvieron muchos logros en competencias internacionales. Más recientemente, las carreras de automovilismo habrían llegado a ser populares. Por otro lado, las peleas de gallos decayeron, así mismo las apuestas sobre las

cuales las peleas habían prosperado continuaron siendo un pasatiempo importante para algunos.

Los periódicos y las revistas, luego la radio y después la televisión contribuyeron a una revolución en el mercadeo y el consumo. Los anuncios, tanto como las noticias y las reseñas deportivas, crearon la necesidad de una mayor gama de productos. La mayoría fueron importaciones de los Estados Unidos o de Europa, pero el creciente mercado creó oportunidades para fabricantes locales. La expansión del consumo del cigarrillo es un ejemplo. Los hombres guatemaltecos y aún algunas mujeres habían fumado cigarros por largo tiempo. A principios del siglo xx, sin embargo hubo un incremento masivo en el consumo del cigarrillo, particularmente entre las mujeres. Los anuncios y la influencia cultural de los Estados Unidos, gradualmente, rompió los tabús hispánicos e indígenas más tradicionales referentes a la libertad de movimiento, sexo y la moral. Más oportunidades de empleo estuvieron disponibles para las guatemaltecas, especialmente en las oficinas de gobierno y de negocios. A la par de estos cambios, las guatemaltecas no lograron obtener los derechos y privilegios que habían ganado las mujeres en países más desarrollados antes de la primera mitad del siglo xx.

Una extensión más amplia en el crédito, fue otro de los aspectos del cambio que se estaba desarro-

llando. A pesar de que Guatemala estaba rezagada y a bastante distancia de los Estados Unidos en lo que respecta a la adopción de planes de crédito abiertos, había una creciente aceptación de las compras a plazos, a través de créditos de parte de comerciantes y bancos, permitiendo de esta forma un mayor consumo, particularmente de aparatos eléctricos y de viviendas. Esto también estimuló a las compañías constructoras, lo cual ayudó a apuntalar el problema de las emergentes poblaciones urbanas. Proyectos de viviendas suburbanas a precios accesibles se desarrollaron alrededor de la capital. Los automóviles y los embotellamientos de tráfico acompañaron a esta centrífuga imitación de las ciudades norteamericanas, particularmente después de la Segunda Guerra Mundial. Eventualmente, Guatemala llegó a tener serios problemas con la contaminación ambiental.

Pero no todos los guatemaltecos disfrutaban la nueva afluencia que acompañaba la emergencia de los grandes sectores de clase media. No solamente las severas deficiencias económicas y sociales persistían, sino que se acrecentaron. En los suburbios urbanos, careciendo de las restricciones morales de las comunidades rurales, el crimen, la delincuencia, las enfermedades venéreas y la tremenda pobreza, llegaron a ser serios problemas. Los servicios de salud fracasaron en solucionar tanto las necesidades psicológicas como fisiológicas de la población.

La pequeña clase alta pasaba bastante tiempo en el extranjero, y no patrocinaba una tradición de desarrollo artístico o cultural que se comparara con las ciudades más grandes de América Latina. Sin embargo, el ambiente cultural y social único de Guatemala era tierra fértil para la poderosa literatura y el arte. Un representante especial de este período fue el prolífico Enrique Gómez Carrillo, a pesar de que eventualmente fuera eclipsado por Miguel Ángel Asturias, quien reflejó los temas guatemaltecos especialmente bien. Asturias llegó a ser mejor conocido por su obra *El Señor Presidente* (1946), la “novela de dictadores” más famosa en Latinoamérica. Otras de sus novelas sobresalientes son: *Leyendas de Guatemala* (1930), *Hombres de maíz* (1949), *Viento fuerte* (1950), *El Papa Verde* (1954), y *Los ojos de los enterrados* (1960), pero también escribió poesías, obras de teatro y artículos periodísticos. Recibió el Premio Nobel en 1967 “por sus vívidos logros literarios, profundamente enraizados en peculiaridades nacionales y tradiciones de los pueblos indígenas”.

Las instituciones gubernamentales servían a los intereses de aquellos que controlaban la economía, a menudo a la cruel dictadura, pero siempre a través de un sistema que contradecía las frases constitucionales y la “retórica de campaña” acerca de la democracia y la libertad. Los jefes políticos mantenían las llaves del sistema y los principales jefes políticos

eran los jefes de Estado. Aquellos que deseaban salir adelante, aprendían el juego de la estafa, la influencia y los contactos de familia. El exceso de abogados y estudiantes de leyes reflejaba el deseo de los sectores de la clase media de prepararse a sí mismos para jugar el juego. Las elecciones arregladas o la intimidación a la oposición aseguraban las posiciones para los jefes. El ejército era el árbitro, que por sí solo tenía el poder de cambiar a los jefes. El profesionalismo dentro del ejército no se extendía a la “no interferencia” en el gobierno. De hecho, la milicia era una de las principales avenidas de la clase media –y ocasionalmente, de las clases bajas– para elevarse a una posición más alta en el país.

Dos nuevos grupos, producto de las reformas liberales, empezaron a aparecer a principios del siglo xx y harían el panorama político más complejo: los trabajadores urbanos organizados y los estudiantes universitarios. Estrada Cabrera visualizó la organización de los trabajadores como subversiva a los intereses del crecimiento del capital, a la paz y el orden. Suprimió las huelgas y las demostraciones laborales con la fuerza armada, mientras una legislación futurista a ojos de los comerciantes, fabricantes e inversores extranjeros reprimía los derechos de los trabajadores. Pero también la clase urbana trabajadora representaba solamente a un pequeño porcentaje de la totalidad de la fuerza laboral en Guatemala, su

concentración en la capital la hizo más importante políticamente que los empobrecidos campesinos de las áreas rurales. Previo a 1920, las débiles organizaciones ejercían poca influencia, pero después de la caída de Estrada Cabrera una atmósfera política más libre, por lo menos temporalmente, le permitió llegar a ser más efectiva. Las organizaciones laborales llegaron a ser identificadas con el marxismo rápidamente y el primer Partido Comunista de Centroamérica apareció en Guatemala en 1924, demandando una mejor legislación en materia de trabajo. El ejemplo de la Revolución mexicana fue un poderoso modelo para los líderes de los trabajadores guatemaltecos, visualizando mejorar ambos; las condiciones de trabajo y poder influenciar a los políticos de ese período. Para la época de la Gran Depresión, los trabajadores urbanos constituían una fuerza insipiente, identificada por su cercanía al marxismo internacional.

Los estudiantes universitarios también llegaron a ser una fuerza para 1920, como un resultado natural del énfasis que los liberales habían puesto en la educación. La reorganizada Universidad de San Carlos de Guatemala, se convirtió en una institución esencial de la clase media en el siglo xx. Unos cuantos estudiantes eran hijos de trabajadores urbanos, pero la mayoría venía de familias de profesionales o adinerados. Los acaudalados generalmente envia-

ban a sus hijos al extranjero a obtener una educación superior. La educación universitaria vastamente sobrepasaba las expectativas de la clase media, también les llevó una visión más clara de las deficiencias, desigualdades e injusticias de la sociedad guatemalteca. Además las revoluciones mexicana y rusa, presentaron alternativas ideológicas a los estudiantes en busca de respuestas para los problemas sociales de Guatemala. Las reformas universitarias empezaron en Córdoba, Argentina, en 1917 e impactaron a la Universidad de San Carlos. Estas reformas llevaron a los estudiantes más cerca de la administración y pronto demandaron el reconocimiento de la autonomía universitaria. El resultado fue que la universidad se tornó más politizada. Era un foro para la política nacional y literalmente, un campo de batalla algunas veces. De las filas de estos estudiantes e intelectuales saldrían nuevos políticos y líderes laborales, periodistas influyentes y diplomáticos para liderar la revolución social. No todos eran izquierdistas, sin embargo, el fascismo atrajo a algunos.

Pero tendían a estar de acuerdo en que Guatemala necesitaba un gobierno planificado con una economía dirigida, ya fuera bajo un sistema socialista o bajo uno dirigido por el capitalismo. Intentando identificar su propia herencia cultural y política, asumieron actitudes hostiles hacia los extranje-

ros que dominaban Guatemala. Su nacionalismo a menudo se transformaba en resentimiento, miedo, frustración y un sentido de inferioridad que algunas veces era violento. Sus efectos en otros sectores de la población fueron contagiosos.

No obstante el incremento en el énfasis de la educación, Guatemala permaneció siendo uno de los países más iletrados de las Américas. El sector de la educación pública era especialmente débil, con escasez de libros y maestros, y plagado de maestros poco imaginativos y sin contacto con los métodos pedagógicos internacionales, con honrosas excepciones. Las escuelas dirigidas por diplomáticos extranjeros y comunidades comerciales —estadounidenses, alemanas, francesas, italianas, etc.— ofrecían la mejor educación y los niños a quienes sus padres se las podían pagar asistían a éstas. La Iglesia, una vez tan importante en lo que respecta a educación, tenía un papel muy secundario, pero no desapareció del todo. Continuó siendo una importante fuerza moral en algunas comunidades rurales y dentro de las clases acaudaladas en las ciudades. Las cofradías indígenas continuaron siendo importantes localmente, pero sus lazos con la Iglesia crecieron tenuemente mientras que los sacerdotes temían por sus vidas. En algún grado, el retorno a las iglesias llegó a ser un símbolo de estatus entre la naciente clase media. Incrementándose el número de misioneros protes-

tantes que proveían beneficios educacionales y de salud en algunas áreas, pero su influencia era local y no trajo un cambio general.

Mientras que el cambio en la capital era obvio, la vida rural a principios del siglo xx en Guatemala, permanecía de la misma manera que había sido durante el siglo anterior. Los métodos de cultivo cambiaron muy poco, excepto por las mercancías de exportación en donde el café y el banano recibían atención científica. El gobierno cooperaba con los terratenientes para mantener una mano de obra dócil y muy barata. Los trabajadores agrícolas fueron tremendamente explotados. Considerando que la clase media se estaba haciendo notar en la ciudad, este fenómeno no ocurría en las áreas rurales.

El colapso de las economías capitalistas occidentales en 1929 tuvo diferentes repercusiones en Guatemala. La violencia acompañó a las demostraciones y huelgas de los trabajadores. Una débil tendencia se orientó hacia el proceso democrático durante los años de 1920 y obtuvo un fuerte impulso como resultado de las privaciones que acompañaban a la Gran Depresión de 1929. El general Jorge Ubico Castañeda se convirtió en el dictador militar en 1931 y etiquetó todos los intentos por lograr reformas sociales como “comunistas”. Lidió brutalmente con cualquiera que se opusiera a su mandato, pero la inhabilidad

del gobierno para manejar los problemas económicos llevó a las élites a tener más fe en los regímenes autoritarios. Muchos se sintieron atraídos por los ejemplos fascistas de España e Italia. El temor a la agitación comunista causó que la élite se cuestionara acerca del liberalismo democrático, permitiéndole a Ubico la construcción rápida de una dictadura. Electo libremente en 1931, se movió rápidamente para restaurar la paz y el orden, colocando la mayor parte de la autoridad del gobierno dentro del ejecutivo. En 1932 lanzó una guerra sucia en contra de los comunistas. Ordenó que diez de ellos fueran ejecutados, incluyendo a Juan Pablo Wainwright, un organizador comunista que había dirigido una huelga de trabajadores de la UFCO. Varios refugiados del fallido levantamiento izquierdista de ese año en El Salvador, sufrieron encarcelamiento. La depuración alcanzó su máximo punto en 1934, cuando Ubico descubrió y aplastó sin misericordia un complot en su contra. Una ola de asesinatos, ejecuciones, encarcelamientos a largo plazo y exilios removió a la oposición. La Revista *Time* citó a Ubico diciendo: "No tengo amigos, solamente enemigos domesticados". La campaña destruyó al Partido Comunista. Aquellos líderes que no fueron asesinados, huyeron del país o permanecieron escondidos. Otros partidos de oposición fueron neutralizados efectivamente de la misma forma. Los organizadores de los trabajadores sufrieron similar suerte. El gobierno desvaneció las

uniones de comercio y ejecutó o exilió a sus líderes. Una organización de trabajadores izquierdista continuó operando clandestinamente, pero para 1940 no era más que un despojo de la organización, con la mayoría de sus líderes exiliados en México o en El Salvador. Reelegido periódicamente en elecciones controladas, Ubico llegó a ser uno de los dictadores clásicos centroamericanos derechistas de los años de 1930. Oficialmente “liberal”, pero pareciéndose más al fascismo de España, Italia y otros dictadores Latinoamericanos de la época.

Silenciada la oposición, Ubico estabilizó la economía. Su gobierno fue eficiente y mejoró en gran manera el crédito de Guatemala, principalmente debido a que se otorgaron concesiones favorables a los extranjeros, particularmente a las compañías estadounidenses y las alemanas. A pesar de que las políticas de Ubico reconstruyeron el tesoro nacional y el crédito en el extranjero, éstas no hicieron mucho por los trabajadores comunes y corrientes. Grandes proyectos públicos de trabajo empleaban fuerza de trabajo forzada, mientras que los extranjeros gozaban de privilegios desconocidos para la mayoría de los guatemaltecos. Simbolizando el enfoque de su gobierno, en 1934 Ubico transfirió el Departamento de Trabajo del Ministerio de Desarrollo a la supervisión de la Policía Nacional. Las condiciones de trabajo se deterioraron y los salarios decayeron aún más.

Por medio de la demagogia y el “clientelismo”, Ubico cultivaba el apoyo de los trabajadores agrícolas. Su maquinaria política recaía en el ocasional apoyo popular de los indígenas. Redujo el poder de los terratenientes sobre los campesinos aboliendo la servidumbre por deudas, mientras que al mismo tiempo incrementó el control del gobierno sobre los trabajadores. Una Ley de Vagancia aseguró la mano de obra para los dueños de las plantaciones, y los jefes políticos de Ubico pudieron controlar la fuerza de trabajo para que también pudiera ser utilizada en los proyectos del gobierno, aunque esto significara el intimidar aún a los terratenientes. La creciente presión por parte de las organizaciones internacionales finalmente logró que se estableciera una Ley del Salario Mínimo en julio de 1943, pero se duda que esto haya cambiado mucho las cosas. El nivel real de vida para los guatemaltecos del área rural permaneció deplorablemente bajo.

Ubico, unos pocos guatemaltecos y algunos extranjeros obtenían beneficios generosos y guardaban su dinero en bancos de los Estados Unidos o en Europa. Un batallón de una harapienta Policía Nacional mantenía el orden en cada pueblo bajo las órdenes del superintendente o del gobernador departamental. Un eficiente servicio secreto, bajo la dirección de Roderico Anzueto, mantenía al dictador informado de los posibles complots o de la resistencia organi-

zada. Anti-intelectual y temeroso de la innovación, Ubico prohibió la discusión de los problemas de Guatemala o de su estructura social. Las mejoras materiales, las nuevas carreteras y las victorias diplomáticas en disputas sobre las escasamente pobladas áreas de las fronteras eran triunfos relativamente menores cuando solamente unos cuantos podían gozar de sus beneficios.

El desarrollo liberal de Guatemala había continuado casi sin tregua desde 1871, pero pronto terminaría. Los liberales habían alcanzado una considerable modernización, aunque Guatemala aún estuviera rezagada detrás de la mayoría del resto de Latinoamérica en el desarrollo social y económico. Pero las clases media y trabajadora habían sido despertadas y estaban comenzando a desafiar el dominio exclusivo de las políticas de la oligarquía. La oligarquía misma se había tornado más y más hacia los militares para que éstos protegieran su nivel privilegiado. Esto le permitió al Ejército llegar a ser una institución poderosa para su propio beneficio.

7



Juan José Arévalo Bermejo
1904-1990

DIEZ AÑOS DE PRIMAVERA

CAPÍTULO VII

Diez años de primavera

Cambios significativos habían empezado a ocurrir en Guatemala antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial. La clase media y la trabajadora habían empezado a participar en la sociedad, estableciendo alteraciones permanentes en los patrones de gobierno. Mantener la dictadura de Ubico requería una creciente represión debido a los signos de inestabilidad. La oposición activa salió a la luz en 1941, cuando los estudiantes universitarios apoyaron al único miembro de la Asamblea Nacional que se atrevió a votar en contra de la extensión del período presidencial de Ubico hasta 1949. Más tarde, los estudiantes se tornaron más intrépidos y empezaron a manifestarse en apoyo a las demandas por cambios en la administración universitaria. Un grupo compuesto preliminarmente por estudiantes de Derecho, que se llamaban a sí mismos *Esquilaches* (aparentemente en referencia al levantamiento de 1766 en Madrid), se reunían secretamente para atentar en contra del régimen. Dirigidos por Mario Méndez Montenegro, los Esquilaches incluían a varios hombres quienes protagonizarían más tarde los mayores papeles de liderazgo: José Manuel Fortuny, Jorge Luis Arriola,

Manuel Galich, Julio César Méndez Montenegro y Mario Efraín Nájera Farfán.

A pesar de su sentimiento pro-germánico, Ubico se había oportunamente integrado a la alianza con Estados Unidos, declarando la guerra en contra de los poderes fascistas. Cooperó con los agentes norteamericanos en la reducción de la influencia y el poder económico de los alemanes, que se extendió al grado de confiscar las propiedades de los germanos y a la detención y envió a los sospechosos de simpatizar con los nazis a los campos de concentración en Estados Unidos. La propaganda anti-fascista —incluyendo la Carta Constitucional del Atlántico y la alianza en tiempo de guerra con la Unión Soviética—, ingresó al país afectando la posición de Ubico, especialmente en la capital. En 1942 los trabajadores guatemaltecos y los estudiantes universitarios realizaron demostraciones de simpatía hacia el levantamiento salvadoreño en contra del dictador liberal Maximiliano Hernández-Martínez. Cuando, dos años después, Hernández salió de El Salvador y buscó exilio en Guatemala, hubo aun más grandes manifestaciones de protesta. Aquí se encontró el inicio de la alianza entre los estudiantes, los oficiales del ejército y los trabajadores que finalmente expulsaron a Ubico. La aceptación espontánea del liderazgo estudiantil caracteriza la oposición a Ubico por parte de los trabajadores urbanos. Además, el recono-

cimiento tardío por parte de Ubico del alto costo de la vida fue inadecuado, la Ley de Salario Mínimo de 1943 fue meramente un gesto y quedó lejos de poder ganar el apoyo de los trabajadores urbanos. Estos continuaron realizando manifestaciones.

Ubico respondió otorgando un aumento del 15% al salario de todos los trabajadores del gobierno, que en el momento ganaban US\$150.00 (ciento cincuenta dólares) o menos al mes. Esta medida posiblemente ganó la lealtad de los trabajadores del gobierno, pero disgustó a otros, quienes no recibieron el correspondiente aumento. El 22 de junio de 1944, acusó a los estudiantes de promover ideas nazi-fascistas, retiró las garantías constitucionales, y reforzó el gobierno militar en todo el país. Esta acción encaminó inmediatamente a paros que llevaron a la renuncia de Ubico.

Mientras los trabajadores y los estudiantes batallaban con la policía en las calles, Mario Nájera Farfán guió a un grupo de profesionales a la formación secreta del Partido de Renovación Nacional (PNR). Ellos acordaron apoyar al exiliado Juan José Arévalo Bermejo para la presidencia del país. Durante el mismo tiempo un grupo de estudiantes universitarios fundaron el Frente Popular de Liberación (FPL) y se unieron a la cruzada en contra de Ubico, reclamando la adherencia del 85% de los estudiantes ins-

critos. Un tercer partido, el Social Demócrata (PSD), más tarde resultó de una facción separada del FPL. Estas facciones políticas tenían en común su deseo de terminar la dictadura y reemplazarla con un gobierno de igualdad social y civil, en el cual se modernizarían las instituciones, integrando a los indígenas, incentivando el crecimiento de los movimientos laborales y de campesinos y previendo una innovadora legislación social y el crecimiento económico.

Los trabajadores del ferrocarril pararon el transporte del país el 26 de junio. Más trabajadores se unieron a lo que se convirtió en un paro general. Ubico capituló el 1 de julio de 1944, entregando el poder a un triunvirato de oficiales encabezado por Federico Ponce Vaides. La decadente salud de Ubico indudablemente contribuyó a su decisión de retirarse. En busca de cuidados médicos modernos, viajó al exilio en Nueva Orleans, donde murió dos años después.

El general Ponce, quien tenía mala reputación debido a su crueldad, era potencialmente tan dictador como Ubico, pero la fuerza de la opinión pública lo obligó a restaurar las garantías constitucionales, prometer elecciones generales en noviembre y permitir la existencia de partidos políticos y organizaciones de trabajadores, como condición para la restauración de la economía. Ponce no cedió fácilmente

a futuras demandas. Acuarteló un destacamento de jinetes indígenas armados con machetes en las afueras de la capital, como “prueba” de que su gobierno tenía el apoyo del área rural. Estas tropas disolvían efectivamente las demostraciones masivas. La prensa se había vuelto más intrépida con respecto a su criticismo acerca del gobierno, una vez que Ubico fue expulsado, pero el 1º de octubre agentes policiacos, se reportó que bajo órdenes de Ponce, asesinaron a Alejandro Córdova, el respetable fundador y director del mayor diario de Guatemala, *El Imparcial*. La violencia se desató. Entonces, antes del amanecer el 20 de octubre, 70 estudiantes y trabajadores tomaron la fortaleza de la Guardia de Honor y de allí distribuyeron armas a otros estudiantes y trabajadores. Para la salida del sol, los revolucionarios estaban en control de la ciudad, excepto por el recientemente construido (1942) y bien defendido Palacio Nacional, el cual amenazaron con bombardear con artillería. El cuerpo de diplomáticos extranjeros ayudó a organizar un nuevo gobierno, el cual fue instalado a las 5 de la tarde de ese mismo día. La junta revolucionaria estaba integrada por el capitán Francisco Javier Arana, el capitán Jacobo Arbenz Guzmán y Jorge Toriello Garrido (un comerciante prominente), quienes gobernaron hasta el 15 de marzo de 1945, cuando el doctor Juan José Arévalo Bermejo, electo en una victoria aplastante en diciembre de 1944, tomó posesión.

Arévalo, quien había estado enseñando filosofía en Argentina, proyectaba una ideología política a la que llamaba “socialismo espiritual”. No ignoró los asuntos materiales, pero enfatizó en la dignidad del hombre, la independencia nacional y la libertad del espíritu. “Nuestro socialismo apunta a liberar psicológicamente al hombre, para que regrese a su integridad psicológica y espiritual de la cual ha sido privado por el conservadurismo y el liberalismo.” Esta doctrina de liberación psicológica y moral significaba para Guatemala un programa de reforma que desafiaría a la oligarquía y a la dominación extranjera. En su discurso inaugural, Arévalo anunció una política de simpatía por el trabajador y el campesino. “Daremos valor cívico y legal a todas las personas que viven en esta República”, declaró. Más aún, las escuelas en lo sucesivo “llevarán no solamente higiene e instrucción”, sino también “la doctrina de la revolución”.

La caída de Ubico abrió el camino para el regreso de los exiliados y de los extranjeros que tenían influencia en la organización de uniones laborales y facciones políticas. Estos infundieron un tono izquierdista al movimiento laboral. Bajo el liderazgo del joven y dinámico Víctor Manuel Gutiérrez, los maestros sindicalizados llegaron a ser la llave del control comunista de los trabajadores urbanos y para la formación de la Central de Trabajadores

Guatemaltecos (CTG) en 1944. La CTG se afilió a la Confederación de Trabajadores Latinoamericanos (CTAL) y para 1950 los líderes socialistas estaban bien establecidos en los sindicatos de comercio en Guatemala. La central de la CTG se convirtió en un centro para el regreso de los exiliados y para organizadores laborales extranjeros, quienes ayudaron a entrenar y organizar a líderes labores de Guatemala. Para agosto de 1944 los comunistas habían ya formado el Partido Vanguardia Nacional, el cual se reunió secretamente hasta 1949 cuando públicamente se convirtió en el Partido Comunista Guatemalteco (PCG).

El nuevo estatus de los trabajadores encontró su expresión en la Constitución de 1945, un moderno documento diseñado con mucha similitud a la Constitución mexicana de 1917. Un nuevo Código de Trabajo garantizaba a los trabajadores el derecho de organizarse y el derecho de huelga, el pacto colectivo, salarios mínimos y una larga lista de otros beneficios tangibles. Requería que los patronos proveyeran viviendas adecuadas, escuelas y cuidado médico para los trabajadores y el pago de indemnizaciones equivalentes a un mes de salario por cada año de empleo a cada trabajador despedido sin causa justa. Este código también definía las responsabilidades para la regulación de los sindicatos, el desarrollo de las cooperativas y la vivienda a bajo costo, arbitrio en disputas laborales, incluyendo el establecimiento

de Tribunales de Trabajo. Un grupo político de acción (CNUS) que provenía de la CTG, logró acelerar el porcentaje de las reformas sociales comprometiendo al gobierno con los objetivos de las organizaciones laborales ya fueran urbanas o rurales. Los Tribunales de Trabajo, casi siempre emitían sus decisiones a favor de los trabajadores con base en la cláusula del Código de Trabajo en la que se establecía que: “El interés público prevalece ante el interés privado”.

El derrocamiento de la dictadura liberal también representó un cambio generacional. Los revolucionarios —estudiantes, profesionales, líderes laborales y oficiales del Ejército— eran en su mayoría jóvenes que estaban en contra de los oficiales antiguos y de los políticos liberales que habían rodeado a Ubico. Arévalo y el nuevo Congreso Nacional reflejaban la victoria de la juventud en la Revolución y rápidamente avanzaría una legislación revolucionaria desinhibida por el apremio de la tradición o por intereses protegidos por la ley.

Respaldado por porciones sustanciales de las clases media urbana y baja, Arévalo impulsó un programa que prometía cambios estructurales. La nueva Constitución dio el poder a todos los hombres y mujeres que supieran leer y escribir, mayores de edad, para votar. Esto abrió el camino para un mejor auto-gobierno a nivel local, reemplazando el

control centralizado de la era liberal. Un programa educacional más extenso, atacando al sorprendente 75% de analfabetas que existían en el país, mientras el gobierno, a través de mejoras en los servicios de salud y control de enfermedades, trataba de disminuir los inmensos problemas sanitarios. En octubre de 1946 el gobierno de Arévalo estableció el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS), que proveía compensación para los trabajadores e inició un sistema de seguridad social y cuidado médico. El Instituto Nacional de Fomento y Producción (INFOP) trabajó para expandir la productividad, particularmente en pequeñas industrias manufactureras o de producción, otorgando créditos y asistencia técnica. La discusión de reformas agrarias siguió a las reformas urbanas, pero el gobierno de Arévalo no se movió muy lejos en esta dirección, sabedor del poder de los intereses del café y del banano.

El apoyo de Arévalo a los trabajadores y campesinos y su “mano suave” para los comunistas le llevó a un conflicto directo con los defensores del orden anterior –los dueños de plantaciones y los inversionistas extranjeros, quienes temían perder sus ventajas que habían estado seguras bajo el gobierno de Ubico. Ellos creían que el Estado benefactor, los sindicatos, los salarios elevados, la seguridad social y los impuestos aumentados terminarían con la economía– y más precisamente con sus intereses.

La Iglesia católica apostólica y romana también se convirtió en enemiga de la Revolución guatemalteca. Con el poder de la Iglesia aparentemente diseminado, Ubico había puesto a descansar el anti-clericalismo de sus predecesores y permitió a la Iglesia recobrar un poco de su fuerza anterior, sin una reversión formal de las restricciones sobre las actividades de los clérigos impuestas en la Constitución de 1879. Los clérigos católicos esperaban que con el derrocamiento de Ubico se les podría ofrecer una oportunidad para restaurar los derechos y privilegios de los que habían gozado antes de la Reforma Liberal, pero los líderes de la Revolución de 1944 rápidamente dejaron claro que ellos no tenían intención de revertir las reformas liberales en lo que concernía a la Iglesia católica. La llegada de muchos sacerdotes españoles, por la reciente Guerra Civil Española de los años de 1930, reforzó el carácter conservador de los clérigos guatemaltecos. En 1944 un cuarto de los 273 sacerdotes de las parroquias de Guatemala eran españoles. Ubico también permitió a los misioneros mercedarios expulsados de China que vinieran a Guatemala en 1943, a pesar de que les prohibió que se involucraran en actividades políticas. Sin embargo, los mercedarios, más tarde llegarían a representar un elemento progresivo en el catolicismo guatemalteco. Bajo el régimen de Ubico también regresaron a enseñar en escuelas privadas las monjas y los sacerdotes. Otros clérigos

se involucraron en la educación y los hospitales de los indígenas. Estas acciones, tanto como el permitir la utilización de la vestimenta religiosa en público, claramente violaba la Constitución de 1879. Ubico desarrolló una cordial relación con el hermético y conservador arzobispo Mariano Rossell y Arellano, en contraste con las expulsiones del alto clero que habían ordenado anteriormente los presidentes liberales. Rossell mismo había sido enviado al exilio en 1922 con el arzobispo Luis Javier Muñoz y Capurón, de quien había sido secretario. En los años de 1930, sin embargo, Ubico y Rossell compartieron su odio contra el comunismo, así como el respeto por el dictador español, general Francisco Franco. Ubico se había beneficiado de la propaganda fascista de los españoles en Guatemala, pero después de 1944 la Iglesia pagó un precio por su cercana asociación con los españoles falangistas.

Luego de la elección de Arévalo, las publicaciones católicas prontamente criticaron al nuevo presidente, especialmente después de que la nueva Constitución mantuvo las provisiones en contra del clero establecidas en la Constitución de 1879. Un nuevo periódico Católico, *Acción Social Cristiana*, del 1º de febrero de 1945 en adelante, llevó a cabo una campaña hostil en contra del gobierno y la Revolución, identificando al gobierno con los comunistas. Una estación de radio católica, más tarde, complementa-

ba lo anterior y emitía ataques similares a los de la prensa católica. A pesar de que Arévalo proclamó la libertad de prensa, su gobierno eventualmente cerró la radio católica y sus medios escritos, acusándolos de promover mentiras entre la población iletrada. El arzobispo Rossell Arellano dirigió el ataque y se tornó en el símbolo de la oposición de la Iglesia en contra de Arévalo y la Revolución, refiriéndose a la Constitución de 1945 como “comunista”. El descendente número de sacerdotes en el país, sin embargo, reflejaba la debilidad de la posición de la Iglesia. Muchos de los españoles dejaron Guatemala después de 1945, así que para 1949 había solamente 130 sacerdotes en todo el país.

Algunos oficiales del Ejército creían que solamente una administración militar podría gobernar efectivamente el país. Muchos oficiales jóvenes habían apoyado la Revolución, pero otros aún estaban atados a la élite cafetalera. Más aún, los esfuerzos de Arévalo para controlar a los militares, incluyeron la suspensión de ascensos al grado de general, lo cual trajo el descontento entre los oficiales de mayor rango en el Ejército, habiendo sucedido veintidós levantamientos militares durante sus cinco años en el poder. La lealtad del jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Francisco Javier Arana, había sido vital para la sobrevivencia del gobierno de Arévalo, pero para 1948 Arana estaba realmente identificado con el “ala

derechista” de la política nacional. En noviembre de ese año el Congreso lo censuró formalmente por conspirar al interferir con las elecciones de este alto organismo de Estado. Arana negó el cargo, pero para mediados de 1949 Arévalo sospechó que Arana estaba involucrado en un complot en su contra. Arana era el principal rival del ministro de la Defensa, Jacobo Arbenz, para optar a la Presidencia en las cercanas elecciones de 1950. La Constitución prohibía la reelección. Luego de consultar con Arbenz, Arévalo ordenó arrestar a Arana. No se sabrá nunca con certeza si, el 18 de julio, cerca de Amatitlán, la policía de Arévalo estaba solamente intentando arrestar a Arana y le mataron cuando este trató de huir, como se reclamó en su momento, o si este fue un asesinato deliberado. En cualquier caso, la conspiración aparente entre Arévalo y Arbenz para eliminar al conservador Arana, dejó el camino abierto para la elección de Arbenz al año siguiente.

Un nuevo levantamiento militar siguió a su muerte. El gobierno repartió armas a algunos trabajadores y esto ayudó grandemente a la supresión de la revuelta, pero el ejército permaneció como la principal amenaza para el gobierno. Particularmente, muchos oficiales leales a Francisco Javier Arana y que desde este momento no dejaron de conspirar en contra de la Revolución, ayudados económicamente

por los Estados Unidos a través del Departamento de Estado.

En el otro extremo, un pequeño pero militante grupo de estudiantes, editores y otros intelectuales querían una revolución social menos conflictiva. Los comunistas temían que el programa de Arévalo, a pesar de que coincidía con el de ellos en algunos aspectos, podía que no tuviera fuerza para llenar los requerimientos de los conceptos marxistas y que quizá pudiera ser una amenaza para el establecimiento de su propio partido como único líder del proletariado. Mientras las elecciones de 1950 se acercaban, los comunistas realizaron su propaganda más abiertamente. Guiados por José Manuel Fortuny, diecisiete comunistas se retiraron del Partido de Acción Revolucionaria (PAR) de Arévalo y empezaron a publicar un diario pro-comunista: *Octubre*. Arévalo, ansioso de no perder su apoyo moderado, respondió con líneas más severas hacia los comunistas, pero la presencia de estos en posiciones clave de los órganos del gobierno les dio una gran ventaja. Muchos trabajaban en el gabinete de información del gobierno. Otros habían sido directores de la Junta de Directores de la estación de radio del gobierno desde 1946. El diario oficial de gobierno, *Diario de Centro América*, reflejaba las tendencias izquierdistas y en 1949 Alfredo Guerra Borges, uno de los periodistas líderes del país y miembro del Comité Ejecutivo del

Partido Comunista, llegó a ser su editor. El semi-oficial *Nuestro Diario*, también estaba dirigido por los comunistas en 1948.

Arbenz era miembro del Partido Nacional Revolucionario –al cual se unió con el PAR, el FPL, el Partido Revolucionario Unión Nacional (PRUN) y los comunistas– presentando una coalición unida (Unidad Nacional) de partidos moderados e izquierdistas. La principal oposición vino de los partidos conservadores, Redención Nacional y la Unión Anti-Comunista, en apoyo al anterior director de Obras Públicas de Ubico, general Miguel Ydígoras Fuentes, quien también recibió la aprobación del arzobispo Rossell. El gobierno apenas permitió una campaña libre, aunque a Arbenz le hubiera ganando una elección libre. Una orden gubernamental de arresto, forzó a Ydígoras a huir. Arbenz ganó con una sorprendente mayoría de votos.

Bajo la dirección de Arbenz, Guatemala se movió rápidamente hacia la “izquierda” y profundizó una relación amistosa con la Unión Soviética. En un esfuerzo para agrandar el apoyo popular y sobrellevar las diferencias entre los simpatizantes de Stalin y los guatemaltecos nacionalistas, los comunistas reorganizaron en Guatemala el Partido Guatemalteco de Trabajo (PGT) en 1952. Este partido promovía las organizaciones populares que presionaban al gobierno

en favor de la Reforma Agraria, el cooperativismo y las políticas que criticaban la intervención de los Estados Unidos en Corea y alababan los logros de la reforma agraria mexicana, y esta llegó a ser la pieza central de la administración de Arbenz a principios de 1952. A pesar de que las políticas visualizaban el apoyo al campesinado, el gobierno en realidad se concentró en las vastas propiedades cultivadas de banano, las cuales estaban en manos de extranjeros, en lugar de enfocarse en las fincas de café que pertenecían a propietarios nacionales, las cuales estaban localizadas en el altiplano occidental. El solo concepto de la redistribución de la tierra, sin embargo, sembró temor entre los terratenientes guatemaltecos y los hizo oponerse más activamente a las reformas revolucionarias.

Mientras que la oposición crecía en contra de Arbenz, los trabajadores urbanos eran la fuente primaria de su poder. Los sindicatos de trabajadores y otras organizaciones masivas atacaban a la oposición, primero con propaganda, más tarde con otras tácticas más violentas. Aquellos considerados enemigos del gobierno sufrían; arrestos, encarcelamiento, tortura y asesinatos. Hubo incremento en los ataques en contra de centros de actividad anti-comunistas por parte de delincuentes comunes. Esta clase de acciones “paramilitares” en apoyo al gobierno no eran nuevas en la historia de Guatemala, y las mismas no

terminarían en el gobierno de Arbenz, pero si terminaron por desacreditar las metas democráticas que había proclamado la Revolución.

Los comunistas se dieron cuenta de que el ejército, en su mayoría no-comunista y sumamente perspicaz acerca de Arbenz, era el principal obstáculo para profundizar los alcances de la Revolución de Octubre. Arévalo había armado a algunos trabajadores durante la insurrección de 1949. En 1952, mientras que la tensión se propagó al aprobar la Ley de Reforma Agraria (Decreto 900), los izquierdistas se inclinaron por la formación de “brigadas de defensa” las cuales portarían armas y estarían conformadas por el movimiento de trabajadores. El gobierno se rehusó a la formación de éstas, pero temeroso de la intervención extranjera que se llevo a cabo en 1954, los líderes de los trabajadores insistieron en esta idea. El joven Ernesto (“Che”) Guevara, que había llegado recientemente a Guatemala y estaba empleado en el Departamento de Reforma Agraria, enfatizó en el hecho de que los sindicatos de trabajadores deberían de ser armados inmediatamente, pero Arbenz, quien eran un miembro del ejército, se mostraba reacio. El temor del ejército por tal acción era la causa principal para repudiar a Arbenz durante la subsecuente invasión. Arbenz había reducido los gastos del ejército en un 10% en el presupuesto nacional. Lo cual había sido un 17% bajo el gobierno

de Ubico. Las uniones de trabajadores, controladas por los comunistas, también jugaban un papel fuera de las fronteras guatemaltecas y el PGT era el centro de propaganda y agitación en los estados vecinos. El periódico *Octubre*, reflejaba una identificación de intereses ente los trabajadores guatemaltecos y los demás centroamericanos. Así en 1954, los trabajadores guatemaltecos se unieron a los hondureños en una huelga en contra de la United Fruit Company, en la costa norte de Honduras. Los sindicatos de trabajadores guatemaltecos, también ayudaron a los trabajadores salvadoreños en sus acciones laborales.

Aunque en 1954, Guatemala no era un Estado socialista o comunista. Arbenz mismo no profesaba abiertamente el comunismo, a pesar de esto su esposa la salvadoreña María Cristina Villanova, tenía mucho ascendiente sobre su esposo y sus amigos comunistas podían tener acceso fácil al presidente. Además estos se mantenían en posiciones clave en las tres ramas del gobierno, el cual había empezado a expropiar grandes porciones de tierra, particularmente algunas pertenecientes a la United Fruit Company. La implementación de la Ley de Reforma Agraria, había iniciado una reestructuración de la vida económica, social y política de Guatemala, pero estaba lejos de ser completada. Guatemala aún permanecía como un país fundamentalmente capitalista. Las reformas de la Revolución guatemalteca,

lejos de tener como meta el establecimiento de un régimen comunista, habían visualizado desarrollar un capitalismo más moderno, el cual incluía beneficios e incentivos sociales para toda la población. La Revolución de Octubre, sin embargo, era también nacionalista y elevó los sentimientos en contra de los extranjeros que habían estado oprimiéndolos durante casi un siglo de gobiernos liberales.

Los discursos de los delegados guatemaltecos a las Naciones Unidas, así como los mensajes oficiales del gobierno de Guatemala, sugerían que, en lo que correspondía a política exterior, Guatemala se había convertido en 1954 en un virtual aliado de la Unión Soviética. La UFCO había estado criticando activamente al gobierno “rojo” de Guatemala desde finales de 1940, convirtiendo el asunto en los Estados Unidos en un asunto de Estado. Cuando los exiliados guatemaltecos en Honduras, ayudados por el Cuerpo de Marineros de los Estados Unidos y los consejeros de la CIA, invadieron el país, el ejército guatemalteco se rehusó a defender al gobierno, precipitando la crisis. Más tarde, los revolucionarios en Cuba y Nicaragua aprenderían de la experiencia guatemalteca, la importancia de eliminar a las fuerzas armadas del orden antiguo y a reestructurar la sociedad tan pronto como fuera posible con una fuerza armada leal. A pesar de la elevada oposición no hubiera sido posible que el gobierno de Arbenz cayera, de no haber sido

por la deserción de la mayoría de los militares. De acuerdo con documentos desclasificados recientemente, la mayoría de los mandos superiores del ejército guatemalteco estaba a sueldo de los agentes de la CIA y el Departamento de Estado.

Guatemala demostró cuán lejos una pequeña república podía desafiar la hegemonía de los intereses económicos de los Estados Unidos. Los derechistas –incluyendo al embajador de los Estados Unidos en Guatemala, Richard Patterson–, habían advertido acerca de las tendencias marxistas del gobierno de Arbenz, pero la administración Truman se mantuvo “medio atenta” a Guatemala. a pesar de esto en febrero de 1952 autorizó a la CIA a planear operaciones encubiertas en el país.

Mientras tanto, las inversiones y los beneficios de los estadounidenses en el país, crecieron rápidamente luego de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de las actividades de los comunistas y otros izquierdistas, las prácticas del gobierno de Arévalo no parecían amenazar esos intereses seriamente. Aún durante los primeros dos años del régimen de Arbenz existió poca preocupación por parte de los Estados Unidos. Sin embargo, invirtió muchos dólares comprando voluntades a todo nivel en Guatemala, además de planificar cuidadosamente la intervención de 1954.

Con la administración de Eisenhower, sin embargo, y con John Foster Dulles como secretario de Estado, repentinamente Washington se tornó sutilmente preocupado del desafío comunista en Guatemala. Dulles tenía conexiones cercanas con la United Fruit Company. Las políticas pro-trabajadores de Arbenz también amenazaban otros intereses comerciales. Notablemente a la Pan American World Airways. Luego de que el gobierno guatemalteco expulsara al embajador Patterson, en marzo de 1950, por entrometerse en los asuntos internos de Guatemala, Truman nombró a Rudolph Schoenfield como representante de los Estados Unidos. Schoenfield fue también un duro crítico de Arbenz, pero en 1953 el nuevo presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower, nombró a John E. Peurifoy como embajador. Dulles creyó que Peurifoy, quien también criticaba al gobierno de Guatemala, estaba mejor entrenado para participar en la intervención que pondría a Arbenz fuera del gobierno en 1954. El gobierno de Guatemala, en las Naciones Unidas, era una vergüenza para los fanáticos republicanos anti-comunistas que rodeaban a Dulles, y él escogió hasta el final la política del “buen vecino” de no intervención que Franklin Roosevelt había iniciado hacía veinte años atrás.

La declaraciones pro-soviéticas y anti-estadounidenses de los guatemaltecos, por ejemplo, los elo-

gios emitidos por la muerte de José Stalin, por parte de la prensa y el Congreso, suscitaron fuertes reacciones en los Estados Unidos, con solicitudes de intervención para suprimir a los comunistas en el país. La prensa estadounidense empezó a incrementar su cobertura sobre el “régimen rojo” en Guatemala. Dulles intentó obtener apoyo inter-americano para la intervención, pero las resoluciones encubiertas en contra del comunismo internacional en Caracas en marzo de 1954 carecieron del apoyo de los mayores estados latinoamericanos. Esas naciones apenas ratificaron esta clase de intervención unilateral que los Estados Unidos patrocinaron en junio de aquel año. Mientras tanto, la oposición interna creció cuando el arzobispo Rossell y Arellano realizó un llamado a los guatemaltecos para levantarse y sacar a los comunistas.

Alarmados debido al arribó de armas a Puerto Barrios, provenientes de Checoeslovaquia en mayo, a bordo del barco *Althem*, los Estados Unidos decidieron actuar. La CIA dirigió la operación conocida como “El Diablo”. La CIA había estado planeando una operación encubierta bajo el nombre código de “PB Success,” autorizada por Eisenhower en agosto de 1953, incluyendo una lista de 58 personas en Guatemala a las cuales se debía asesinar. Dos exiliados guatemaltecos, el general Ydígoras y el coronel Carlos Castillo Armas, ya habían organizado el plan

para la invasión conjuntamente con los agentes de Washington. Estados Unidos, precipitadamente, firmó tratados militares de seguridad, transportó por vía aérea armas para Honduras y Nicaragua. Luego esos gobiernos cooperaron en la preparación de la fuerza invasora. Los aviones de Estados Unidos esparcieron volantes con propaganda en contra de Arbenz sobre la Ciudad de Guatemala y las transmisiones de una radio clandestina advirtieron acerca de una gran invasión que podría llegar pronto, creando un clima de pánico y temor.

Los Estados Unidos esperaron hasta que su delegado, Henry Cabot Lodge, Jr., quien era presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, durante el mes de junio. La invasión de la fuerza de exiliados guatemaltecos dirigidos por el Departamento de Estado empezó el 18 de junio. Cuando Guatemala protestó Lodge postergó la llamada a asamblea hasta el 25 de junio y luego obstruyó la colocación del caso de Guatemala en la agenda, argumentando que la Organización de Estados Americanos (OEA) tomaría el caso primero. Mientras tanto, en Guatemala, el ejército, con honrosas excepciones, se rehusó a combatir la invasión y Castillo Armas pronto estaría en control del país. Arbenz renunció el 27 de junio de 1954 y rápidamente partió hacia la ciudad de México, iniciando un doloroso exilio para él y su familia, perseguido por la CIA y obstaculizado

hasta de conseguir trabajo, murió en la Ciudad de México en 1971 de un paro cardíaco.

La tardanza de las Organizaciones Internacionales en responder a la intervención, previno una acción efectiva de su parte. El Comité Interamericano de la Paz, ni siquiera convocó sino hasta dos días después de la renuncia de Arbenz, y no logró nada. Un gobierno interino intentó salvar la Revolución, pero dos días después entregó el control al anti-comunista coronel Elfego Monzón, agente a sueldo de la CIA, quien se reunió con Castillo Armas, también a sueldo por la CIA, en El Salvador al siguiente día (el 30 de junio) y el 8 de julio, Castillo Armas, respaldado por el gobierno de Estados Unidos y su embajador, se convertía en el líder de la Junta que habían establecido.

Al lado de los cambios políticos que los revolucionarios guatemaltecos habían iniciado, se había logrado para 1954 una significativa modernización social y económica. En parte debido a las mejoras sustanciales en saneamiento y salud pública, la población había crecido de aproximadamente 2.4 millones en 1944 a 3.3 millones para 1954. También parcialmente acreditado a la rápida inflación de los años que sucedieron a la guerra, el producto nacional bruto había ido de US\$ 131.6 millones en 1943 a US\$558.3 millones para 1953, con un salto anual

per cápita de US\$55.6 a US\$180.5 para ese período. El valor de las exportaciones se había aumentado de un poco más de US\$20 millones en 1943 a cerca de US\$108 millones para 1953 y los beneficios para el gobierno para el mismo período de US\$14.7 millones a US\$65.3 millones. La Ley de Reforma Agraria había redistribuido una cantidad relativamente pequeña de tierra, pero había estado en el centro del compromiso gubernamental de mejorar el nivel de vida de los habitantes rurales y reestructurar una mejor Guatemala que reflejara los intereses de las clases media y baja. Guatemala claramente se había convertido en un país más prospero y socialmente más equitativo. Las metas de los revolucionarios de democracia, justicia y crecimiento económico, si no se cumplieron totalmente, estaban claramente marcando un progreso antes del derrocamiento de Arbenz. Atrapada en la “Guerra Fría”, con la cual no pudo hacer nada inicialmente, la Revolución guatemalteca también había alienado segmentos poderosos en el país –El ejército, la oligarquía cafetalera, la Iglesia y los empresarios extranjeros– quienes conspiraron conjuntamente con Estados Unidos para terminar los *“diez años de primavera en el país de la eterna dictadura”*.

8



**Oliverio Castañeda de León, secretario general de la
Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), (1977-1978)
1955-1978**

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

CAPÍTULO VIII

La guerra de los treinta años

Luego de un plebiscito en octubre de 1954, Carlos Castillo Armas gobernó Guatemala hasta su asesinato en 1957. Castillo Armas se había movilizado rápidamente para eliminar toda influencia comunista. Un Comité Nacional para la Defensa en contra del Comunismo supervisaba la fuerza represiva. El 10 de agosto de 1954, desarticuló todos los partidos políticos. Un “Estatuto Político” decretado al siguiente día reemplazó la Constitución de 1945, legalizando el gobierno de Castillo Armas, declaró ilegal al Partido Comunista, y prohibió los libros y la propaganda comunista. Una ola de arrestos, asesinatos y exilios vino a continuación. A pesar de que Arbenz y sus allegados pudieron salir del país, el nuevo gobierno acorraló y mató a cientos de personas, como presagio de las políticas brutales de los sucesivos gobiernos militares de los siguientes treinta años, cuando según las organizaciones de derechos humanos más de 100,000 civiles murieron en manos de los escuadrones paramilitares del gobierno. En un supuesto esfuerzo para recobrar los fondos que Arbenz y otros funcionarios del gobierno habían tomado del Tesoro Nacional durante su partida, cuestión que nunca fue probada, Castillo Armas confiscó ilegalmente las

propiedades de unos 80 funcionarios del gobierno anterior.

A pesar de ser reaccionario en muchos aspectos, el gobierno de Castillo Armas y los que le sucedieron, no desmantelaron los logros de la Revolución guatemalteca. Muchas de las instituciones que Arévalo había inaugurado continuaron funcionando, a pesar de que su ímpetu hacia una reestructuración social terminó. El gobierno no podía ignorar completamente la popularidad de las reformas sociales y políticas de los izquierdistas entre los trabajadores, campesinos e intelectuales, así que intentó mantener la apariencia de una legislación reformista y progresiva.

La influencia de los trabajadores en el gobierno terminó. Una Ley del “derecho al trabajo,” supervisó las organizaciones laborales desde 1956. La nueva Constitución de 1956 reflejaba el anticomunismo de la época, cuando prohibía toda “intervención extranjera” en los movimientos laborales. Una Ley de Reforma Agraria se aprobó en 1956, la cual reglaba la expropiación y redistribución de la tierra ociosa, pero términos específicos de la misma dejaron a los hacendados con poco que temer. La Iglesia también ganó algunos de los privilegios perdidos, el más importante de los cuales era el derecho a todas las pro-

riedades que había perdido luego de la Revolución de 1871.

En poco tiempo, las viejas élites liberales –los dueños de plantaciones y otros terratenientes, así como los capitalistas extranjeros y sus subsidiarias– regresaron al poder, protegidos por regímenes militares. De hecho, la élite guatemalteca se había expandido igual que la economía. Además de las élites del café y del banano, había crecido una significativa élite industrial, igual que otros grupos económicos que habían logrado una variedad de niveles de éxito. Por lo tanto no consideramos acertado referirse a la clase dominante como una simple oligarquía, debido a que de hecho existían varias élites en el país, que ahora colaboraban y competían por el favor del gobierno. Aunque por las próximas tres décadas, obviamente la élite que dominó el gobierno fue la militar aliada a los caficultores. El cuerpo de oficiales prosperó durante esos años y expandió tanto su posición política como económica. En políticas económicas los gobiernos militares de las próximas tres décadas, pusieron de regreso en Guatemala las directrices que habían guiado a los liberales de 1871 a 1944. Estos neoliberales podrían haber sido fácilmente reconocidos como “conservadores”. De la forma que fueran llamados, fueron decididamente favorecedores de los intereses de los sectores de ne-

gocios y agroexportaciones, más que de los trabajadores.

A pesar de que los llamados a la moderación se escuchaban ocasionalmente, era claro que intereses antagónicos a la revolución social habían recobrado el control. Pero no pudieron suprimir toda la oposición. Las demostraciones de los estudiantes fueron especialmente críticas después de 1954. El gobierno a menudo utilizó la fuerza para controlarlas. El ejército era el verdadero amo del país, como lo era antes de 1944. Castillo Armas reestructuró el cuerpo de oficiales en 1956 y expulsó a cualquier oficial que aún fuera leal a Arbenz. Luego del asesinato de Castillo Armas por uno de sus oficiales en el Palacio Nacional en julio de 1957, Guatemala arribó a un período de gobiernos inestables, y se diseminó el terror y la intimidación de los candidatos progresistas al llegar los términos para elecciones. El general Ydígoras Fuentes esperaba suceder a Castillo Armas, como recompensa por su intervención en el derrocamiento de Arbenz. Cuando esto no sucedió el ejército intervino, y en enero de 1958 organizó las elecciones en las que Ydígoras ganó.

Una vez en el poder, Ydígoras hizo un esfuerzo por unificar al país y fue conciliatorio con respecto a los elementos de izquierda moderada, pero estos esfuerzos únicamente le acarrearón problemas con

las élites conservadoras. Cuando se llevaban a cabo elecciones libres en niveles locales en la capital, el electorado expresaba su preferencia por los izquierdistas, tales como Luis Fernando Galich López, quien fue electo alcalde en 1959, luego de que varios intentos de negarle el puesto fracasaron. El establecimiento del régimen izquierdista revolucionario de Fidel Castro en Cuba, polarizó la opinión pública en Guatemala. La violencia afloraba frecuentemente en 1960, mientras Ydígoras, en busca de apuntalar su popularidad, se tornó reacio a restaurar las severas medidas en contra de la oposición, a la vez que apoyaba maniobras para negarles a sus oponentes el poder por la vía democrática. Ydígoras proveyó a los exiliados cubanos una base cerca de Retalhuleu, donde, bajo la supervisión de personal del ejército de los Estados Unidos, entrenaban para la fallida invasión de Bahía de Cochinitos en Cuba, la cual ocurrió en abril de 1961. En noviembre de 1960, Ydígoras sofocó un serio levantamiento militar, los rebeldes fallaron en tomar los principales cuarteles de la capital, debido a traiciones de última hora y falta de capacidad para dirigir un levantamiento que involucrara a otros sectores sociales aparte de los militares. Al fallar en la capital los rebeldes se dirigieron al oriente, tomando por la fuerza la base militar de Zacapa, de donde finalmente fueron expulsados por el propio Ydígoras comandando sus fuerzas y apoyado por los bombarderos de la Fuerza Aérea B-26.

A pesar de que la amenaza del complot del 13 de noviembre fracasó, fue el principio de una nueva fase para la historia de la revolución en Guatemala. Los sobrevivientes de la rebelión, teniendo como dirigente al teniente Marcos Antonio Yon Sosa, formaron el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) y detonaron una guerra de guerrillas que continuó durante tres décadas. Otro oficial, el teniente Luis Augusto Turcios Lima, formó más tarde otro grupo guerrillero, las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), que colaboraban con el clandestino PGT. Estos grupos guerrilleros mantuvieron a Guatemala en un torbellino desde 1960. A pesar de que fallaron en controlar territorio, crearon un sentido de inseguridad en el país y recibían apoyo sustancial de la juventud de clase media en la Universidad y apoyo de los oficiales jóvenes descontentos dentro del ejército. Una organización de extrema derecha, la *Mano Blanca*, surgió en respuesta y los asesinatos y el terrorismo se multiplicaron. Más tarde otra organización, conocida como *Ojo por Ojo*, reemplazó a la Mano Blanca cuando su relación con el gobierno y la policía resultó obvia y vergonzosa. Luego de la muerte de Turcios Lima en un accidente automovilístico, emergió César Montes como nuevo líder de las FAR. Los escuadrones de la muerte, organizaciones derechistas integradas por civiles bajo las órdenes de oficiales del ejército, bañaron de sangre al país. En este sentido, el papel de los asesores estadounidenses

ses fue entrenar y coordinar a las fuerzas militares y paramilitares en el enfrentamiento contra la guerrilla izquierdista. Además, Estados Unidos proveyó el armamento y los medios como helicópteros, carros blindados, bombas, cañones para enfrentar a los izquierdistas. Las acciones militares en el sudoeste asiático, particularmente Vietnam, fueron replicadas de alguna manera en territorio guatemalteco.

El regreso de los izquierdistas exiliados, incluyendo a Arévalo, Fortuny y Gutiérrez, elevó la tensión política. El anuncio de Arévalo, que sería candidato a la presidencia, incitó una fuerte reacción por parte de los derechistas. El fracaso de Ydígoras para lograr una línea lo suficientemente fuerte en contra de estos “agitadores,” llevó a los oficiales superiores a removerlo repentinamente de la presidencia en marzo de 1963.

Dentro de los logros de Ydígoras, se encuentra la cercana colaboración de los estados centroamericanos en asuntos de defensa, comercio y desarrollo cultural. Tales esfuerzos visualizados por algunos como optimistas, pudieron guiar a una restauración de la unión política de Centro América, la cual había empezado durante los gobiernos de Arévalo y Arbenz. Guatemala se había unido junto con otras naciones centroamericanas para formar la Organización de Estados Centro Americanos (ODECA) en 1951. En co-

laboración con la Comisión Económica de Naciones Unidas para Latinoamérica, se habían estado movilizándose desde 1952 hacia un plan de integración económica de los estados centroamericanos, la cual culminó en junio de 1958 con un tratado que llevó a la fundación del Mercado Común Centroamericano. El tratado de Managua en diciembre de 1960, ratificado por Guatemala en 1961, establecía el marco para el desarrollo del Mercado Común Centroamericano, el cual brindó una expansión modesta de comercio entre los estados de Centro América y patrocinó la expansión de las industrias manufactureras y procesadoras de alimentos. En 1969 la “Guerra del fútbol” entre Honduras y El Salvador, atrasó el movimiento de integración sustancialmente, cuando Honduras virtualmente se retiró. El Mercado Común Centroamericano nunca llenó realmente las expectativas, pero fue un paso hacia la integración económica de los cinco países centroamericanos y Panamá. La Secretaría para la Integración Centroamericana (SIECA), tenía su sede en la capital de Guatemala. La decisión de Guatemala de imponer varias restricciones sobre el tratado de 1960 debilitó aún más la integración Centroamericana, como lo hizo la contienda civil a lo largo de la región durante la década de los años ochenta.

En 1963, dirigiendo el golpe de Estado en contra de Ydígoras Fuentes, se encontraba el ministro de la

Defensa, coronel Enrique Peralta Azurdia, quien inmediatamente declaró el Estado de Sitio y estableció una dictadura militar. Tropas especialmente entrenadas, acompañadas por consejeros de Estados Unidos, atacaron a los insurgentes en las montañas del oriente, pero no pudieron eliminarlos por completo. Políticos izquierdistas fueron asesinados, arrestados o exiliados. Víctor Manuel Gutiérrez fue lanzado desde un avión a 20,000 pies de altura, sobre el Pacífico, junto con otros líderes de la Comisión Política del PGT. Mario Méndez Montenegro, líder del Partido Revolucionario (PR), sucesor legal de Arévalo en el PAR, fue asesinado en 1965. Los asesinatos de otros líderes, activistas políticos, periodistas y de trabajadores, intimidaron a muchos más y mantuvieron un régimen de terror. El regreso de los restos de Jorge Ubico provenientes de Louisiana para un funeral de Estado en Guatemala, reflejaba simbólicamente el regreso de la ideología pre-1945, que ahora dominaba el gobierno.

Bajo esta clase de estabilidad y orden impuestos, Peralta permitió elecciones libres en 1966. El candidato del PR, Julio César Méndez Montenegro, hermano del asesinado líder del partido, ganó y subió al poder. Había esperanza del regreso al camino progresista, pero mientras que el Ejército permitió que Méndez permaneciera en la presidencia, no le permitió gobernar. Algunos renunciaron, mientras

que el ejército era el verdadero dueño del país y continuó con la represión. Valientemente, Méndez escogió buscar lo mejor de una mala situación. Encontró que podía ejecutar muy poco de su programa, sin embargo, y para el final de su gobierno, los críticos lo acusaron de haber sido un títere de los militares y un traidor a la memoria de su hermano. El ala derechista de los militares no dio tregua y en 1970, en una elección en la cual se ejecutaron a la mayoría de los izquierdistas, el coronel Carlos Manuel Arana Osorio ganó la presidencia. En 1974 el ejército continuó haciendo caso omiso de las elecciones libres y abiertas. En medio de rumores generalizados de fraude, el general Kjell Eugenio Laugerud García, hijo de un inmigrante noruego, llegó a la presidencia. Laugerud mantuvo la paz y el orden con eficiencia entre la policía y el Estado. Sin embargo, los negocios florecieron y la creciente clase media gozó la opulencia a pesar de la debilitante inflación. La élite militar empezó a introducirse en la economía en mayor escala. Además de recibir enormes salarios cuando fungían como presidentes, los generales utilizaban sus posiciones para adquirir compañías privadas, grandes porciones de tierra y concesiones monopólicas, amasando fortunas en el proceso. Los oficiales del ejército establecieron su propio banco, como base institucional para sus intereses económicos. La corrupción asociada con esta expansión económica y el enriquecimiento de estos oficiales

llegaron a proporciones obscenas, rodeados de una asombrosa pobreza de la mayoría de la población. Un terremoto que mató a más de 25,000 personas y devastó mucho del centro de Guatemala en febrero de 1976, agregó más miseria.

Mientras tanto la guerra civil continuaba especialmente en las escabrosas regiones del norte, donde una limitada red de carreteras dificultaba al ejército llevar a cabo sus operaciones. Asesinatos políticos, “desapariciones” y secuestros por ambas partes eran frecuentes en esta “guerra sucia”. En 1975 las FAR habían sufrido serias derrotas a manos de las fuerzas contrainsurgentes patrocinadas por Estados Unidos, pero una nueva fuerza rebelde, llamada Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), emergió en el nortero departamento de Quiché para continuar con la contienda. Las FAR, eventualmente, se reorganizaron y reasumieron la batalla en 1978. El terremoto de 1976 tuvo repercusiones graves entre la población del altiplano occidental guatemalteco, ancestralmente eran poblaciones pobres y abandonadas, pero el siniestro dejó sin techo a miles que no tenían esperanza de auxilio en un gobierno de militares corruptos. La población encontró en el mensaje de las organizaciones izquierdistas una esperanza a su situación y en forma masiva y desordenada se unieron a las organizaciones político-militares. En aquellos años surgió también la ORPA (Organización

Revolucionaria del Pueblo en Armas), agudizando el asedio al Estado militarizado.

En el mismo año el general Romeo Lucas García y el Partido Institucional Democrático (PID) llegaron a la presidencia en una elección fraudulenta, plagada con un abstencionismo generalizado. Los problemas económicos de Guatemala durante este período fueron de alguna manera menos serios que los de otros estados centroamericanos debido al desarrollo de las pocas pero significativas fuentes de petróleo en Petén y la poca atención del gobierno al bienestar social, pero con la caída de los precios del café, algodón y el azúcar y la recesión mundial, conservó beneficios débiles. El déficit del comercio guatemalteco se elevó de US\$63 millones en 1980 a US\$409 millones para 1981. Lucas García y los escuadrones de la muerte derechistas, lanzaron un brutal genocidio en contra de los indígenas sospechosos de apoyar o unirse a las guerrillas. Mientras los generales continuaban atesorando grandes cantidades de tierra, muchos indígenas escaparon a Chiapas, en donde encontraron amparo en 149 campos de refugiados; las cantidades, habían llegado a los 180,000 para 1984. Actividades del clero y de organizaciones internacionales de derechos humanos en contra de la opresión política, enfocaron su atención desfavorablemente en el país y dañaron la industria turística, la cual había llegado a ser una fuente importante de

ingreso de divisas para Guatemala. A pesar de que las políticas de derechos humanos del presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter, habían solamente endurecido la decisión del ejército guatemalteco y sus escuadrones de la muerte de lidiar violentamente contra incluso progresistas moderados como los demócratacristianos (DCG). Guatemala simplemente realizó un corte parcial de los negocios armamentistas con Estados Unidos y los reemplazó con armas y consejeros de Israel, hasta que bajo la administración de Ronald Reagan, Estados Unidos reasumieron sus ventas de armamentos a Guatemala. El terror y el asesinato cobraron un horrendo impuesto entre los líderes de organizaciones laborales y en la Universidad de San Carlos. En 1980 el vicepresidente (civil), Francisco Villagrán Kramer, renunció en protesta a las continuas violaciones a los derechos humanos del gobierno que él mismo encabezaba.

Las diferencias entre los grupos militares, siguieron a la manipulada elección de otro general del Partido Institucional Democrático (PID), Ángel Aníbal Guevara. Oficiales jóvenes apoyados por elementos del partido derechista Movimiento de Liberación Nacional (MLN) y por los demócratacristianos, se movilizaron para impedir su toma de posesión en marzo de 1982, sacando a Lucas García durante los últimos días de su régimen, a favor de una Junta de Gobierno encabezada por el retirado general Efraín

Ríos Montt, que asumió la presidencia el 9 de junio, había sido el jefe del Estado Mayor del Ejército del presidente Arana Osorio (1970-1974), pero también el candidato presidencial de una coalición de partidos encabezados por los Demócratas Cristianos, que habían reclamado sin éxito la victoria en 1974. Aún más, sorprendente fue su papel como ministro de la iglesia evangélica con base en California, Iglesia Cristiana del Mundo. El evangelismo protestante en Guatemala, con apoyo de los misioneros estadounidenses, creció grandemente después de 1960, al grado de que más de un cuarto de la población guatemalteca decía ser protestante. En contraste al nuevo evangelismo católico en el país, el cual era asociado con la “teología de la liberación” y la izquierda política, la mayoría de los protestantes eran sumamente conservadores y se identificaban con las políticas pro-Estados Unidos. A su tiempo las misiones católicas empezaron a restaurar la influencia católica romana, especialmente durante el papado de Juan XXIII –los Maristas y los Jesuitas, por ejemplo en la década de los 60– creando fricción con el clero local, más tradicional. En la década de los 60, también, la Iglesia empezó a jugar un papel mayor en la educación superior, y fue notablemente importante la organización de la Universidad Jesuita Rafael Landívar en la Ciudad de Guatemala, en 1961.

El ascenso al poder de Ríos Montt cambió el patrón de muchos gobiernos. Superficialmente, por lo menos, hizo un notable esfuerzo para frenar la corrupción e incentivar mejores niveles de ética en la conducta del gobierno. Más impresionante fue el descenso de las actividades de los escuadrones de la muerte y la restauración de la seguridad y la paz en el centro del altiplano, a pesar de que las políticas severas de Ríos Montt con los criminales acentuó la censura por parte de los defensores de los derechos humanos. Los asesinatos políticos virtualmente cesaron y el desastroso descenso del turismo, en el cual la violencia había contribuido, fue revertido. Pero aún el poder económico y militar de los poderosos generales, que habían gobernado el país desde 1954, no se había podido revertir, sin que Ríos Montt en ningún sentido simpatizara con los intereses izquierdistas. Él y los oficiales a los que representaba, estaban principalmente preocupados por conservar la posición privilegiada del ejército y creían que los abusos y corrupción de los militares amenazaban la institución. Sin embargo, las masacres de las comunidades indígenas continuaron, así como las olas de refugiados hacia México. Ríos Montt implementó un sistema de patrullas civiles iniciadas por la administración de Lucas García, requiriendo a los indígenas a servir en las mismas, generalmente sin armas de fuego, como guardianes en contra de las guerrillas. Aquellos que se rehusaban, recibían la sentencia de

muerte. Ríos Montt también suspendió la Constitución, restringió los sindicatos y prohibió el funcionamiento de partidos políticos en un esfuerzo por mantener el orden. Al mismo tiempo, en enero de 1982 los izquierdistas se agruparon en la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), una organización que integró bajo una dirección nacional a las organizaciones PGT, FAR, EGP y ORPA, esta última comandada por Rodrigo Asturias, hijo del premio Nobel de Literatura, Miguel Ángel Asturias.

Ríos Montt desafió a la élite militar, sus predicas constantes, el papel excesivamente importante de protestantes estadounidenses dentro de sus consejeros, la imposición del impuesto al valor agregado (IVA) y su intromisión en poderosos intereses económicos aseguró que su régimen durara poco. El 8 de agosto de 1983, un nuevo golpe de Estado lo reemplazó con su propio ministro de la Defensa, el general Oscar Humberto Mejía Víctores. Cuáles fueran sus motivos, la breve permanencia de Ríos Montt en la presidencia de Guatemala, inició un proceso hacia una Guatemala más democrática, gobernada por civiles y eventualmente dio fin a la larga guerra civil. Las serias dificultades económicas que encaraba el país, causadas por la caída en los precios del café y el descenso del turismo, así como una fuerte censura doméstica e internacional de las atrocidades del Ejército en Guatemala, llevaron a los líderes milita-

res a entregar un limitado poder a civiles a través de relativas elecciones libres entre 1984 y 1985. Recientes y exitosos desafíos al dominio del ejército en Nicaragua y El Salvador, indudablemente influenciaron su pensamiento. Al mismo tiempo, el regreso en alto grado de la corrupción ya mencionada, los esfuerzos por controlar las guerrillas ahora confinadas en gran cantidad en Petén y el fracaso en poder obtener algún logro con respecto al crecimiento acelerado de la pobreza y los problemas económicos que enfrentaba la mayoría de la población, caracterizó al gobierno de Mejía Vítores. El cinismo y el anticomunismo eran las cualidades más sobresalientes, con el sometimiento a las mismas políticas neoliberales a favor de las élites establecidas que habían caracterizado a los gobiernos desde 1954.

Las elecciones para Asamblea Constitucional para escribir una nueva constitución el 1º de julio de 1984 reflejaron la generalizada apatía de los votantes en el proceso político, en el cual 17 partidos (9 de ellos nuevos) se disputaban 88 puestos. Mejía advirtió que la Asamblea estaba limitada estrictamente a escribir una nueva Constitución y las leyes *habeas corpus* y Electoral. Los moderados lideraban las urnas con los partidos Democracia Cristiana y la Unión del Centro Nacional (UCN), quienes ganaban popularidad, pero con una colisión de diversos partidos derechistas dispuestos a formar una coalición

mayoritaria. Las divisiones les impidieron dominar la Asamblea. La nueva Constitución, ratificada el 31 de mayo de 1985, formó la base para la elección más libre en Guatemala desde 1945, ganando el demócratacristiano Marco Vinicio Cerezo en diciembre de 1985.

9



Dra. Rigoberta Menchú Tum
1959

**GUATEMALA
CONTEMPORÁNEA**

CAPÍTULO IX

Guatemala contemporánea

Vinicio Cerezo tomó posesión en enero de 1986 y rápidamente dio un nuevo tono al gobierno guatemalteco. A pesar de que no fue capaz de terminar la guerra civil ni los abusos a los derechos humanos que le acompañaban ni tampoco suprimió el incremento en los negocios del narcotráfico. Cerezo promovió el Acuerdo de Paz Centroamericano en 1987, el cual eventualmente llevó a un acuerdo con respecto a las guerras civiles, no solamente en Guatemala: también en Nicaragua y El Salvador. En este esfuerzo, Cerezo colaboró muy cercanamente con el presidente de Costa Rica, Oscar Arias.

La restauración del gobierno civil en Guatemala, no terminó inmediatamente con la poderosa influencia de los oficiales de alta graduación en el ejército guatemalteco. Estuvo muy claro desde el principio de la administración de Cerezo que su autoridad estaba a su servicio. Las violaciones a los derechos humanos por parte de los militares continuaron plagando Guatemala, la continua resistencia de los rebeldes izquierdistas proveían una justificación para las acciones represivas a ojos de los militares. De nuevo los Estados Unidos cortaron la ayuda mi-

litar a Guatemala en 1990, pero esto no frenó a los militares en la defensa de sus colegas perseguidos por violaciones a los derechos humanos. Fue la compasiva voz de una mujer K'iche', Rigoberta Menchú, la que llevó el dolor de los guatemaltecos a ojos de la atención mundial, incrementando la presión internacional sobre el gobierno de Guatemala con el objetivo de que se terminara el conflicto por medio de la negociación con los rebeldes. Menchú recibió el Premio Nobel de la Paz en 1992, "en reconocimiento a su trabajo por la justicia social y por la reconciliación etno-cultural, basada en el respeto de los derechos de los indígenas." Las élites tradicionales guatemaltecas, incluyendo al sucesor de Cerezo, el presidente Jorge Serrano, menospreciaron este reconocimiento mundial.

La creciente popularidad del general Efraín Ríos Montt dio resultado a impensables coaliciones en el campo político durante la campaña del sucesor de Cerezo, con los izquierdista aún ilegales en 1990, un gran número de partidos de extrema derecha y partidos centristas compitiendo por la presidencia. La nueva Constitución prohibía participar a cualquiera que hubiera participado en un golpe de Estado o derrocamiento de gobierno, disposición que Ríos Montt desafió, pero eventualmente las cortes lo descalificaron durante la campaña. La Democracia Cristiana de Cerezo se había convertido en un

partido fuerte en la década de los 80, pero la continua guerra civil, la incertidumbre económica y los cargos de corrupción generalizada desacreditaron profundamente a la DCG. Aún más, el clima político más abierto había permitido a los campesinos y a las organizaciones de trabajadores llegar a ser más directos en sus demandas, pero muy pocos y muy pequeños fueron los beneficios que obtuvieron, causando desencanto general con su gobierno. El propietario de un importante diario de la capital, *El Gráfico*, Jorge Carpio Nicolle, de la Unión del Centro Nacional (UCN), era el principal contendiente de la Democracia Cristiana Guatemalteca (DCG), pero Carpio perdió las elecciones en 1985 y 1990, a pesar de que su partido continuó siendo importante en el Congreso a principios de la década de los 90. Cuando se supo de la descalificación de Ríos Montt se solidificó el camino para la sorprendente elevación de la popularidad de Jorge Serrano Elías y el Movimiento de Acción Solidaria (MAS). Serrano, un ingeniero perteneciente al ala-derechista y comerciante, era también un evangélico protestante cercanamente relacionado con Ríos Montt. No solamente recibió muchos de los múltiples votos que podrían haber ido dirigidos a Ríos Montt: también capturó la imaginación de muchos guatemaltecos del área urbana quienes estaban desencantados con Carpio y la gastada candidatura de Alfonso Cabrera por la DCG. El 11 de noviembre de 1990, elecciones que los

izquierdistas urgieron al electorado a boicotear, Carpio lideró las elecciones con 27.5%, seguido de Serrano con 24.2% y Cabrera con 17.5%. Álvaro Arzú Irigoyen, ex alcalde de Guatemala y exitoso director del Instituto Nacional de Turismo, líder del derechista Partido de Avanzada Nacional (PAN), se colocó en un cercano cuarto lugar con un 17.3%. Otros ocho candidatos quedaron bastante rezagados. La gran abstención de los votantes, la cual había descendido al 26% en las elecciones de 1985, alcanzó el 51%, reflejando ya fuera el desencanto de los votantes o su compromiso con Ríos Montt. El PAN, a pesar de haber fallado en su intento de ganar la Presidencia, obtuvo la mayoría de votos en la ciudad de Guatemala y un gran número de puestos en el legislativo.

Serrano parecía ser diestro en las negociaciones políticas cuando ganó el aval de Cerezo y de Arzú, en la recta final de las elecciones del 6 de enero de 1991. Serrano arrasó con Carpio con un impresionante 68.7% del voto y ganó en 21 de los 22 departamentos. El día siguiente nombró a Arzú como su ministro del Exterior. Otros miembros del PAN también recibieron nombramientos.

También Serrano avanzó en el establecimiento de la paz con la guerrilla y prometió un desarrollo económico más rápido, la violencia política continuó durante su administración, y su carencia de ex-

perencia política llegó a ser rápidamente evidente. Un terremoto sacudió el país en septiembre de 1991, matando 53 y dejando a 30,000 sin hogar, además de estos problemas socioeconómicos, especialmente de los más pobres. En mayo de 1993, aparentemente frustrado por su inhabilidad para controlar a los militares o la creciente oposición de los trabajadores y de otras organizaciones populares, Serrano estableció el control dictatorial, el cual algunos llamaron “auto-golpe”, desarticuló el Congreso y a todos los partidos políticos. Esta maniobra aparentemente autorizada por el ejército, se enfrentó con protestas populares. Entonces, cuando la tradicionalmente dócil legislatura se rehusó a disolverse y en su lugar demandaron su renuncia, el ejército se retrató, forzando a Serrano a renunciar el 1 de junio de 1993. El Congreso prontamente eligió a Ramiro de León Carpio, el Defensor de los Derechos Humanos, como presidente interino. El ejército lo aceptó; pero, rechazaron al elegido del nuevo presidente para ministro de la Defensa, enfatizando su derecho de elegirlo. Si bien Carpio realizó algunas reformas, se centralizó en la reducción de la corrupción gubernamental, era evidente de nuevo que los militares aún representaban la máxima autoridad en Guatemala. Pronto, luego del asesinato de su primo, el líder de la ucn Jorge Carpio Nicolle, junto con tres de sus asociados, en una emboscada cerca de Chichicastenango, salió a luz la realidad de que aún existía mucha

inestabilidad en el país. Carpio había escrito fuertes editoriales oponiéndose a la amnistía general, designada para perdonar a todos aquellos involucrados en el auto-golpe de Serrano. Se sospechaba de los militares por su asesinato y se realizaron varios arrestos, pero nadie fue sentenciado nunca, en un caso que enfatizaba la importancia del gobierno en contra de los militares.

Las alianzas políticas continuaron cambiando durante la década de los 90, mientras que la multitud de partidos se unían en coaliciones laborales. La DCG y la UCN se habían transformado en partidos menores para 1995. En ese año se unieron con el Partido Social Democrático (PSD), para formar la Alianza Nacional, el cual ganó únicamente cuatro asientos en el Congreso. Mientras tanto, el pan de Álvaro Arzú ganó el apoyo de muchos partidos de centro-derecha para formar una mayoría en el congreso en 1995. Los intereses de la extrema derecha escogieron seguir el liderazgo de Ríos Montt con su Frente Republicano Guatemalteco (FRG). Después de las victorias de este partido en las elecciones del Congreso, Ríos Montt se convirtió en el presidente del Congreso guatemalteco en enero de 1995 e inmediatamente acometió de nuevo por la presidencia. Una vez más las cortes sostuvieron la prohibición constitucional para su candidatura. En su lugar, Alfonso Portillo encabezó el listado del FRG. En las elecciones de noviembre

de 1995, Arzú y Portillo encabezaron las posiciones con el 37% y 22% respectivamente, con la Alianza Nacional recibiendo únicamente el 13%, y una nueva coalición izquierdista, el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG) que recibió el 8%. Nuevamente, se observó un elevado abstencionismo, con sólo un 47% de la participación de los votantes registrados. En la recta final, el 7 de enero, Arzú, con el 51.2% de los votos, ganó una victoria estrecha sobre Portillo con el 48.7%. La abstención fue aún mayor que en la elección de noviembre, con solamente cerca de un tercio de la participación de los votantes inscritos. La victoria de Arzú reflejó su fuerza en la capital, sin embargo Portillo había ganado en la mayoría del interior: 18 de los 22 departamentos.

Arzú tomó posesión en enero de 1996 y llevó a cabo una fuerte agenda, con el establecimiento de la paz con la guerrilla como prioridad en su administración. Los rebeldes básicamente habían perdido el conflicto militar para esa época y los consiguientes acuerdos concluyeron en Oslo, México y Madrid, firmando un acuerdo de paz formal en la ciudad de Guatemala el 29 de diciembre de 1996. Este permitió a los guerrilleros regresar a una vida política pacífica. El final definitivo de los 36 años de guerra civil, que había matado a más de 100,000 guatemaltecos, fue el mayor evento a pesar de que los detalles de su implementación llevaron todo el año de 1997.

Un estimado de otros 40,000 habían “desaparecido” y cerca de un millón habían sido forzados a salir de sus hogares o al exilio. Los ex guerrilleros y otros partidos izquierdistas se unieron con la FDNG.

Arzú obtuvo un significativo éxito en la reducción de los abusos a los derechos humanos. Degradó a los oficiales acusados de violaciones a los derechos humanos. Este saneamiento dejó únicamente a los oficiales del ejército que aceptaron o por lo menos no se opusieron activamente. Las Naciones Unidas, mediaron en las conversaciones con los guerrilleros. Pero aún en 1998, el asesinato del arzobispo Juan Gerardi Conedera, quien había documentado con detalles las atrocidades cometidas durante los 36 años de guerra civil y el fracaso del gobierno para apaciguar la continua violencia, revelaron la profundidad del problema: la intimidación a los jueces y que el caso permanece sin resolverse. Una ola de secuestros y otros actos criminales dentro de un alza generalizada del nivel de criminalidad en el país, mientras que las políticas económicas neoliberales siguieron en años recientes mejorando muchos indicadores económicos, pero fallaron en revertir la tendencia hacia el descenso de los niveles de vida de la mayoría de los guatemaltecos. También una significativa pero pequeña media clase emergió y la vasta mayoría de la población permaneció pobre. Una encuesta realizada en 1999 reveló que el 88% de los

guatemaltecos sentían que la administración de justicia era inadecuada. Un reporte patrocinado por las Naciones Unidas, llamó a la capital de Guatemala, *la ciudad más peligrosa de las Américas*.

Guatemala continuó reclamando a Belice (ex-Honduras Británica), pero se encontró sola, mientras que otros países americanos declararon su apoyo a la independencia de aquel pequeño enclave del colonialismo británico en las playas del Caribe guatemalteco. El descenso económico de Belice desde el siglo XIX ha seguido su curso y la colonia se convirtió más en una desventaja que en una ventaja para los ingleses. Con una baja producción de banano y un poco de azúcar para la exportación, además hubo una pequeña mejora en el mercado de caoba, pero el de las sustancias ilegales también estaban en su apogeo. Excepto por una pequeña sección del pueblo donde los representantes de una compañía extranjera y los diplomáticos vivían formando una diminuta élite, la ciudad de Belice seguía siendo un pueblo del trópico, con casas de madera sin pintar, calles sucias y desagües a flor de tierra.

Luego de la Segunda Guerra mundial, las presiones económicas forzaron la devaluación del dólar de Honduras Británica y las dificultades económicas que siguieron llevaron al primer desafío real al *status quo*, cuando George Price formó el People's

United Party (Partido del Pueblo Unido, PUP). Los levantamientos laborales de la década de los 30 habían iniciado el proceso de una participación más activa de los negros en la política beliceña, pero fue Price quien movilizó diversos elementos de la población dentro de una fuerza política efectiva. Price, educado en los Estados Unidos, había servido como secretario del multimillonario local Robert Sidney Turton. Su partido izquierdista ganó amplio apoyo de los trabajadores. Porque era anti-británico, el PUP también recibió apoyo del gobierno de Arbenz en la vecina Guatemala, la cual esperaba ganar el apoyo del PUP en el asunto de la soberanía guatemalteca sobre Belice.

En 1954, el PUP ganó el control de la legislatura beliceña. No obstante, el partido se dividió debido a la cuestión sobre su amistad con Guatemala, y pronto venció al recién formado Honduras Independence Party (Partido por la Independencia de Honduras, HIP), lo cual favoreció la entrada en la Federación de las Indias Occidentales. Price como Primer Ministro dirigió modestas mejoras económicas y movilizó a la colonia más cerca de la independencia, ganando su reelección en 1961. Poco tiempo después, el huracán *Hattie*, arrasó con la ciudad de Belice. Las olas y vientos causaron una destrucción masiva. Este evento llevó directo a la decisión de establecer una nueva capital tierra adentro, en un lugar que se llamaría

Belmopan. Los nuevos edificios públicos, inspirados en la arquitectura maya, de alguna forma le daban un aire de grandeza. La nueva capital creció muy lentamente y la ciudad de Belice continuó siendo por muchos años el sitio de la mayoría de las operaciones gubernamentales, aún después de que Belice se llegó a auto-gobernar en 1963 y gradualmente se movilizó hacia su total independencia. Para 1995 Belmopan todavía contaba únicamente con 5,000 residentes pero creció a más de 12,000 para 2005, cuando el país entero tenía solamente cerca de 283,000 personas, de las cuales 85,000 vivían en la ciudad de Belice. Un creciente comercio turístico, capitalizado en una excelente pesca y en el buceo a lo largo del arrecife de coral de Belice y además el desarrollo agrícola de empresas norteamericanas han provocado un leve crecimiento económico y diversificación.

Guatemala restringió sus relaciones diplomáticas con Panamá debido a su apoyo a la independencia beliceña en 1977, pero luego de que otros estados latinoamericanos también declararon su apoyo a Belice y en noviembre la Asamblea General de la Naciones Unidas adoptó una resolución favoreciendo la independencia por 126-4 votos (con 13 abstenciones). Los Estados Unidos habían optado por una leve neutralidad pro-Guatemala en la disputa, pero en noviembre de 1980 apoyaron otra resolución de las Naciones Unidas (la cual pasó con 139-0 de los

votos y 7 abstenciones) declarando la independencia de Belice. Esta resolución hizo un llamado a los ingleses para que continuaran defendiendo Belice y luego recibieron el apoyo de la Organización de Estados Americanos (OEA), la cual hasta ese momento había apoyado oficialmente a Guatemala en su reclamo. Guatemala repetidamente amenazó con atacar a Belice, pero también se adentró en negociaciones a largo término para resolver la disputa y en marzo de 1981, sin ningún deseo, estuvo de acuerdo al aceptar la independencia de Belice, al tanto de que tropas británicas resguardaban la integridad territorial de Belice. Sin embargo, conversaciones subsecuentes colapsaron y Guatemala una vez más rompió relaciones con Inglaterra y cerró sus consulados en Belice. El 21 de septiembre de 1981 Belice se convirtió oficialmente en una monarquía constitucional independiente dentro de la Comunidad Británica y luego de esto se unió a la Organización de Estados Americanos.

El presidente Cerezo inició nuevas negociaciones con Belice, y en 1991 el gobierno de Serrano reconoció oficialmente la independencia beliceña. Seguidamente, la Corte de Constitucionalidad de Guatemala y el Congreso respaldaron la acción. Pero luego de la caída de Serrano, llegaron nuevos desafíos al Congreso para que se retractara y para declarar a Serrano “traidor” por actuar sin previa aprobación

del legislativo. Desde entonces Guatemala ha buscado una solución en la que se le ceda una parte del norte de Belice. Variados incidentes en la frontera han alterado las relaciones entre los dos estados. Un comisionado guatemalteco visitó Belice en 1997 en un nuevo esfuerzo por resolver el asunto pero estas conversaciones terminaron en un fracaso. El gobierno británico en un punto ofreció pagarle a Guatemala 24 millones de dólares, a cambio de que cesara su reclamo por Belice. Oficiales de los ejércitos de Guatemala y Belice se reunieron en julio del 2000 en un esfuerzo para reducir la tensión a lo largo de la frontera. La OEA negoció un acuerdo temporal, firmado en el 2003, para terminar la disputa, pero los electores guatemaltecos rechazaron el tratado propuesto y el mismo nunca fue llevado a votaciones en Belice. Las discusiones continuas bajo el auspicio de la OEA han fracasado en lograr un acuerdo permanente acerca de la disputa, pero el asunto ahora parece haberse ido desvaneciendo.

La independencia de Belice aceleró las demandas populares para una distribución más equitativa de la tierra y el ingreso económico. Un modesto programa de distribución de tierra que inició en 1962 había distribuido más de medio millón de acres a pequeños agricultores para 1982 pero desde entonces la agroexportación a larga escala ha dominado, mientras que Belice cambió de una economía basada

en la silvicultura a una basada en los cítricos y otras agro-exportaciones. La influencia económica de los Estados Unidos superó por mucho a los británicos durante el siglo xx. Hubo un notable incremento en las exportaciones de productos marítimos. Pero al igual que para el resto de Centro América en la década de los 90, las importaciones crecieron más rápidamente que las exportaciones. El déficit de balance mercantil de Belice para entonces se remontaba de 56 millones de dólares en 1975 a 328 millones para 2004. El énfasis que dio el PUP al desarrollo económico tendía a distraer el enfoque en los asuntos de la clase trabajadora. Grupos más radicales tales como UBAD (United Black Association for Development, Asociación de Negros Unidos para el desarrollo), PAC (People's Action Committee, Comité de Acción Popular) y RAM (Revolitional Action Movement, Movimiento de Acción Revo-política), constantemente desafiaron la orientación de clase media que tenía el PUP. El UBAD inició en 1969 como una organización negra nacionalista y se convirtió en uno de los mayores partidos políticos luego de la independencia. Presionó al PUP para que dedicara más atención a la educación en todos los niveles y para mejorar los salarios. Grupos izquierdistas desgastaron la consistencia del PUP, lo cual en 1984 llevó a la victoria al conservador United Democratic Party (UDP) (Partido Unión Democrática). Price regresó al poder en 1989, pero cuando llamó a nuevas elecciones a mediados

de 1993, quince meses antes de realizarse, perdió su cargo de Primer Ministro en una elección cerrada con Manuel Esquivel del UDP. Esquivel llevó al país hacia políticas neoliberales obligado por los demás estados centroamericanos en 1990, pero para 1997 el nuevo líder del PUP, Said Musa, estaba ganando de nuevo el apoyo para el PUP con las acusaciones de que estas políticas habían atraído más pobreza, desempleo, alza en la inflación, aumento del crimen y baja en el crecimiento económico. En 1998 Musa se convirtió en Primer Ministro y el PUP nuevamente ganó las elecciones en el 2003, permitiéndole continuar en esa oficina hasta el presente (2005). El reciente incremento en el turismo ha hecho florecer la economía beliceña con un crecimiento económico que le lleva la delantera a la inflación. Los huracanes han causado severos daños eventualmente, sin embargo, y para 2005 el gobierno aún calificado como el tercer lugar en el grado de pobreza en su población, con un porcentaje de desempleo del 12 por ciento.

La década de los 90 fue testigo de una reactivación en el Mercado Común Centroamericano y del establecimiento de un nuevo Tratado de Libre Comercio para Centro América en 1993. Las tarifas gradualmente se redujeron y hubo un crecimiento sustancial nuevamente entre Guatemala y los otros estados centroamericanos. Sin embargo, los neoliberales guatemaltecos se han enfocado en la expansión

de tratados de Libre Comercio con México, Estados Unidos y Canadá. Los Estados Unidos se mantienen como fuente principal de productos de importación para Guatemala y también como destino para las exportaciones guatemaltecas. Guatemala y los Estados Unidos ratificaron el Acuerdo de Libre Comercio para Centro América en 2005, a pesar de una generalizada oposición y violentas protestas por parte de los trabajadores guatemaltecos.

Guatemala inicia el siglo XXI, con la violencia y los abusos a los derechos humanos asecado. No obstante, los indígenas han acrecentado notablemente su representación en el gobierno y han formado su propio partido político, el Foro Nacional Cívico Político de Unidad y Fraternidad Maya (febrero de 1999). Aunque solamente poseen ocho asientos en el Congreso, mientras que ellos constituyen el 60% de la población guatemalteca. El control del país continuó en manos de los descendientes de la élite criolla y los inversionistas extranjeros, pero al mismo tiempo se ha formado una mucho más grande y compleja clase alta.

En las elecciones presidenciales de 1999, Alfonso Portillo (FRG), respaldado por Ríos Montt, venció al alcalde de la ciudad de Guatemala, Oscar Berger (PAN), ganando el 68% de los votos en la recta final del 26 de diciembre y tomando posesión en enero

de 2000. La violencia continuó limitando el crecimiento económico. Rigoberta Menchú dirigió las organizaciones de derechos humanos para entablar una demanda ante las cortes españolas en contra de Ríos Montt y otros siete funcionarios guatemaltecos civiles y militares, acusándolos de crímenes relacionados con la quema de la Embajada de España en 1980, donde 39 guatemaltecos murieron. También se hicieron demandas en las cortes en contra de tres oficiales del Ejército quienes finalmente fueron arrestados en 1998 por el asesinato de monseñor Gerardi. No obstante, recientemente se ha acrecentado la duda respecto a su culpabilidad. La violencia hizo que muchos dejaran el país, especialmente los más pobres, que huían a México y los Estados Unidos. Las “remesas” de estos para amigos y familiares residentes en Guatemala han llegado a ser una de las mayores fuentes de divisas en el país, la segunda, únicamente en comparación con los ingresos producidos por las exportaciones de café. Mientras tanto, Guatemala se convertía en el mayor exportador clandestino de drogas ilegales para los Estados Unidos. La Agencia de Acción contra las Drogas (Drug Enforcement Agency, DEA), de los Estados Unidos acusó repetidamente a Guatemala como punto de transbordo para la cocaína y heroína colombianas. Esto llevó a un acuerdo en el año 2000 con los Estados Unidos en el cual se establece la permanencia de militares y agentes de los estadounidenses para iniciar

operaciones dentro de Guatemala en contra de los intereses de narcotraficantes.

Los escándalos de corrupción a lo largo de los cuatro años de gobierno de Portillo debilitaron el apoyo del que gozaba. Una investigación del legislativo en el 2001, conocido como “Guategate”, tuvo como resultado 24 sentencias, incluyendo una en contra del presidente del Congreso, Ríos Montt. A pesar de que las cortes exoneraron a Ríos Montt, la controversia continuó aunándose otros cargos de corrupción gubernamental, peculado financiero y conflicto de intereses. Los frecuentes viajes al extranjero de Portillo y el alto nivel de criminalidad fueron focos de críticas. A pesar de los rumores generalizados de un inminente golpe de Estado, Portillo se las arregló para terminar su período. La atención a su problemática fue temporalmente desviada debido a la visita a Guatemala del Papa Juan Pablo II a finales de julio del 2002 y por la canonización del Hermano Pedro de San José de Betancourt el 20 de julio de 2002, el único centroamericano que ha llegado a alcanzar la santidad.

Para el 2003 Portillo y el FRG, tenían poca simpatía popular. Durante el 2002 un escrutinio de *Vox Latina* había reportado que solamente el 8% de los guatemaltecos tenían alguna confianza en el presidente y el 41% lo catalogaban como el peor presiden-

te en la historia de Guatemala. La negativa de Guatemala a apoyar la guerra dirigida por los Estados Unidos en contra de Iraq devolvió un considerable apoyo a Portillo en lo referente a este tema, pero también contribuyó a un enfriamiento de las relaciones con los Estados Unidos. En julio de 2003 la Corte de Constitucionalidad finalmente dictaminó que Ríos Montt podría ser candidato a la Presidencia, pero él no pudo hacer nada para levantar la debilitada reputación del FRG y en las elecciones de noviembre, terminó por debajo de Oscar Berger (de la Gran Alianza Nacional) y Álvaro Colón (de la coalición izquierdista Unidad Nacional de la Esperanza). En la elección final de diciembre, Berger ganó con el 54% a Colón quien obtuvo un 46%. Berger tomó posesión el 14 de enero de 2004.

Berger cumplió con una agenda claramente neoliberal que enfatizaba en la productividad y en el incremento de empleo. Pero también buscó mejoras para los pobladores indígenas. Reconoció la responsabilidad de los gobiernos anteriores en lo que respecta a la violencia, por lo que ordenó compensar a los campesinos por la pérdida de tierra y vidas durante la larga guerra civil (1961-1996). Dentro de otros movimientos simbólicos, cedió la Casa Crema —la cual fungía como palacio presidencial y oficinas centrales del ejército desde hacía 40 años— a la Academia de Lenguas Mayas y a la Televisión Maya, y

luego nombró a Rigoberta Menchú para que se hiciera cargo de la implementación de los Acuerdos de Paz de 1996. También redujo el tamaño del Ejército, trasladando algunos elementos militares a la Policía Nacional en un esfuerzo por sofocar los altos niveles de asesinatos, violencia en contra de la mujer, secuestros, conflictos por tierra y violaciones de los derechos humanos. El gobierno de Berger también tomó acción en contra de ex-altos funcionarios involucrados en prácticas de corrupción. Berger abiertamente implementó un plan de las Naciones Unidas para nombrar fiscales especiales para investigar los abusos en contra de los derechos humanos, pero algunos oficiales del Ejército y otros del gobierno se las arreglaron para retrasar su implementación. El primer oficial del ejército sentenciado por un crimen de guerra, el coronel Juan Valencia Osorio, por la muerte de la socióloga Myrna Mack, huyó antes de ser encarcelado. Luego, el expresidente Portillo huyó a México antes de que la Corte de Constitucionalidad le removiera su inmunidad para ser procesado. Pero el general Ríos Montt fue puesto bajo arresto domiciliario, pendiente de juicio por la organización del violento disturbio político durante la pasada campaña presidencial. Las acciones de Berger a favor de los derechos humanos, llevó al gobierno de los Estados Unidos a reanudar la ayuda militar para Guatemala.

No obstante estos problemas, hubo áreas de mejora en el país. Los precios del café empezaron a subir para el 2005 y la más diversa producción manufacturera y agrícola contribuyó a acrecentar el empleo y la actividad económica. Hubo una notable mejora en la salud pública, gracias especialmente a la considerable ayuda del gobierno de Cuba, el cual ha equipado seis nuevos hospitales en Guatemala y enviado a unos 200 médicos a trabajar en estos desde 1998. Cuba también ha proporcionado becas a cientos de guatemaltecos para que estudien medicina en La Habana. Las condiciones para la mujer en lo que respecta a medicina y educación reproductiva han mejorado. La tasa de mortalidad infantil cayó de un 40 a un 16 por millar en la natalidad y los sucesos en muchas enfermedades epidémicas se redujeron considerablemente. Mientras tanto, la belleza del país continúa atrayendo a los turistas que traen el tan necesitado mercado extranjero a Guatemala. Las políticas económicas neoliberales del gobierno, siendo controversiales, movilizaron a Guatemala dentro de la globalización económica, mientras que el dominio tradicional de los militares en la historia guatemalteca parece haber disminuido. Guatemala enfrenta los desafíos del siglo XXI con optimismo, pero también con serios obstáculos para el progreso.

APÉNDICE

Jefes del Estado de Guatemala desde 1524

Reyes de España

Habsburgo:

1516-1556	Carlos I (Carlos V del Imperio Romano [1519-1556])
1556-1598	Felipe II
1598-1621	Felipe III
1621-1665	Felipe IV
1665-1700	Carlos II

Borbones:

1700-1746	Felipe V
1746-1759	Fernando VI
1759-1788	Carlos III
1788-1808	Carlos IV
1808-1814	José Bonaparte (no reconocido en Guatemala)
1814-1833	Fernando VII

Capitanes generales y gobernadores bajo el Imperio español

1524-1526	Pedro de Alvarado y Contreras
1526-	Gonzalo de Alvarado y Contreras
1526-1527	Pedro de Portocarrero
1527-1529	Jorge de Alvarado
1529-1530	Agustín Francisco de Orduña
1530-1533	Pedro de Alvarado y Contreras
1533-1535	Jorge de Alvarado
1535-1536	Pedro de Alvarado y Contreras
1536-1539	Alonso de Maldonado y Contreras
1539-1540	Pedro de Alvarado y Contreras
1540-1541	Francisco de la Cueva y Villacreces
1541	Beatriz de Alva de la Cueva
1541-1542	Francisco de la Cueva y Villacreces y Francisco Marroquín, gobernaron en conjunto
1542-1548	Alonso de Maldonado de Paz
1548-1554	Alonso López Cerrato
1554-1558	Antonio Rodríguez de Quesada
1558-1559	Pedro Ramírez de Quiñónes
1559-1564	Juan Núñez de Landecho
1564-1570	Francisco Briceño
1570-1573	Antonio González
1573-1578	Pedro de Villalobos
1578-1589	Pedro García de Valverde
1589-1594	Pedro Mallén de Rueda

BREVE HISTORIA DE GUATEMALA

1594-1596	Francisco de Sande Picón
1596-1598	Álvaro Gómez de Abaunza
1598-1611	Alonso Criado de Castilla
1611-1627	Antonio Peraza Ayala Castilla y Rojas, Conde de La Gomera
1627-1634	Diego de Acuña
1634-1642	Álvaro de Quiñónes y Osorio y Miranda, Marqués de Lorenzana
1642-1649	Diego de Avendaño
1649-1654	Antonio de Lara y Mogrovejo (Gobernador en funciones)
1654-1657	Fernando de Altamirano y Velasco, Conde de Santiago de Calimaya
1657-1659	La Audiencia, dirigió el reino durante este período
1659-1668	Martín Carlos de Mencos
1668-1670	Sebastián Álvarez Alonso Rosica de Caldas
1670-1672	Juan de Santa María Sáenz Mañosca y Murillo
1672-1678	Fernando Francisco de Escobedo
1678-1681	Lope de Sierra Osorio
1681-1683	Juan Miguel Augurto y Alava
1683-1688	Enrique Enríquez de Guzmán
1688-1691	Jacinto de Barrios y Leal
1691-1694	Fernando Lope de Ursino y Orbaneja
1694-1695	Jacinto de Barrios y Leal
1695-1696	José Scals
1696-1702	Gabriel Sánchez de Berrospe

1702-1703	Alonso de Ceballos y Villagutierre
1703-1706	Juan Jerónimo Duardo
1706-1716	Toribio José de Cosío y Campo, Marqués de Torre Campo
1716-1724	Francisco Rodríguez de Rivas
1724-1733	Pedro Antonio de Echévers y Subiza
1733-1742	Pedro Rivera y Villalón
1742-1748	Tomás Rivera y Santa Cruz
1748-1752	José Araujo y Río
1752-1753	José Vásquez Prego Montaos y Sotomayor
1753-1754	Juan de Velarde y Cienfuegos
1754-1760	Alonso de Arcos y Moreno
1760-1761	Juan Velarde y Cienfuegos
1761-1765	Alonso de Fernández de Heredia
1765-1771	Pedro de Salazar y Herrera Nájera y Mendoza
1771-1773	Juan González Bustillo y Villaseñor
1773-1779	Martín de Mayorga
1779-1783	Matías de Gálvez García Madrid y Cabrera
1783-1789	José de Estacherría
1789-1794	Bernardo Troncoso Martínez del Rincón
1794-1801	José Domás y Valle
1801-1811	Antonio González Mollinedo y Saravia
1811-1818	José de Bustamante y Guerra
1818-1821	Carlos de Urrutia y Montoya

**Capitanes generales y gobernadores bajo el
Imperio mexicano**

1821-1822	Gabino Gaínza
1822-1823	Vicente Filísola

**Jefes ejecutivos de las Provincias Unidas
de Centroamerica**

1823-1825	Una serie de juntas provisionales gobernaron el país hasta que se celebraron elecciones para presidente en 1825.
1825-1828	Manuel José Arce
1828-1829	Mariano Beltranena
1829-1830	José Francisco Barrundia
1830-1838	Francisco Morazán
1839	Diego Vijil

Gobernadores del Estado de Guatemala (UPCA)

1824-1826	Juan Barrundia
1826-	Cirilio Flores
1827-	José Domingo Estrada
1827-1829	Mariano de Aycinena y Piñol
1829	Juan Barrundia

Ralph Lee Woodward, Jr.

1829-1830	Pedro Molina Mazariegos
1830-1831	Antonio Rivera Cabezas
1831-1838	Mariano Gálvez
1838-1841	Mariano Rivera Paz
1839	Carlos Salazar (temporalmente)
1841-1842	José Venacio López (temporalmente)
1842-1844	Mariano Rivera Paz
1844-1847	Rafael Carrera (Excepto para septiembre-noviembre de 1845, cuando entregó el poder al vicepresidente Vicente Cruz.)

Presidentes de la Republica de Guatemala

1847-1848	Rafael Carrera
1848	Juan Antonio Martínez
1851-1865	Rafael Carrera
1865	Pedro de Aycinena
1865-1871	Vicente Cerna
1871-1873	Miguel García Granados
1873-1882	Justo Rufino Barrios
1882-1883	José María Orantes
1883-1885	Justo Rufino Barrios
1885	Alejandro M. Sinibaldi

BREVE HISTORIA DE GUATEMALA

1885-1892	Manuel Lisandro Barillas
1892-1898	José María Reina Barrios
1898-1920	Manuel Estrada Cabrera
1920-1921	Carlos Herrera
1921-1926	José María Orellana
1926-1930	Lázaro Chacón
1930	Baudilio Palma
1930-1931	Manuel Orellana
1931	José María Reina Andrade
1931-1944	Jorge Ubico Castañeda
1944	Federico Ponce Vaidés
1944-1945	Junta Revolucionaria: Jacobo Arbenz Guzmán, Jorge Toriello Garrido, Francisco Javier Arana
1945-1951	Juan José Arévalo Bermejo
1951-1954	Jacobo Arbenz Guzmán
1954	Carlos Enrique Díaz de León
1954	Junta militar: Carlos Enrique Díaz, José Ángel Sánchez, Elfego H. Monzón
1954	Junta militar: Elfego H. Monzón, José Luis Salazar, Mauricio Dubois
1954	Junta militar: Elfego H. Monzón, José Luis Salazar, Mauricio Dubois, Carlos Castillo Armas, Enrique Trinidad Oliva
1954	Junta militar: Enrique Trinidad Oliva, Elfego H. Monzón, Carlos Castillo Armas

1954-1957	Carlos Castillo Armas
1957	Luis Arturo González López
1957	Junta militar: Oscar Mendoza Azurdia, Roberto Lorenzana Salazar, Gonzalo Yurrita Nova
1957-1958	Guillermo Flores Avendaño
1958-1963	Miguel Ydígoras Fuentes
1963-1966	Enrique Peralta Azurdia
1966-1970	Julio César Méndez Montenegro
1970-1974	Carlos Manuel Arana Osorio
1974-1978	Kjell Eugenio Laugerud García
1978-1982	Fernando Romeo Lucas García
1982-1983	Efraín Ríos Montt
1983-1986	Oscar Humberto Mejía Victores
1986-1992	Marco Vinicio Cerezo Arévalo
1992-1993	Jorge Antonio Serrano Elías
1993-1996	Ramiro de León Carpio
1996-2000	Álvaro Enrique Arzú Irigoyen
2000-2004	Alfonso Antonio Portillo Cabrera
2004-2008	Oscar Berger Perdomo
2008-2012	Álvaro Colom Caballeros
2012-2015	Otto Pérez Molina
2015-2016	Alejandro Maldonado Aguirre
2016-2020	Jimmy Morales Cabrera

Fuentes: David Henige, *Colonial Governors from the Fifteenth Century to the Present* (Madison: University of Wisconsin Press, 1970); Francis Polo Sifontes, *Nuestros gobernantes (1821–1981)* (Guatemala: Editorial “José de Pineda Ibarra”, 1981); J. Antonio Villacorta C., *Historia de la Capitanía General de Guatemala* (Guatemala: Tipografía Nacional, 1942); Richard E. Moore, *Historical Dictionary of Guatemala* (Metuchen, N.J.: Scarecrow Press, 1967); Ernesto Bienvenido Jiménez, *Ellos los presidentes* (Guatemala: Editorial “José Pineda Ibarra”, 1981); y Alejandro Marure, *Efemérides de los hechos notables acaecidos en la República de Centro América, desde el año de 1821 hasta el de 1842, seguidas de varios catálogos de presidentes de la República, jefes de estado, etc.* (Guatemala: Tipografía Nacional, 1895).

SUGERENCIAS PARA LECTURAS ADICIONALES EN INGLÉS

Trabajos de utilidad general

Handy, Jim. *Gift of the Devil: A History of Guatemala*. Boston: South End Press, 1984.

Holden, Robert. *Armies Without Nations: Public Violence and State Formation in Central America*. New York: Oxford University Press, 2004.

McCreery, David J. *Rural Guatemala, 1760–1940*. Stanford, California: Stanford University Press, 1994.

Pérez Brignoli, Héctor. *A Brief History of Central America*. Berkeley: University of California Press, 1989.

Robinson, William I. *Transnational Conflicts: Central America, Social Change, and Globalization*. London: Verso, 2003.

Smith, Carol A., ed. *Guatemalan Indians and the State, 1540–1988*. Austin: University of Texas Press, 1990.

Ralph Lee Woodward, Jr.

Tenenbaum, Barbara A., ed. *Encyclopedia of Latin American History and Culture*, 5 vols. New York: Charles Scribner's Sons, 1996.

Woodward, Jr., Ralph Lee. *Central America: A Nation Divided*, 3rd ed. New York: Oxford University Press, 1999.

Capítulo I

La Tierra de los Mayas

Carmack, Robert M. *The Quiché Mayas of Uatatlán: The Evolution of a Highland Guatemala Kingdom*. Norman: University of Oklahoma Press, 1981.

Coe, Michael D. *Breaking the Maya Code*, rev. ed. New York: Thames and Hudson, 1999.

———. *The Maya*, 7th ed. London and New York: Thames and Hudson, 2005.

Demarest, Arthur, Prudence Rice, and Don Rice, eds. *The Terminal Classic in the Maya Lowlands*. Boulder: University Press of Colorado, 2004.

Diamond, Jared. *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*. New York: Viking, 2005.

Fischer, Edward F. *Cultural Logics and Global Economies: Maya Identity in Thought and Practice*. Austin: University of Texas Press, 2001.

Hunter, C. Bruce. *A Guide to Ancient Maya Ruins*, rev. ed. Norman: University of Oklahoma Press, 1986.

Sabloff, Jeremy. *The New Archaeology and the Ancient Maya*. New York: Scientific American Library, 1990.

Sharer, Robert. *The Ancient Maya*. Stanford, California: Stanford University Press, 1994.

Webster, David. *The Fall of the Ancient Maya*. New York: Thames & Hudson, 2002.

Capítulo II

Europeización

Few, Martha. *Women Who Live Evil Lives: Gender, Religion, and the Politics of Power in Colonial Guatemala*. Austin: University of Texas Press, 2002.

Herrera, Robinson A. *Natives, Europeans, and Africans in Sixteenth-Century Santiago de Guatemala*. Austin: University of Texas Press, 2003.

Lovell, W. George. *Conquest and Survival in Colonial Guatemala: A Historical Geography of the Cuchumatán Highlands, 1500–1821*, 3rd ed. Kingston & Montreal: McGill-Queen's University Press, 2004.

Lutz, Christopher. *Santiago de Guatemala, 1541–1773: City, Caste, and the Colonial Experience*. Norman: University of Oklahoma Press, 1994.

MacLeod, Murdo. *Spanish Central America: A Socioeconomic History, 1520–1720*. Berkeley: University of California Press, 1973.

Capítulo III

Independencia

Brown, Richmond F. *Juan Fermín de Aycinena, Central American Colonial Entrepreneur, 1729–1796*. Norman: University of Oklahoma Press, 1997.

Dym, Jordana, and Christophe Belaubre, eds. *Politics, Economy, and Society in Bourbon Central America, 1759–1821*. Boulder: University Press of Colorado, 2007.

Hawkins, Timothy. *José de Bustamante and Central American Independence: Colonial Administration in an Age of Imperial Crisis*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 2004.

Lanning, John Tate. *The Eighteenth-Century Enlightenment in the University of San Carlos de Guatemala*. Ithaca: New York, Cornell University Press, 1956.

———. *The University in the Kingdom of Guatemala*. Ithaca: New York, Cornell University Press, 1955.

Patch, Robert W. *Maya Revolt and Revolution in the Eighteenth Century*. London: M. E. Sharpe, 2002.

Wortman, Miles. *Government and Society in Central America, 1680–1840*. New York: Columbia University Press, 1982.

Capítulo IV

La Provincias Unidad de Centro América

Hawkins, Timothy. “War of Words: Manuel Montúfar, Alejandro Marure, and the Politics of History in Guatemala,” *The Historian* 64 (Spring/Summer 2002): 513–533.

Karnes, Thomas L. *The Failure of Union: Central America, 1824–1975*, rev. ed. Tempe: Center for Latin American Studies, Arizona State University, 1976.

Rodríguez, Mario. *The Cádiz Experiment in Central America, 1808–1826*. Berkeley: University of California Press, 1978.

Capítulo V

La República de Guatemala

Griffith, William J. *Empires in the Wilderness: Foreign Colonization and Development in Guatemala, 1834–1844*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1966.

Rodríguez, Mario. *A Palmerstonian Diplomat in Central America: Frederick Chatfield, Esq.* Tucson: University of Arizona Press, 1964.

Patridge, Blake D. *Institution Building and State Formation in Nineteenth-Century Latin America: The University of San Carlos, Guatemala*. New York: Peter Lang, 2004.

Ralph Lee Woodward, Jr.

Sullivan-González, Douglass. *Piety, Power, and Politics: Religion and Nation Formation in Guatemala, 1821–1871*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1998.

Woodward, Jr., Ralph Lee. *Rafael Carrera and the Emergence of the Republic of Guatemala, 1821–1871*. Athens: University of Georgia Press, 1993.

Capítulo VI

Guatemala liberal

Dosal, Paul J. *Doing Business with the Dictators: A Political History of United Fruit in Guatemala, 1899–1944*. Wilmington, Delaware: Scholarly Resources, 1993.

Grieb, Kenneth. *Guatemalan Caudillo: The Regime of Jorge Ubico: Guatemala, 1931–1944*. Athens: Ohio University Press, 1979.

McCreery, David J. *Development and the State in Reforma Guatemala, 1871–1885*. Athens: Ohio University Press, 1983.

Stanley, Diane K. *For the Record: The United Fruit Company's Sixty-Six Years in Guatemala*. Guatemala: Editorial Antigua, 1994.

Wagner, Regina. *History of Coffee in Guatemala* (tr. Eric Stull). Bogotá: Villegas, 2001.

Williams, Robert G. *States and Social Evolution: Coffee and the Rise of National Governments in Central America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994.

Capítulo VII

Los diez años de primavera

Adams, Richard N. *Crucifixion by Power: Essays on Guatemalan National Social Structure, 1944–1966*. Austin: University of Texas Press, 1970.

Gleijeses, Piero. *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944–1954*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1991.

Handy, Jim. *Revolution in the Countryside: Rural Conflict & Agrarian Reform in Guatemala, 1944–1954*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994.

Ralph Lee Woodward, Jr.

Immerman, Richard H. *The CIA in Guatemala: The Foreign Policy of Intervention*. Austin: University of Texas Press, 1982.

Schlesinger, Stephen, and Stephen Kinzer. *Bitter Fruit: The Story of the American Coup in Guatemala*, expanded ed. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1999.

Woodward, Jr., Ralph Lee, ed. *Central America: Historical Perspectives on the Contemporary Crises*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1988.

Capítulo VIII

La treinta años de guerra

Afflitto, Frank M., and Paul Jesilow. *The Quiet Revolutionaries: Seeking Justice in Guatemala*. Austin: University of Texas Press, 2007.

Black, George, Milton Jamail, and Norma Stoltz Chinchilla. *Garrison Guatemala*. New York: Monthly Review Press, 1984.

Carmack, Robert M., ed. *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*. Norman: University of Oklahoma Press, 1988.

Dosal, Paul J. *Power in Transition: The Rise of Guatemala's Industrial Oligarchy, 1871–1994*. Westport, Connecticut: Praeger, 1995.

Dunkerley, James. *Power in the Isthmus: A Political History of Modern Central America*. London: Verso, 1988.

Ebel, Roland H. *Misunderstood Caudillo: Miguel Ydígoras Fuentes and the Failure of Democracy in Guatemala*. Lanham, Maryland: University Press of America, 1998.

Erlick, June Carolyn. *Disappeared: A Journalist Silenced: The Irma Flaquer Story*. Emeryville, California: Seal Press, 2004.

Garrard-Burnett, Virginia. *Protestantism in Guatemala: Living in the New Jerusalem*. Austin: University of Texas Press, 1998.

Grandin, Greg. *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. Chicago: University of Chicago Press, 2004.

Levenson-Estrada, Deborah. *Trade Unionists against Terror: Guatemala City: 1954–1985*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994.

May, Rachel. *Terror in the Countryside: Campesino Responses to Political Violence in Guatemala, 1954–1985*. Athens: Ohio University Press, 2001.

Menchú, Rigoberta. *I, Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala*, edited by Elisabeth Burgos-Debray (tr. Ann Wright). London: Verso, 1984.

Pereira, Victor. *Unfinished Conquest: The Guatemalan Tragedy*. Berkeley: University of California Press, 1993.

Streeter, Stephen M. *Managing the Counterrevolution: The United States and Guatemala, 1954–1961*. Athens: Ohio University Center for International Studies, 2000.

Wilkinson, Daniel. *Silence on the Mountain: Stories of Terror, Betrayal, and Forgetting in Guatemala*. Durham, North Carolina: Duke University Press, 2004.

Ydígoras Fuentes, Miguel. *My War with Communism*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, 1963.

Capítulo IX

Guatemala contemporánea

Berger, Susan A. *Guatemaltecas: The Women's Movement, 1986–2003*. Austin: University of Texas Press, 2006.

Chase-Dunn, Christopher, Susanne Jonas, and Nelson Amaro. *Globalization on the Ground: Post-bellum Guatemalan Democracy and Development*. Oxford: Rowman & Littlefield, 2001.

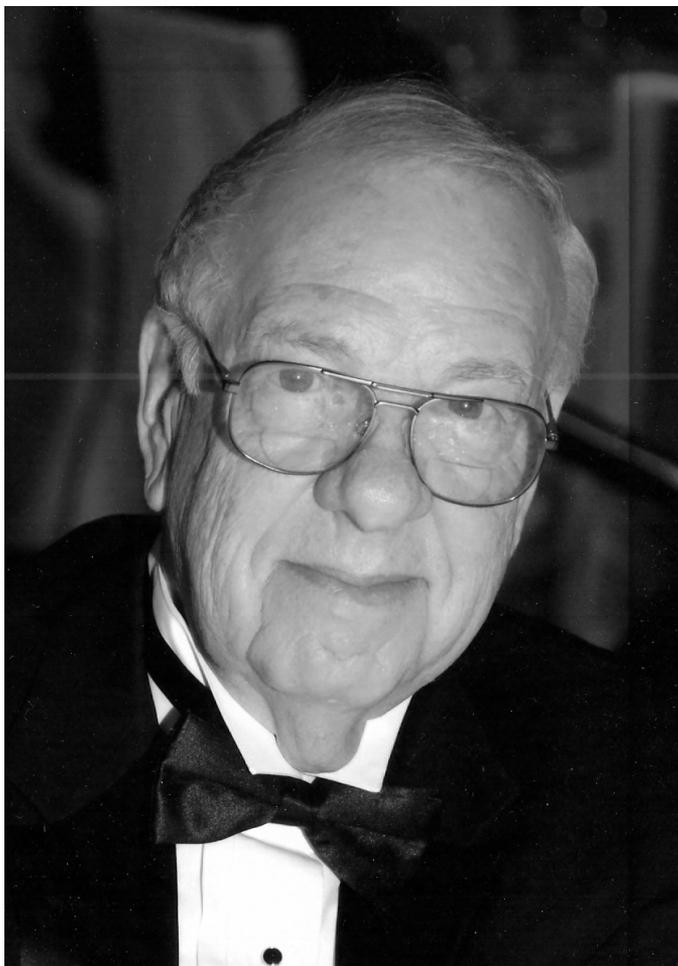
McCleary, Rachel. *Dictating Democracy: Guatemala and the End of Violent Revolution*. Gainesville: University Press of Florida, 1999.

Moser, Caroline, and Cathy McIlwaine. *Encounters with Violence in Latin America: Perceptions from Colombia and Guatemala*. New York: Routledge, 2004.

National Human Development Advisory Committee. *Belize: 2002 Poverty Assessment Report*. Belize: Government of Belize, 2004.

World Bank. *Poverty in Guatemala (A World Bank Country Study)*. Washington: World Bank, 2004.

Ralph Lee Woodward, Jr.



Dr. Ralph Lee Woodward, Jr.
1934

RALPH LEE WOODWARD, JR.

Es un historiador y educador estadounidense. Nació el 2 de diciembre de 1934 en New London, Connecticut, hijo de Ralph Lee y Beulah Mae (Suter) Woodward. Estudió su Bachillerato en Artes *cum laude* en el Central College, Missouri, 1955; Maestría en Artes por Tulane University, 1959, doctor en Filosofía por Tulane University, New Orleans, 1962. Inició su carrera como profesor asistente en Wichita University, Kansas, 1961-1962; continuando en la University Southwest Louisiana, Lafayette, 1962-1963; posteriormente en la University North Carolina, Chapel Hill, 1963-1967, profesor asociado, 1967-1970. Profesor de historia en Tulane University, New Orleans, 1970-1999, jefe del Departamento de Historia, 1973-1975, director del Departamento de Historia, 1986-1988. En el final de su carrera fue profesor Penrose de Estudios Latinoamericanos en la Texas Christian University, Fort Worth, 1999-2003. El profesor Woodward se retiró en el año 2003 de las labores docentes, después de haber dirigido más de 30 tesis doctorales, la mayoría de ellas relativas a Guatemala.

Ralph Lee Woodward, Jr.



Dr. Óscar Peláez Almengor
1956

ÓSCAR PELÁEZ ALMENGOR

Es director del Centro de Estudios Urbanos y Regionales de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Doctor en Filosofía y Maestro en Artes por la Universidad de Tulane, Nueva Orleans. Licenciado en Historia por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Realizó estudios de Licenciatura y Maestría en Historia y Etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México.

Ha impartido docencia en el Instituto José Ortega y Gasset y la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor visitante de América Central en el Centro David Rockefeller para Estudios de América Latina de Harvard University.

Ha publicado: *Los grabados de la Revolución de Octubre -1944-1954-* (2019); *El pequeño París*, 2a edición, (2019); *La reforma universitaria y nuestra América*, (2018); *El Instituto Guatemalteco de Seguridad Social*, (2014); *La Escuela de Formación de Profesores de Enseñanza Media -EFPEM- ¿un poema pedagógico?*, (2014); *Arbenz, la palabra viva*, (2013); *La Ciudad Ilustrada*, (2008).

Esta 1ª edición traducida al español de BREVE HISTORIA DE GUATEMALA, de Ralph Lee Woodward, Jr., se terminó de imprimir el veintinueve de noviembre de dos mil diecinueve, en los talleres gráficos de ODELCA, S.A. La composición tipográfica se hizo en Georgia de 20 a 9 puntos. El tiraje es de 1000 ejemplares.



USAC
TRICENTENARIA
Universidad de San Carlos de Guatemala

M.Sc. Murphy Olympto Paiz Recinos
Rector

Ciudad Universitaria, zona 12
Teléfono: + (502) 2418-8000
Página web: <http://www.usac.edu.gt>

Noviembre, 2019



“Id y enseñad a todos”